



A.35.1^a

6569

VIRGIN LOTORIES

Lox

CABINO...

LA BIBLIA

EN VARIEDAD DE METROS

Y PROFUNDA A S. M.

LA BIBLIA EN VARIEDAD DE METROS

LA BIBLIA EN VARIEDAD DE METROS

LA BIBLIA EN VARIEDAD DE METROS

¡VIRGEN DEL CAMINO!...

Legenda

ESCRITA EN VARIEDAD DE METROS

Y DEDICADA Á S. M.

LA REINA DOÑA ISABEL II.

COMO PATRONA DEL SANTUARIO

EN QUE AQUELLA IMAGEN SE VENERA

Por

GUILLERMO FERNANDEZ SANTIAGO.



LEON,

IMPRESA DE MANUEL GONZALEZ REDONDO.

Calle de la Plegaria, n.º 4. Año de 1846.



VIRGEN DEL CAMINO...

*Esta obra es propiedad de su autor, quien
denunciará ante la ley al que la reimprima sin
su autorizacion. Todos los ejemplares llevan una
señal secreta ademas de la siguiente rúbrica.*

ESCRITA EN VARIEDAD DE METROS

Y DEDICADA A S. M.

LA REINA DOÑA ISABEL II.

COMO PATRONA DEL SANTUARIO

EN QUE AQUELLA IMAGEN SE VENERA

1807

GUILLERMO FERNANDEZ SANTIAGO.



1807

IMPRESA DE MANUEL GONZALEZ REDONDO.

Calle de la Plegaria, n.º 4. Año de 1846.

INTRODUCCION.



Rápida ojeada sobre el estado en que se hallaba la Monarquía Española acia el día 22 de Octubre de 1520, que es donde tomará principio la precitada Leyenda.



Es un lunes, y en tal forma por Aquisgrán van entrando los que hace poco salieron á recibir á Don Carlos.



Mas es de advertir primero, que apenas le divisaron, echando todos pie á tierra le hicieron gran besamanos.

Por boca del Arzobispo de Maguncia le arengaron, que siendo Elector primero era el primero entre tantos.

Oyó el rey con mucho gusto los textos que le sacaron de la sagrada escritura y de los libros profanos; y dando luego las gracias con magestuoso garbo,

sobre el arzon de la silla
graciosamente inclinado,

díjoles que se pusiesen
todos como el á caballo,
y así lo hicieron contentos
con gentil desembarazo.

Aunque yo para mí tengo
que las crónicas callaron
como fué á los Arzobispos
gran estorbo el capisayo.

Pero es parar en pelillos,
pues ligeros ó pesados
sobre sus mulas subieron,
que eran mas bien dromedarios;

y las ropas componiendo,
y las gualdrapas tirando,
que mitras, cruces y torres
lucían en sus recamos,

al son de músicas blandas
que en el aire se mezclaron
con los festivos clamores
de los címbalos lejanos,

de la villa que ya dije
todos la vuelta tomaron,
en la cual de aquesta guisa
por las puertas van entrando.

De siete en siete en hilera
ricamente ataviados
van por bajo los balcones

hasta tres mil de á caballo.

Los infantes alemanes son aquellos, rubios, blancos, los vestidos muy lujosos, en forma y colores varios.

Asi es que de sus gorras las plumas que van jugando flores parecen caidas de algun jardin encantado.

Mas tambien como la vida, cuyo espejo es el engaño, lleva la muerte á la espalda para que no la veamos;

de negro color vestidos van tras de aquellos bizarros como unos ciento sesenta perfectamente montados.

Unos son gobernadores graves, horondos, ufanos, y las gentes de la villa que siempre deben ser algo.

Son del imperio los otros que de un Duque van al mando tras un guion que conduce un pendoncillo en la mano:

fondo azul de terciopelo, pero de oro tan cargado, que apenas entre sus pliegos una aguila adivinamos:

pero á bien que por fortuna el guion era un muchacho,

que al mirar á una ventana
dejó mas caído el paño,

con lo cual vimos la letra,
que del aguila debajo
así dice: *Dei gratia*

Imperium et Imperator.

Cuatrocientas lanzas siguen
que á su señor van honrando,
son del Conde Palatino
que el manjar lleva en palacio.

Sobervios brutos gobiernan
los que despues van pasando,
guardas de cuatro Arzobispos
que eligen rey de romanos.

Ochocientos ballesteros
eran los tales contados,
que á primer golpe de vista
si se contemplan de largo,
gran colgadura parecen
cosida en cuatro pedazos
de verde, azul y pajizo
con un floron colorado.

Mas ¿cuál movimiento ahora
en los balcones notamos,
que los ojos de las bellas
parece que arrojan dardos?

¡Cual se adhieren á las rejas,
los cabellos apartando!
Qué cuchichear! Qué impaciencia!
Qué decir flores en alto!

¡Oh dos mil doscientos hombres,

como doscientos ducados,
que vais diciendo, comedme,
con tal gentileza y garbo!

Los Tudescos se amostazan
y ponen ceño al miraros,
y dicen á sus mugeres -
Qué morenos! Qué salados!

replican ellas ¡ Qué ojos!
si con solo meneallos....
y callan porque los suyos
empujan afuera el labio.

Tras las guardas españolas
viene Xeures el privado,
con muchos gentiles hombres
y otros diversos criados.

Llevan, salvo las cabezas,
cual los otros que pasaron,
muy rica y costosamente
todos los cuerpos armados.

Y en gran número prosiguen
muy cubiertos de brocado,
y telillas de oro y plata
con finisimos calados,

muchos grandes españoles
confundidos en el cuadro
con flamencos y alemanes
y sus vistosos criados.

Tambien los hay borgoñones,
bellamente aderezados,
que á menudo se recrean
retorciendo los mostachos.

Tras la cual caballería
polidamente arreados
á la brida y la gineta
van del Cesar los caballos:

En cada cual viene de ellos
un lindo page, y de raso
carmesí con flores de oro
lucen jubones galanos.

Con disimulo hácia el suelo
miraban de vez en cuando
que si crecidos los sueldos
mayores eran sus gastos;

y sienten no aprovecharse
ya que allí van derramando
seis reyes de armas moneda
de oro y plata por el campo.

Quizás en estas funciones
los que tal determinaron,
pusiéronlo como anuncio
de estar cerca el deseado;

porque veo que la guarda
de á pie prosigue marchando;
en cuyo centro, cual suele
sobre las mimbres el álamo,

se deja ver el augusto
sobre un revuelto alazano,
de plata y perlas cubierto,
y orgulloso con tal amo.

A la izquierda y la derecha
del dichoso Castellano
van unos siete electores

y algunos que otros legados.

Faltan solo los archeros
que á retaguardia marchando,
y en forma igual que los pages
al deslumbrar con su fausto,

son allí como guirnalda
de aguileas y amaranto
que trenzada en alelies (1)
va la pompa coronando.

Tocó ya el rey en las puertas
y á los guardas dió el caballo,
que de uso fué á derecho
este penoso regalo.

Y en seguida con las cruces
la clerecía llegando,
y el casco trayendo en andas
del famoso Carlo-magno,

dió para el una ofrenda,
y á pie debajo de palio
lleváronle hasta la iglesia (2)
para ungirlo y coronarlo.

Y es fama que despues de proclamado
Rey de Romanos Carlos el primero,

(1) En el lenguaje de las flores la *aguileas* significa guerra, el *amaranto* indiferencia, y los *alelies* belleza permanente y si son silvestres fidelidad.

(2) La iglesia era la de Nra. Sra. que es la mayor de Aquisgrán.

dijo de honor y pompa fatigado.

«Quedarme á solas en mi estancia quiero.»

Hallábase el monarca coronado,
ceñido al talle el poderoso acero,
y en hábito real: la izquierda mano
puso en la cruz, y dijo el soberano.

«Va sobre Argel Don Hugo de Moncada
y acaso en sangre su laurel remoja
confuso ya en la nave quebrantada
el hijo del Cosario Barbaroja.

Mejor le hubiera sido por la espada
trocar del corvo alfange la infiel hoja,
ya que en su vientre le llevó en delito
una cristiana al Haradín maldito.

«El gran Cortés, el militar profundo,
al aire dando mi estandarte regio,
arroja con la cruz del nuevo mundo
el jenio del horror y el sacrilegio:
bien que Satán le aceche furibundo,
mas el prosigue en resplandor egregio,
haciendo ver si un ídolo derriba,
que Dios liberta á quien la fe cautiva.

«Catolica y feliz, libre y valiente
¡Oh España juvenil! en son de guerra
alzando vas la coronada frente,
cual águila imperial sobre la tierra;
aquí y allí, do quier, de gente en gente
tu bravo nombre al universo aterra,
que en Africa, en America, en Europa
el sol alumbra mi triunfante tropa.

«Mas ¡ay! ¿Qué viene á ser tanto de gloria?

¿Qué á mi la envidia y mortandad agena
si el funesto laurel de otra victoria
de angustia y luto el corazon me llena?
Castilla ¡ay Dios! apuntará en su historia
que yo rompí su generosa vena,
sangre vertiendo á chorro los vasallos
debajo de los pies de mis caballos.

« Oh! miente, si, cubierta con los fueros
va la ambicion de un loco castellano;
espíritus rebeldes, altaneros,
son los que ponen sobre mi su mano.
Por el público bien pedí dineros;
y nunca! gritan en su orgullo insano.
Caiga Xeures, flamenco maldecido (1.)
Fuera el ladron que aqui nos ha venido.

« *Caiga el consejo real!* y mis ciudades
revolviendo cual tigres acosados,
la plebe forma en si *comunidades*
convirtiendo en estoques los arados:
veo los campos hechos soledades,
y en junta á todos y en tropel formados
cuartos hacer á mis *Procuradores*,
¡Mueran, clamando, *Mueran los traidores!*
¡Cuanto de sangre y de miseria y duelo!
¡Cuán pocos viles! ¡Seducidos cuantos!
¡Qué torpe ceguedad! Qué desconsuelo

(1) Era tan odiado del pueblo este ministro que publicamente se decia

« Doblon, norabuena estedes,
pues que no te topó Xeures. »

muestra el furor en crímenes y llantos!
¡Oh basta por piedad! Cubra ya un velo
ese tinto padron de mis quebrantos;
volved al rey que ciñe la corona
de su abuelo feliz, que el os perdona. »

Así el rey se lamentaba
de Aquisgrán en el palacio
con tanta muestra de luto
que fuera pena mirallo;

pues á no ser el de suyo
generoso y alentado,

y cortés como valiente,

y como español gallardo,

bastára que fuese nieto
del católico Fernando

á cuyo esfuerzo en Granada
se alzó el trono castellano:

y otrosi que siendo mozo
de poco mas de veinte años,

edad en todos de gustos

y solo en el de cuidados,

serán las causas que tuvo
de verse así tan cuitado,

mas bien las culpas ageras
que los hechos voluntarios.

Esto piensa, y que da vueltas
por la cámara notando,

cual un leon que recibe

dentro la jaula un agravio,

teme si acaso le observan;

que tambien esos reparos

¿Achaque son del que manda,
que á ser fuerte está obligado;

y volviendo en si, á su silla
dirigió trémulo el paso,
triste mirando á las armas
que lucen en el respaldo.

Era el augusto semblante
mas bien que redondo largo,
desenvueltas las facciones,
descolorido y barbado;

los ojos algo caidos,
la boca entreabierta un tanto,
bilioso el temperamento
y los musculos saltando.

Lo demas era cumplido,
las caderas y hombros anchos,
mas que mediana estatura
y por la cinta delgado.

Conocesele que piensa
en asuntos no muy claros
en ellos todo metido,
de lo demás olvidado;

pues ni mira en torno suyo
cien espejos venecianos.
ni ricos lienzos traidos
de paises conquistados;

ni menos fija los ojos
en los ricos candelabros,
que en cordones de oro cuelgan
entre estatuas de alabastro.

Las lujosas colgaduras

de terciopelo encarnado
con sendas borlas de plata
que recogen aureas manos.

Y tegidas sutilmente
campean por todo el ámbito
sobre alfombras de los belgas
las batallas de Alejandro.

Todo es oro, todo lujo,
sedas, cristales, brocados,
águilas, jarras, columnas,
sedas, perfumes y mármol.

Y hasta el sol del mediodía
es mas hermoso, quebrando
en los vidrios de colores
sus resplandecientes rayos.

Pero ¡ay! ¿Qué son del mundo
la vana gloria y el fausto,
si una espina envenenada
en el corazon llevamos?

Dígalo el rey que atendiendo
de su España al triste estado,
solo advierte en los detalles
bulla, desorden, escándalo.

Alli un tundidor furioso
que las turbas comandando,
una hacha lleva y por gala
el mandil ensangrentado.

Mas allá de un cuchillero
retumba el acento bárbaro
en mil pechos que le aclaman
digno adalid de su bando.

Donde siente que la casa
de algun noble entran á saco,
y que tal horror le muestran
en su furia los villanos,

que sus muebles, sus alhajas
y hasta el dinero quemaron....
rara cosa en esta gente
murmuró el rey por lo bajo.

Trasládase luego á Cuenca
y entre el bullicio de Baco
mira entrar los asesinos
por una dama comprados,

y entre el ruido de las copas
que se quiebran, y los platos
que por el ayre en defensa
los Comunes arrojaron,

á la luz de las antorchas
todos en sangre bañados
los ve caer maldiciendo
al Consejo y á Don Carlos.

En Leon con el de Luna,
que de traidor fué retado,
Ramiro Nuñez reñía
la poblacion sublevando.

Sangre en fin por todos puntos
y toda sangre de hermanos
de Medina y Tordesillas
los incendios apagando.

Tales eran las noticias
que con otras que me callo
recibia en su alemania

el nuevo rey de romanos.

Siéntelas; pero le enojan
mucho mas otros bellacos,
que son moros y judios
con la capa de cristianos.

Por las villas y ciudades
despues que se baptizaron
se esparcieron des que el moro
miró á Granada llorando.

Toda gente mal nacida
de usureros y de avaros,
ruines insectos que forman
los políticos nublados.

Asi pensaba el monarca
cuando á golpe acompasado
un relox daba las doce
en la torre del Palacio.

Acordóse de Sevilla
con placer al escuchallo;
porque su reló era el único
que en España habia sonado.

Alzóse en pos, y tranquilo
arregló el revuelto manto,
que de muchas ricas perlas
estaba todo cuajado;

y al notar en un espejo
sus ojos relampagueando
¡Guay, dijo, de los franceses
si han mis pueblos revelado!

Llamó en seguida, y al punto
sobre sus gonces rodaron

unas puertas que se abrieron
en dos hojas al mandato.

Unos dedos cual de rosa
las cortinas separaron
de dos pajes que aparecen
á la morisca tocados.

Orden reciben, y vuelven
á desandar los dos pasos,
las cabezas sobre el pecho
sumisamente inclinando.

Comunicanla y cien flautas
los aires enamoraron,
muchas voces se corrieron
puertas abriendo y cerrando;
y saliendo luego afuera
del alcázar, muy ufanos

¡ Viva el rey! exclaman todos
¡ Viva el Cesar! Viva Carlos!

Bien es verdad que callaban
á la española embozados
algunos otros señores
con puntas de luteranos;

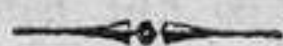
Mas ¿Qué importa? aunque les pese
con el sombrero quitado,
los ojos medio escondidos
y mordiéndose los labios,
han de ver á su enemigo
que en el sobervio alazano,
que los guardas generosos
otra vez le regalaron,
de sus nobles, á la plaza,

**dó el manjar le prepararon,
va saliendo entre mil vivas
grandemente acompañado.**

**Y diciendo que en tal sitio
un enorme buey asaron,
lleno de aves diferentes,
cuyos picos ya callados**

**á cientos por las costillas
de la victima asomaron,
ademas de dar idea
de lo costoso del gasto,**

**bien será que reparemos
en que alli no le tasaron
cual en córtés de Castilla
al rico rey los bocados.**



**Que tal fué lector querido,
de Cárlos quinto el boato,
su poder, y sus conquistas
y de su reyno el estado,
ácia el dia en que principio
á nuestra leyenda damos,
á la Virgen del Camino
con el ángel saludando.**



INVOCACION.

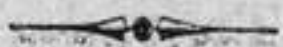


oy á pulsar con mano temerosa
el arpa de los dignos Trovadores,
que ardieron en la llama religiosa
de aquella sabia luz de sus mayores:
¡Oh tu, del alma estrella mas hermosa
siete veces que el sol en resplandores!
sublime fé! de tu favor se fia
la débil nave de la ciencia mia.

Todo en el mundo con la fé se alcanza;
sin fé en el corazon todo es flaqueza;
que origen es la fé de la esperanza,
y el puro amor en la esperanza empieza;
de amor el bien como en raudal se lanza;
y el bien que es la virtud es la riqueza...
sublime fé, verdad te proclamamos:
el orgullo en tus aras inmolamos.

Hiera mi mente un rayo de tu lumbré,
que el velo aclare del mortal sentido:
remóntese mi espíritu á la cumbre
dó suena el canto que á mi numen pido:
¡canto de amor, de paz y mansedumbre,
de ángeles mil á coros repetido,
torrente de dulcísima armonía,
remedo de tu voz, Virgen María;
¡Cual tu grandiosa magestad me oprimo,

palacio del Señor tres veces santo !
 dorada imágen que al mortal redime
 tu gracia infunde celestial encanto;
 escede tu mirar á lo sublime,
 son las estrellas perlas de tu llanto...
 yo me postro ante ti bella Señora,
 tu templarás mi cítara cantora.



¿Qué luz sin fin de arriba se desprende,
 qué rauda el globo de fulgor circunda ?
 ¿Cual nuevo son el ánimo sorprende
 que así le deja en suspension profunda?...
 En torno mio su fragancia estiende
 místico azahar, y de placer me inunda
 aura sutil, divina transparencia....

¿Será de Dios la incomprensible esencia ?

Cantar ! Quiero cantar ! Es mi destino;
 la viva antorcha de Sion me inflama;
 la Esposa de mi Dios por *El Camino*
 de su esplendor á la *Ciudad* me llama.
 Héla en su trono: hermosa la imagino
 del tronco de David florida rama,
 tiene á sus pies sujeta la fortuna,
 por sombra el sol, por escabel la luna.

Si algun mortal en súplica sentida
 su santo nombre en el peligro invoca,
 súbito para el brazo al homicida,
 tranquilo queda el corazon que toca;
 alma del alma, vida de la vida,
 la lluvia suelta al sonreir su boca,

y al pobre humilde que sus glorias canta
del sucio estiercol al cenit levanta.

¿ Veis cómo ardiendo en cólera guerrera,
al fiero son de parches y clarines,
el sol que en ambas haces reverbera
dividen en la lid los paladines?

La Virgen marca la mejor bandera
y arrójanse en tropel los querubines,
luciente tropa que invisible hiere,
y en alas sube al que creyendo muere.

Venció el Señor las bárbaras legiones,
y al fuego derriñó sus capacetes,
á todo el escapar de sus bridones
charcas de sangre cruzan los ginetes;
rotas armas escudos y pendones
cubren el campo y suenan clarinetes
—Soldado vencedor! con qué peleas?

—Con la fé y el amor—*Bendito seas.*

Si algun cautivo entre cadenas llora,
y á la Virgen su suerte recomienda,
del cielo baja la imperial Señora
que su *camino* de la gracia es senda:
si una mujer de un jóven se enamora,
y el á su vez con castidad se prenda,
la Virgen vela en su pasion constante;
la vid será de frutos abundante.

Que es todo amor en la Deidad clemente,
que al pobre hospeda en su opulenta casa,
cual mano del Señor omnipotente
inmensos dones derramó sin tasa.

¡ Oh sin principio Oriente del Oriente,

pródiga en dar en recibir escasa,
reina feliz! Cuan bella te ecsamino
retratada en tu Imágen del Camino.!

¡Oh! yo te cantaré; de su reflejo
toda la sien humilde coronada,
hallando el arte encantos en tu espejo,
y el jénio inspiracion en tu mirada.
¡Oh tu, que inclinas, bondadoso viejo,
la espina ya en los años quebrantada!
ven á escucharme, ven; de mis canciones
brota un raudal de nuevas emociones.

Tu, cuando el viento en torno á tu cabaña
zumbe, si pobre como yo has nacido,
y la nieve que trae de la montaña
te meta en el hogar todo aterido,
á la luz del candil puesto en la caña,
verás leer al nieto mas crecido,
mirando alegre á tu muger que seca
se ciñe al talle la encorvada rueca.

Y tu que pasas opulento noble,
de aquellas pobres gentes olvidado,
al rico fuego del carbon de roble
todo el hibierno en un sillón sentado;
si en tus ferradas puertas un redoble
suena, y el can te avisa alborotado,
déjame entrar y al animal retira,
que en el Satán á su contrario mira.

Yo se que tienes hijas muy hermosas,
que pueden ser de la codicia lote;
mas ¡ay! sus tintas perderán graciosas,
tal vez el vicio su caudal agote.

Pura guirnalda de peremnes rosas
ciñan y sea la virtud su dote;
déjame entrar, que entre mis hojas brilla
de aquella flor la cándida semilla.

Yo, cuando el sol en vagas aureolas
de púrpura y záfir con toques de oro
revuelto se hunde en las tranquilas olas,
de aquella mar que de su muerte es lloro
de *azucena* y *jazmin* entre *amapolas* (1)
guirnaldas tejo y mi laud decoro,
buscando por la orilla solitaria
del rio de mi amor la pasionaria.

Tal vez allí la encontraré mas pura
de aquel jardin cabo el feliz lindero,
dó al través de su velo la hermosura
se deja solo amar del jardinero,
Esposa de Jesus, blanca figura,
mas que del alba el resplandor primero,
si llega á ti la voz de mis cantares,
sabe que es flor que pongo en tus altares.

Y no dirán que como flor traidora
el áspid guarde que herirá tu seno,
que si un amante en mi leyen la llora
su fé no ensucia de la carne el cieno.
Venid, todos venid, yo canto ahora
de gracia y luz y de esperanza lleno
al pie de aquella palma floreciente
milagros de su sombra omnipotente.

(1) En el lenguaje de las flores, significa la azucena pureza, el jazmin amabilidad y la amapola consuelo

Advertencia.



No sin falta de misterio nos vemos en la triste precision de advertir, que escribimos de buena fé y que protestamos contra todos los que tuerzan el natural sentido de nuestros versos con falsas interpretaciones y malignas sutilezas.

¡VIRGEN DEL CAMINO!...



Primera Parte.



Pero qué libro es ese? *La Galatea de Miguel de Cervantes*;.. Muchos años ha que es grande amigo mio ese Cervantes, y se que es mas versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invencion, propone algo y no concluye nada; es menester esperar la segunda parte que promete.

El mismo Cervantes en su Don Quijote.

En una de las paredes del Santuario de la Virgen del Camino y entre una arca y un cuadro bastante deteriorado ya por el tiempo, se lee en un pergamino la siguiente memoria que en la presente obra nos sirve de

ARGUMENTO.

«Estando Alonso de Ribera vecino de Villamañan, captivo en Argel en poder del moro Alcazaba se encomendó muchas veces á esta Soberana Señora Virgen del Camino y temiendo el moro que le habia de librar y se habia de ir, le metió en esta arca y el encima para mayor seguridad habiéndole ligado con esta cadena, y su divina imagen fue servida de traerle de la noche á la mañana á su santa casa, donde murió santamente el y el moro. = Sucedió año de 1522.»



¡Virgen del Camino!...

PRIMERA PARTE.

CAPITULO I.

De lo que sucedió á una Cristiana nueva, que con otros hidalgos cazaba á las inmediaciones del río Esla, siendo día de Domingo 21 de Octubre de 1523, con otras varias cosas que dan principio á esta delicada historia.

Por la orilla del Esla desbocado
un brioso corcel, rota la brida,
sobre un sillón de flecos adornado,
conduce una beldad descolorida;
zanjas aquí y allí, luego un collado
salva veloz, cual cierva perseguida,
alzando en su carrera violento
nubes de polvo que arrebató el viento.

¿Quién és, quién es la pálida belleza
que al ayre tiende su manto de luto?

vacila ya en el tronco su cabeza,
se cansa el brazo de luchar sin fruto;
envuelta en sombras de mortal tristeza
sin juicio va sobre el sobervio bruto,
perdido en el presente lo pasado,
confuso todo, el porvenir cerrado.

Pálida flor! Bajo el caliente cielo
brotó de la feráz Andalucía;
mas luego alzada de su patrio suelo
apenas ¡ay! sus campos conocía.
Huérfana, rica y de virtud modelo,
cristiana es hoy; pero nació judía,
pocos años despues que ahogado en lloro
miró á Granada Boabdil el moro.

—Ay! Cuantas, dice, devoré en secreto
ideas de dolor! (¡Blanca hermosura,
que á Dios el corazon todo sujeto,
el hondo cáliz del pesar apura!)

Yo en mi triste nacer del esqueleto
sentí crugir la trémula figura,
que dando al hierro el formidable giro,
gozó en mi madre del postrer suspiro.

Madre! Madre infeliz! nadie su pecho
dar á tu pobre huérfana quería,
tendida al pie del mortuorio lecho
donde una hebrea en maldicion yacía.
Corre ¡ay! si, corre en lágrimas deshecho,
triste Daniel, suspende mi agonía,
que al claror de los cirios funerales
socorrenme las aguas baptismates.

« Padre ¡Padre infeliz! Cristiano nuevo,

del vicio ageno á costa enriquecido,
 en mi doliente corazon te llevo
 de tu penoso amor correspondido.
 Señor, mi Dios, á tu morada elevo
 mi espíritu de amor, piedad te pido,
 piedad, piedad, en trance tan terrible;
 pase de mi este cáliz, si es posible.—

Y en vano, en vano por la misma huella
 en sus ardientes potros corredores,
 con ansias de salvar á la doncella
 á todo escape van varios señores;
 que indómito el corcel, sigue, atropella,
 los cuatro pies oculta voladores,
 abierta la nariz, el ojo ciego,
 vertiendo espuma, respirando fuego.

Estrecha senda sigue peligrosa,
 que de una parte el caudaloso rio
 con celos viene de su ninfa hermosa
 ruído y fiero, como el mar bravio;
 y al otro lado estiéndese lujosa
 de largos juncos y verdor sombrío
 ciega laguna, engañador pantano,
 quizás la imágen del orgullo humano.

¡Ay linda flor en soledad perdida!
 ¿A cual pudiera comparar tu suerte,
 si muerte dando á quien te dió la vida,
 tu vida casi comenzó en la muerte?
 Palma gentil del cierzo sacudida,
 nuevo fenix, á Dios, vas á perderte,
 no hay mas allá, morir es tu destino.
 ¡Ay del qué al mundo desgraciado vino!

— Hay mas allá, en funesto parasismo
murmura y en su Dios halla esperanza,
corriendo voy por medio del abismo,
¿ Ningun-remedio á consolarme alcanza ?
¡ Virgen del...—

no se oyó que al punto mismo
cual hipógrifo el bruto audaz se lanza
desde una altura al humedo elemento,
cual si correr osase por el viento.

¡ Infeliz ! Infeliz !! de los que vienen
asorda el aire el vano clamoreo;
mas en la altura todos se detienen,
y al rio solo descendió el deseo;
nieblas sobre el espesas se mantienen,
si un tierno padre ó un amante veo,
el ruido á par y la nocturna sombra
la voz sepultan que á su prenda nombra.

Y como esto sucedia,
cuando la noche su velo
extendia por el suelo,
robando la luz al dia;

volvieron al fin la senda
muy oscuros caminando,
á su dolor dando rienda
y paz á la espuela dando.

Era un anciano el primero,
que con la frente caida
regaba toda la brida
de su llanto lastimero;

y al notar tanto dolor
otros cuatro á su pesar
pensaban si es lo mejor
en casos tales callar.

Pero ¡Ay triste de un doncel,
que por ir mejor penando,
va las riendas acortando
á su impaciente corcél!

Que en tan triste soledad,
y en silencio tan profundo,
va dudando, si del mundo
se pasó á la eternidad.

Hernan Perez es su nombre,
hidalgo, rico y alferéz,
de modo que es todo un hombre
visto de pronto Hernan Perez.

A la izquierda del camino
hondo el rio murmuraba,
y el parando de continuo,
continuamente escuchaba;

porque loco en su pavor
¡Pobre mozo! se figura
que la voz de la hermosura
viene implorando favor:

y como el no ha percibido
lo que anheló percibir,
parábase, y el oído
se esforzaba por oír.

Pero ¡Qué vana ilusion!
exclama al fin suspirando,
que de Dios está gozando,

bien lo sientes, corazon.

Siempre mustia y apenada
fue la triste ¡Ay mi! ¿Porqué
de tu brillante mirada
prendarme yo, Salomé.?

¡Cuántas veces me dolí
con amorosa querella,
porque ingrata como bella
no te dolieras de mi!

Mas que no fue sinrazon
causarme tal desconsuelo,
pues vivia para el cielo,
bien lo sientes, corazon.

Y llorando mas y mas,
y sin cesar suspirando,
mas y mas se iba quedando
con su caballo detrás.

Y otra vez del Esla oia
el soñoliento rumor,
y cien veces le atendia
sin oir nunca mejor.

Que asi en tanta soledad,
y en su dolor tan profundo,
dudando va si del mundo
se pasó á la eternidad.

Hasta que al fin de adelante
voces vienen al doncel,
que en si volviendo, al instante
dió de la espuela al corcel;
y asi llegando á los otros,
que de la senda salieron,

vamos, vamos, se dijeron,
dejemos trotar los potros.

Y trotando proseguían
á encontrarse con sus galgos
esios que juntos hacían
media docena de hidalgos.

Medrosa, luego, callada,
tranquila sobremanera,
si es que noches hay tranquilas
para los que sienten penas,
la escura madre del sueño
en derredor de la tierra
su negro manto extendido
cuajó de impalpables nieblas.

Y por medio de una nube
pesada, lóbrega, densa,
sacó á relucir la luna,
cual si fuese su linterna.

Y al fulgor que mortecino
por la empañada vidriera
sobre los gruesos vapores
dejó salir dando vueltas,
confusamente primero
la dilatada cadena
vió de lomas, y las aguas
donde quebrada ríela:

y como al paso encontrase
á los que frente de ella
tristemente cabalgaban

del río por la ladera,
por notar en todos ellos
de tanto dolor la muestra
sus semblantes abatidos
bañó de luz macilenta.

Los hidalgos que traían
desandada media legua
levantaron amarillas
las taciturnas cabezas.

Y al otro lado del río,
que dejaban á la izquierda,
tornando un poco la vista,
sobre mayor eminencia,
y entre ruinas dibujada
de su difunta grandeza
la gigante sombra vieron
de la villa de Valencia.

Ladraron luego los canes,
y la noche muy discreta
volviendo á guardar su luna,
dejóles la boca abierta;

como suele las cortinas
correr al balcon la dueña,
cuando siente á los galanes
requebrar á sus doncellas.

Y otra vez oscuro todo
tan solo el silencio altera
el trotar de los bridones
y el graznar de la corneja,
que así cual sombra enlutada
de algún alma que está en pena

del castillo joyacense
en torno revolotea.

Pero David, el anciano
que de suspirar no cesa
por aquella desdichada,
que mas feliz sería muerta,

de su ancho cinto de cuero
que parda túnica pliega,
desató un cuerno de caza,
tañó, torció á la derecha,

y dejando á sus espaldas
aquella villa sobérvia,
á Villamañan los pasos
de su corcel endereza.

Media hora camináran
por una verde pradera,
donde por ser el otoño
anda en montones la yerba.,

y parando su caballo
David de pronto, y revuelta
la triste faz acia el sitio,
dó Salomé cayó al Esla,

” no sé, dijo, que aldabazo
en mi corazon resuena »
con lo cual miraron todos
acia el sitio que el observa;

mas nada ven sinó solo
á lo lejos una hoguera,
de algun pastor que presumen
si en su choza se calienta.

Pero el viejo, aunque no dic

cual el aldabazo sea,
y antes bien hasta la villa
proseguir les aconseja,

allá en su mente acaricia
una vision, una idea,
que su reflexion perturba,
pero agradable, risueña;

pues creyó ver una Diosa
ceñida toda de estrellas,
que á la llama le mostraba
confusamente á su nieta.

Mas luego: ay triste! se dijo;
!sueños que el alma desea!

¡Ay Salomé! Todo el oro
que guardan mis arcas diera....

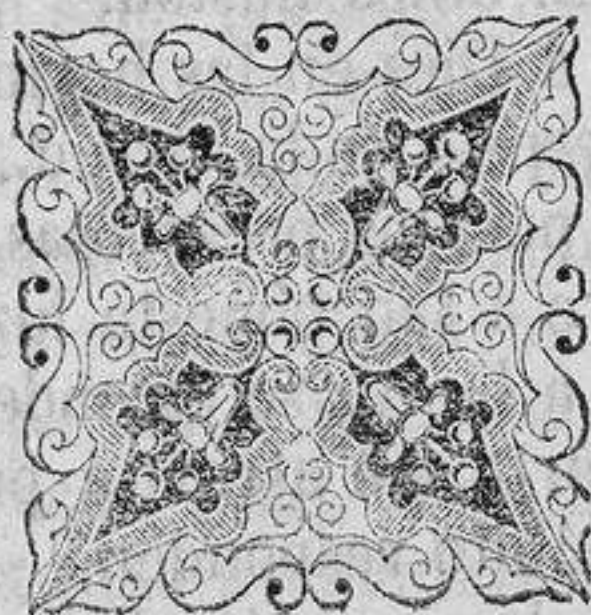
No prosiguió, que oprimidos
levantaron sns compuertas
los tristes ojos, y en llanto
la nevada barba anegan.

En el cual momento todos
crecer su angustiosa pena
al acercarse á la villa,
sollozando consideran.

Y á la luna que asomára
otra vez sobre la tierra,
se les vió devotamente
descubrirse la cabeza;

Que en un corto puentecillo
parados la salve rezan
á la Virgen de la Zarza,
de su lugar centinela.

Lo cual hecho, prontamente
 los bridones espolean
 que en la calle asaz oscura
 hacen lumbres por las piedras,
 y avisando á la justicia
 que entonces no andaba buena,
 merced á estar las Castillas
 de *comunidad* revueltas,
 al viejo David llevaron
 de su casa hasta las puertas,
 donde estaban con los galgos
 ya los criados de vuelta.



CAPITULO II.

Entra el autor en una casa de campo que por aquellos tiempos existia, y de las cosas que vió sin ser visto, segun á continuacion se anotan.

Pero antes de llegar á la colina, dó aquel caballo á despeñarse fué, sola una casa al parecer mezquina de aquella hoguera al resplandor se vé. Arde una luz en su único aposento, que al campo arroja el vidrio del balcon, que dos muchachas toman con su aliento, privándome de mi única ilusion: que es, admirar á Dios en las hermosas, cuyo agradable espejo es la virtud.... Abrid, abrid las puertas presurosas, dejad que os mire á tan honesta luz. Oyen y callan y á la vez se esconden; mas yo en la puerta me atreví á pulsar, y dos mastines súbito responden, que el amo luego les mandó callar. ¿Si esperarán adentro algun amigo, pues no preguntan y ya siento abrir? Paso adelante, buenas noches digo; y veo á un viejo militar reir. Y es que decia, su candil alzando,

por todo el campo nada alcanzo á ver,
estas mugeres siempre están temblando,
no sé que diablos tienen que temer.
Yo que tal oigo, hallándome ya dentro,
todo azorado me empecé á palpar,
¿Qué soy? me digo ¿ En qué lugar me encuentro?
¿Cómo no verme el viejo militar?

Mas voto vá, que es cosa que no creo,
juzgo que toco el suelo con los pies;
mas no me toco aunque mi cuerpo veo,
y aquesto observo en si es ó si no es.

Que el viejo aquel al apechar la puerta
trémula toda á una muchacha vió.

—Quién era? dice—Niña ¿estás despierta?

—Pues no llamaron á la puerta?—No.

Y aunque eso fuera ¿A qué soñar fantasmas
de esos que siempre turban tu quietud?

No sé á quien sales pues que así te pasmas;
vas á perder un día la salud.

¿No sabes bien que esperas á tu hermano,
que fué á la casa de Villamañan?

mira que el miedo es el mayor tirano....
(aquí dos golpes en la puerta dan.)

—Jesus mil veces! Pues, abrid ahora;
y así, sin mas ¿No preguntais quién es?

—Marchate tu á cuidar de la Señora,
mira si tiene enjutos ya los pies.

—No abris Señor! un joven desde afuera
con voz sonora se atrevió á decir.

—Ay! Es mi hermano.—Y cual otro pudiera,
dijo el entrando, Cándida, venir?

Toma ese lío y anda y que perdone;
es lo mejor que he hallado en tu baul;
cuida de ver que tal se lo compone,
dí que sentimos que no sea de tul.

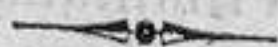
—Y tu, hermanito, que! ¿No te has mudado?
dijo la niña y le tentó el calzon,
que era muy ancho y todo ribeteado
con sus presillas y tal cual boton.

—Oye, Cándida, no; yo no he querido
mudar de ropa, que domingo es hoy;
no tengo bueno mas que este vestido,
y acaso á verme entre señores voy.

Y ya tu ves que finos los modales,
y bueno el exterior porte ha de ser,
si se han de abrir las puertas principales
á un estudiante amigo del saber.

—Ven á la hoguera, ven, Alonso mio,
dijo afligido el viejo militar.

—Quizás le dañen la humedad y el frio,
la niña añade y se sentó á llorar.



Lágrimas puras! Angel inocente!
tus quince abriles ¡Que benditos son!
Es rosa de oro tu beldad creciente,
fuente de dichas es tu corazon.
tu de tu Dios en el temor criada
solo besastes, al comer, el pan,
solo á tus padres vistes encantada,
solo tu hermano ha sido tu galan.
No llores, no ¿Qué importa que no tenga

sinó un vestido bueno que poner?
Dios á los pobres de los ricos venga,
que es su virtud la ciencia y el poder.
Es la virtud el don de Jesucristo,
vivo reflejo de su inmensa luz;
siempre vestir su túnica le has visto
no tuvo mas el que murió en la cruz.
Ni mas tampoco en la vereda oscura,
dó el alma nuestra viajando vá,
lleva sino una sola vestidura,
la débil carne que á su origen dá.
Sube, no temas, bella es la Señora,
que tu jubon y saya ha de vestir,
verás que linda está de labradora,
tal vez la veas de placer reír.
¿Qué piensas, di, que nunca por sus venas
la triste linfa del pesar corrió?
¿Qué sabes tu, si el cáliz de las penas
huérfana y sola y trémula apuró?...

—Placeme, hijo, dicele entretanto,
el viejo al mozo que á la lumbre está,
placeme ver el virtuoso encanto
que el noble fruto de mi estirpe dá.
Que poco importa en medio el frontispicio,
sobre anchas puertas un blason lucir,
si adentro vive disfrazado el vicio,
que solo sabe en el peligro huir.
¡Oh de mi sangre jugo generoso,
rico de fé, de gracia y juventud!

Ven á mis brazos joven valeroso,
muro á la yedra de esta senectud.
Deja que arregle en tu cabeza el oro
que humedo cae—Vos á mi, Señor!
—Deja que sequen este alegre lloro
tus grandes ojos con su claro ardor.
¡Que bellos son sus parpados caidos!
!Que dulce sombra á tus mejillas dan!
Esos graciosos lábios encendidos
¿Porque entreabiertos de tristeza están?
? Qué tienes di que yo me regocijo,
y tu no me hablas, falto de color,
¿Te sientes malo? ¿No respondes, hijo?
—Me siento débil, es verdad, Señor.
—Estudias tanto..!—Si; pero no siento
que esta flaqueza venga de estudiar;
antes parece que me falta aliento
mas campo y ayre y luz que respirar.
¿Veis ese roble que por vos plantado
fué el mismo dia en que á la luz salí?
—Cual tu le miró, Alfonso, adelantado,
que veinte veces florecer le vi.
—¿Y nada ois entre sus secas hojas
—Del viento solo el plácido rumor.
—Cual eco de dulcísimas congojas,
hoy me parece música de amor.
—Qué! Qué me anuncias?— Nada, por que todo
cede en el mundo, padre ¿No es verdad?
—Las cosas tuyas pasan de tal modo;
hojas que seca el viento de la edad.
¿Mas de esas hojas una esencia pura

en el espacio vivirá sin fin:..
asi del cuerpo muere la hermosura
y el alma vuela al perenal jardin.

Vivamos pues, y en caridad gocemos
de esa esperanza que nos dá la fé;
todos cual secas hojas caeremos,
las álmás solas quedarán en pié.

Mas ¿Qué nos trujo á tal melancolia,
hoy qué cual nunca debes sonreir?

—Razon teneis ¡oh! no vuestra alegria
turbe ya mas mi triste discurrir.

Dejad, dejad que en vuestra frente lea
de mis mayores la feliz leccion,
que entre esa barba encanecida vea
vuesa sonrisa que es mi galardón.

O bien que abriendo vuestra juba agora
admire mas la honrosa cicatriz,
que abrió la punta de una lanza mora,
cuando bajó su dueño la cerviz.

Oh! Quien me diera haber antes nacido,
y á vuestro lado á escape en un bridon,
ir de Fernando el quinto precedido
á plantar en la Alhambra su pendón!

¡Dia de gozo, y de entusiasmo y gloria,
en que los puños se mordió Luzbel!
La Virgen iba alzada en la victoria,
por los aires corriendo en su corcel.

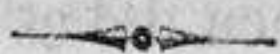
—Muchos murieron.—Porque moros eran.

—Tambien cristianos.—Meditadlo bien;
que esos tan solo la color perdieran,
cuando la Virgen los llevó al Eden.

—¿Cómo arengáras, si con mi destino
treinta ginetes fueras á mandar?

—Con Santiago y la Virgen del Camino,
dijera, lanza en ristre y á triunfar.

Ea, ea, valientes castellanos,
si alguno siente flaco el corazon,
piense que alli cobardes los tiranos
esclavos viles de sus vicios son.



Alma divina! Jóven esforzado!

Tus veinte abriles ¿Quién no envidiará?

**Robusto roble en un rincon plantado
tu copa al cielo se levanta ya.**

Tu de tu Dios en el temor fundaste
toda tu ciencia y glorias y saber,
solo á tus padres con tu amor honraste,
solo tu hermana ha sido tu placer.

No tiembles, no ¿Qué importa que no tengas
sino un vestido solo que poner?

Tu de los ricos á los pobres vengas,
que es tu virtud la ciencia y el poder.



CAPITULO III.

Donde con la misma música continua el anterior.



mientras ellos tal se solazaban
en el corral de aquella posesion,
asi en el cuarto alegres se miraban
las guapas chicas que yo vi al balcon,

Frente á frente sentadas al brasero,
cabe una larga mesa de nogal,
en cuya tabla un roto candelero
tenia una vela que alumbraba mal.

No hay mas haber en la pequeña estancia
que una muy pobre cama en un rincon,
á la cual en perpetua consonancia
vecino se halla un colosal sillón.

Terciado en él parece que destila
de vez en cuando gotas un capuz;
y encima de cristal breve una pila
pendiente se halla de una negra cruz.

Tal cual redondo viejo taburete,
cuyo damasco ya perdió el color,
y una lanza, una espada, un capacete
completan el ajuar al rededor.

Falta el arnés que por estar bruñido,

sirviendo está de espejo á una beldad,
sobre la verde falda sostenido
de aquella niña hermosa á la verdad.

Que son sus ojos aunque azules graves,
fresco el semblante, franco su reir,
y en los acentos de su voz suaves
su dulce agrado deja percibir.

Era la otra una sentida dama
como de unos veinte años á lo mas,
que ya sabrás lector como se llama
si esto te gusta y á buscarla vas.

El rostro suyo en proporcion divina;
ancha la frente, recta la nariz,
que cuatro justas partes determina
hasta tocar del pelo en la raiz.

Y de esas cuatro partes, que no pasan
de sus mejillas, menguan con primor
los dos suaves lados que se casan
de la barba en el hoyo encantador.

Largas sus cejas negras y delgadas
ligeramente lléganse á tocar,
los párpados que velan sus miradas
rasgados ojos dejan desear.

Y todos estos atributos bellos
sobre morena clara palidez
coronan como el ébano cabellos,
que en cuatro trenzas caen á la vez.

De su garganta es el contorno puro,
cual cisne abanza el seno su marfil,
delgado talle y pie no muy seguro,
larga la falda y el marchar gentil.

Y un no se que ademas en la Señora
esparce triste tanta magestad,
que aunque vestida está de labradora,
y el labio aprecia la hospitalidad,
de pie ó sentada reina me parece,
y siento al verla no tener buril,
ya que esta griega estatua se me ofrece
bella de frente, hermosa de perfil.

—Qué te parezco? Cándida, decia.

¿Sabes que gusto de estas ropas yo?

—Bien os asientan; pero ¿Qué diria
el mundo al veros como á mi me vió?

¿Cómo cambiar las telas de brocado
por un jubon de oscuro vellori,
y el ancho vuelo de oro recamado
que negro cubre el rojo borcegui?

—¿Pero esta saya de morada seda,
dice y se pone la Señora en pie,
que sin bordados tan pomposa queda,
no es muy graciosa?— Mucho, ya se ve:
estando en vos que sois tan arrogante,
que en nuestra villa no encontrais galan....

—¿Qué sabes tu si yo no tengo amante?

—Eso se miente por Villamañan.

—No diré yo que mientan en la Villa,
pues no de amores me gustó el fingir;
mas no por vana sinó por sencilla,
ni por ingrata porque sé sentir.

—Mucho, Señora, perdonadme os ruego,

- si pude acaso incomodaros yo,
que todo el mundo me acusára luego,
si tal supiese.— No, querida, no.
Plácesme mucho tu la linda moza
de nuestra villa.—No injuriando á vos....
—Lo ves? Muy bien; la risa me retoza.
—Si? Pues riamos como manda Dios.
—Oh! Como ries! Eres muy dichosa.
—Y á vos que os falta? —Qué me falta á mi?
—¿No sois muy bella y rica y generosa?
—Si tu supieses lo que guardo aqui.
—Yo solo sé que si el hibierno crudo
pone la tierra dura de labrar
sois de los pobres proteccion y escudo,
y eso, Señora, os hace de apreciar.
¿Será que avaro vuestro rico abuelo
os riña mucho cuando así lo haceis?
—Ah! no, no tal; mas donde mi pañuelo?...
—Llorais, Señora? Pues llorar me hareis.
Que triste estais, ¡Oh! llamaré á mi hermano...
—No, no... ¡Qué digo?... Como quieras, vé;
pero es tan serio...—Mas no nada vano,
y eso que sabe todo lo que lee.
—De veras?—Mucho, fabulas, historias,
y el Evangelio dice de pe á pa,
y yo no sé que escribe que en sus glorias
con Don Pelayo y Recaredo está.
—Cierto qué dicen es muy despejado
¿Y á Salamanca no desea ir?
—¿Pluguiese á Dios mas tiene de soldado
sangre heredada y quiere combatir.

—Horribles guerras!— Es verdad ¡Dios mío!
¿Veis cuanta sangre corre por León?
Diz que al de Luna con sobrado brio
Nuño Ramirez reta de traicion.

Y di ¿Tu hermano no se ha decidido
por el Consejo ú la Comunidad?

—Ah! no hay quien le hable de ningun partido,
piensa que es todo vicio ú vanidad.

Mas qué! ¿Otra vez...—Las lágrimas que vierta
no te apenen... tal vez es gratitud,...



En esto el mozo entraba por la puerta
rico de fe, de gracia y juventud.

Su talla es noble, recta, aventajada,
firme camina en desdeñoso andar,
rasgados ojos de humeda mirada,
que fija suele al corazon llegar.

De su alta frente á la mitad partido
un tanto rubio su cabello cae
sobre los hombros del doncel garrido,
que en uno de ellos la anguarina trae.

Bajo la cual con haldas y ajustada
la negra juba toca en el calzon,
que en pliegos á la calza colorada
ajustan sendos lazos de galon.

Planas las suelas sienta del calzado
que es un gracioso verde borcegui,
la punta como un cuerno remangado,
con su cordon de seda carmesí.

Y como fuese un poco distraído

en varias cosas que jamas sintió,
con el mostacho todo retorcido
mayor realce á sus megillas dió.

Acércase, mas no sin embarazo
los ojos pudo en la beldad poner,
que al ir á hablar, de su derecho brazo
dejó la gorra trémulo caer.

—Que torpe estas, le dice su hermanita,
que arrebatada traes la color!

—¿Por qué ¡Gran Dios! mi corazon palpita!
pensó el mancebo ¿Cuál es mi temor?

Y pudo apenas con la lengua muda
cortés á la Señora saludar;

mas ella dulcemente le saluda,
le vé, y sus ojos tornanse á bajar.

—Siento, el doncel le dijo balbuciente,
que tanto el carro tarden en traer.

—Ya le traerán, mandadle que se siente.

—No está en su casa? bien lo puede hacer.

—Esta Señora está muy apenada,
dila tu algo que la hará reir.

La bella estaba por demas turbada,
como el sentia el corazon latir.

Y la inocente niña bullidora,
que alegre intenta á todos alegrar.

con preguntas conmueve á la Señora,
y otras veces al mozo hace temblar.

Siendo de ver la célica armonía
que así produce el grupo encantador,

libré la niña arcangel parecía
presidiendo al misterio de un amor.

Que ya la dama, levantado el seno,
 respira, y cambia de color su faz,
 y el pobre mozo de ternura lleno
 suspira en vano por su dulce paz.
 Ella de vez en cuando le miraba
 con recatados ojos y temor,
 y en su vigote acaso contemplaba
 un convulsivo virginal temblor.
 Y el á su vez observa por fortuna
 de aquella casta frente el vacilar,
 como al soplo del viento una laguna
 suele su espejo nitido turbar.
 Pero ¡ay! pensaba ¡Desventura fuera
 que yo la amase! ¿Que merezco yo?
 Y avergonzado por la vez primera
 de su pobreza y humildad se vió.
 Y poco á poco el natural despejo
 volvió toda su luz á recobrar
 salió á los ojos el feliz reflejo
 y frente á frente la empezó á mirar.
 Lanzó un suspiro entonces tan profundo,
 como si en él saliese el corazón,
 en rostro dando al interés del mundo
 con su virtud y angelical pasión.
 Y en calma luego, en engañosa calma
 empezó indiferente á departir;
 mas ay! Cuan pronto sentirá en el alma
 que amor no sabe tan de prisa huir!
 El es verdad que no está persuadido
 de si es ó no su sentimiento amor;
 pero hace un año que al comprar vestido,

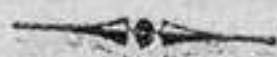
del de la dama recordó el color.
Y en su continuo estudio la figura
mil veces vino á distraerle tal,
cual un dia radiante de hermosura
de Leon le miró en la catedral.
Tímida por su parte la doncella
sus ojos alza y nota su quietud;
pero es muy rica y generosa y bella,
y mas que de oro avara de virtud.
No en la pobreza entonces reparaba
si en la belleza y genio del doncel,
sobre todos los hombres le juzgaba,
cien hermosuras pocas para el.
Y así agitada violentamente
sobre la blanda mano se apoyó,
y mientras el hablaba indiferente,
mirándole en tal forma discurrió.
Habrá pensado en que nació judia;
huérfana triste ¡Qué infelice soy!
y el nombre de su madre repetia,
y ¡Cuanto, cuanto desde ayer á hoy!
Y así cual ricas perlas arrojadas
de la orilla al empuje de la mar,
á sus pestañas negras agolpadas
no pudo al fin las lágrimas parar.
—Que es lo qué miro! Vos llorais Señora!
dijo, y de nuevo se agitó el doncel,
y al verla mas que nunca encantadora
la tierna hermana suspiró con él.

Almas divinas, arrobadas todas
entre esa roja nube de pudor,
la Virgen del Camino á vuestras bodas
quiera llevar al triste trovador.



CAPITULO IV.

Nuevo y curioso romance, en que por boca del viejo militar Gaspar Rivera se da cuenta á los lectores de como se apareció la Virgen del Camino al Pastor Simon Gómez Fernandez á principios del siglo decimosexto, siendo Reyna de España la hija de los Reyes Católicos, que llamaron despues Doña Juana la loca.



En una del mes de Julio
calurosísima tarde;
cuando en ecos se arrastraba
el *Angelus* por los valles,
de las campanas viniendo
de los vecinos lugares,
que muchos y á la redonda
viendo á Leon se complacen;
empezaron los fulgores
del poniente á encapotarse
y á subir en remolinos
de parda niebla los aires;
y juntos bajando luego
hasta tocar los encages
de las caladas agujas,
y cincelados remates,
que de Leon en las torres
envidian cien catedrales,

de brillantes meteoros
comenzaron á inflamarse.
Rápido el trueno corria,
como carro de diamante,
en las bóvedas terrible
y en los montes formidable.
Hay momentos en que el cielo
parece que en iras arde,
con granizo de las casas
destruyendo los cristales,
y con piedra los viñedos,
y con rayos los olmares;
y hasta el viento que se huele
se pega espeso á las fauces,
cual si fuese humo alanzado
del centro de cien volcanes.

Las turbias aguas corrian
por los regueros á mares,
y las gentes medrosicas
por las rondas y portales
á ganar el rico templo,
cuyas altas puertas abren
vestidos ya de roquete
con becas los sacristanes.

Sonó el órgano, y sus voces
mezcladas á los cantares
que repiten apiñadas
bocas mil bajo las naves,
á veces súbito el trueno
sobre las bóvedas barre,
llevando el *Ora pro nobis*

á los bosques á esplayarse
y en las cóncabas encinas
y en los huecos pedernales.

Y cuando para se escuchan
de trecho en trecho distantes
de las reses que metían
en apriscos y corrales
los balidos temerosos,
que mas bien parecen ayes
esparcidos por el viento
al compás de los timbales.

Pero poco á poco luego
mas y mas delgadas caen
las aguas, y mas lejanos
piérdense en las cavidades
los largos ecos y ruido
de la tormenta espantable.

Y las gentes de los templos
ya menos pálidas salen,
y las luces apagadas,
solo las lámparas arden;
proyectando silenciosas
entre columnas y altares
sombras mil que entre las verjas
se reproducen gigantes.

Y á la luz que los nublados
cala, disipa y desaparece;
del Vernesga y el Torío
sobre los turbios raudales,
las gentes entre colores
dos arcos miran alzarse,

que á grande altura elevados
se tocan y se deshacen
y en uno solo se extienden,
que por las nubes brillante
guirnalda es cuyas rosas
cayendo están en dos mares.

Horrible fue la tormenta,
mas la devocion tan grande
que la Virgen encantada
al blando son de la salve
movió su planta, y el cielo
con músicas imperiales
anunció que la Señora
sobre el su escuadron de Arcángeles,
á ver el mundo salia
y á dejar en él su imagen.

Y toda de resplandores
y estrellas mil fulgurantes
ceñida en torno, á San Pedro
pidió primero las llaves,
y en sus ejes diamantinos
las puertas interminables
de aquella cibdad inmensa
invisiblemente se abren.

En seguida ya traspuestos
los deliciosos umbrales,
que en su luz maravillados
con los astros la reparten,
cual una blanca aleluya
la reina del cielo sale
y los siete cielos cruza

con rapidez inefable;
prolongándose por leguas
su fina falda flotante,
que músicas mil produce
con su contacto en el ayre,

Asi es que para ella
los palacios que de jaspe
en columnas sustentados
admiramos los mortales,
inmundas chozas parecen
en cimientos deleznable.

Iguales son para ella
los pastores y magnates,
que en el mundo donde impera
solo la virtud es grande.

Y sinó, no hay mas que verlo,
pues se acerca edificante
con blanda risa en los labios
á Simon Gomez Fernandez.

En Velilla de la Reina
pobre nació, miserable,
y á pastor le destinaron
por mas no poder sus padres.

Mas ¡Oh fé, genio fecundo,
en cuyas alas alzarse
puede el mortal mas humilde
á los espacios mas grandes!

Tu del Pastor en la mente
tus tesoros colocaste,
derramando por su seno
tus vivas aguas amables.

Y siempre de ellas sediento,
cual trasunto de los ángeles
el pobre mozo bebía
sus linfas inagotables.

Sobre un teso de rodillas
y derramando á raudales
claras lágrimas, al cielo
pide sus iras aplaque;
despues en himno de gracias
haciendo va se derramen
por las bocas de los cerros
súplicas tiernas, suaves.

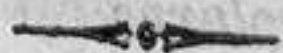
Y estando así meditando
en arrebatado éstasis,
que contemplan con asombro
sus ovejas que no pacen,
y á la hora en que la sombra
iba ganando el combate
á la luz que se retira
por ir vencida la tarde,
entre una mansa nieblina,
hermosa, opulenta, grave,
y toda de resplandores
y estrellas mil fulgurantes
ceñida en torno descubre
á la reina de los ángeles;
que abajando mas le dijo:
—*Pastorcillo, vuela, parte,*
y di en Leon al Obispo,
que fué de Jesús la madre
la que aquí de sus dolores

quiso traer esta imagen.

*Que con tal que agradecidos
un Santuario levanten,
y teniendo fé me pidan,
no ha de haber cosa que falte.*

*Y porque de tí no duden,
cuando lleves mi mensaje,
pues así veo que piensas,
esa honda, pastor, dame;
di que esta piedra que tiro
habrán de topar tan grande,
como yo quiero que sea
su devoción.”—Dijo y dándole
las alas resplandecientes
de un hermosísimo arcángel,
la legua el Pastor anduvo
asombrado en un instante.*

*Entonces si que lucieron
los pueblos, rios y valles
de nuestra España; y al cielo
entre músicas triunfantes
volvió rauda la Señora;
y llegando á los umbrales
que en su luz maravillados
con los astros la reparten,
las claras puertas rodaron
sobre el eje de diamante,
y metiéndose en su gloria,
dejó á San Pedro las llaves.*



Veinte años ha que adoramos,
Señora, en la tal Imágen,
que *del Camino* pusieron
de Leon los naturales,
no tan solo porque lo era
dó á Simon Gomez Fernandez
se apareció tan hermosa
como no puede contarse;
sinó ademas porque todos
los buenos cristianos saben
que es camino de la gloria
su devocion en el valle,
que de lágrimas regamos
en nuestro peregrinaje.

Así Gaspár de Rivera,
que del buen Alonso es Padre,
y de Cándida la niña
medrosa, bella, y amable,
la historia fue refiriendo
á la doncella elegante,
que sobre un colchon sentada
y de labradora en trage
iba en un carro de bueyes,
que perezosos y graves
le arrastraban, cual si fuesen
con gusto oyendo el romance.
—¿Qué os parece? dijo el mozo
y contestó, que me place,
pues no he sentido el camino

des que empezára á contarle;
y como entonces sus ojos
entre la sombra notasen
que á Villamañan llegaban
tuvo por bien apearse.

Y despues de haber rezado
como es costumbre la salve
á la Virgen de la Zarza,
prosiguieron por su calle,
sin oir otro ruido
que el que sus palabras hacen,
ó sus vestidos de seda
que luengos las piedras lamen;
como no fuese que á veces,
al sentir gente, ladrasen
tras de las puertas cerradas
los impertinentes canes.

Brindáronla con su casa
pero no quiso pararse
la Señora, que les pide
que á la suya le acompañen.
Hiziéronlo de buen grado
y despues de separarse
de la niña que entró sola
—Será fuerza que yo hable,
Rivera? dijo la dama.

—Señora, vuesarcé mande,
que mi pecho de serviros
en vivos deseos arde.

—No sabeis como os lo aprecio
¿Mas lo decis de galante?

—Nunca he mentido, Señora;
ni mentiré aunque me maten.

—Eso es mas que ser buen mozo
¿No es verdad, buen estudiante?

—Bien parece en las hermosas
la rara prenda de afables;

pero yo para mi tengo
que aun asi...—¿Vais á enojarme?

—¿Luego ya me habeis creído?

—¿Y como no si endenantes
vuestra hermanita me dijo
que era yo muy arrogante?

—No sería la primera
persona que tal pensase.

—De veras? —Oh! demasiado
lo sabreis por los galanes,
cuando en Leon el de Luna
os convidaba á sus bailes.

—¿Pues cómo se os ocurre
una especie semejante?

—Porque debo á Dios, Señora,
una memoria tan facil....

—Huélgome de ello.—Miradlo,
que mas me causa pesares
que no alegrías.—No importa,
la memoria mucho vale.

—Sin talento en la persona
convierte al tonto en pedante.

—Yo no os hablaba de ciencias,
buen Rivera que si de artes.

—El genio y no la memoria

en ellas suele emplearse.

—Y como ayuda tampoco?

—Mas no tiene en que ayudarme.

—Modesto sois; vuestra dama poco es fuerza que os alabe.

—Tuviérala yo, Señora.

—Acaso sereis cobarde;

ú otra cosa que es orgullo amar y no declararse.

—¿Y qué calla nuestra lengua qué nuestros ojos no hablen?

—¿Y qué amor de ellos se goza como las lenguas lo callen?

—¿Luego no basta miraros?

—¿Como quereis que eso baste, si yendo á oscuras ahora, mucho mas la voz me place?

—Qué es lo que oigo?—A Dios, Señores; ya estoy en casa, dejadme; pero no, no sé que digo....

—Señora que Dios os guarde.

—No aceptareis este anillo?

—No tengo con que pagarle.

—Me habeis salvado la vida, y esa es la alhaja mas grande.

—Fué la Virgen del Camino y no á mi á quien invocasteis.

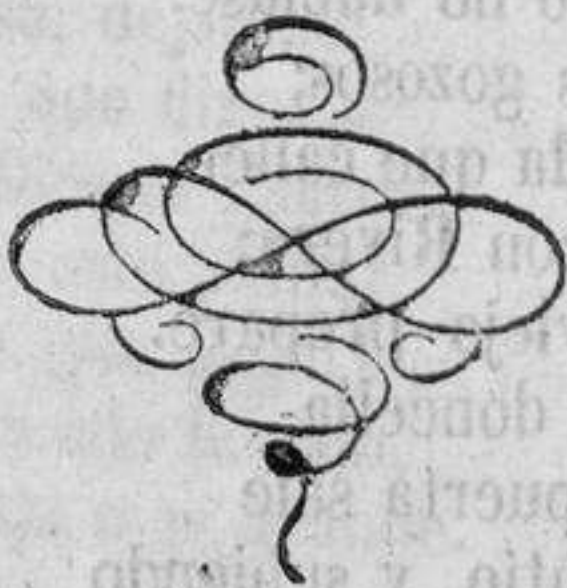
—Pues bien ¿Sois libre?—Lo dudo.

—Ah! Lo dudais?—De que os ame vuestra virtud es la causa, no solo yo soy culpable.

—Hablarais luego Rivera,
que pues sois libre y amaisme,
el anillo que os otorgo
de sobra podreis pagarme.

Abrieron luego las puertas
dos criados y adelante
pasad, dijo la Señora;
mas solo entró el estudiante.
Los criados á su acento
muestra hicieron de asustarse;
mas como es casa de avaro,
donde la luz poco arde,
y una honrada labradora
descubren solo en el traje,
tardáran en conocerla
si ella de suyo no hablase.
Gritaron ellos gozosos;
pero les manda que callen
y que suban con Rivera;
para que al viejo prepare.
Sola quedó la doncella,
que por una puerta sale
á un breve patio, y subiendo
una escalera, á ocultarse
fué á una estancia cuyos vidrios
empezaron á bañarse
de tenue luz que la luna
alta saliendo desparce.
Confusa toda primero

lo que la pasa no sabe,
 ni bien el sitio conoce,
 ni lo que hizo, ni lo que hace.
 Pero luego que al acaso
 fué junto á un lecho á sentarse,
 que es el mismo en que durmiera
 antes de morir su padre;
 conoció su ligereza,
 y empezó á desconsolarse,
 en lágrimas anegando
 su oscurecido semblante.
 Bálsamo son de las penas,
 dejémosla que descansa,
 y entre tanto que lo logra,
 vamos lector á otra parte,



CAPITULO V.

De como se affligian el anciano David y el mancebo enamorado, mientras se preparaban los funerales de la hermosa Salomé, con otras varias cosas que manifiestan lo mucho que en la villa la estimaban.

y triste del que apenas rompió la ligadura del útero en que impura le tuvo una muger, al mundo dió en los ojos con una mancha fea caida en su librea al punto de nacer!

¡Ay triste del judío proscripto del oriente, que lleva á su occidente nublado el corazon!

¡Ay triste, si por cierto, selenta veces triste aquel á quien no viste de galas la ilusion!

Señor! Señor, Dios mio!
¿Acaso no han borrado de mi frente el pecado

as aguas del Jordan?
Mis hijos todos muertos!
ay! solo ya en el mundo
me dejas en profundo
dolor y triste afan.

Yo he visto de mi palma
caer una por una
las hojas y ninguna
volvió á reverdecir;
y todas á montones
en remolino incierto
agita en el desierto
el aire de su ayer.

Yo soy como la encina
que el tiempo ha carcomido,
en cuyo hueco han ido
culebras á nidar;
pues solo siento ahora
bullir bajo mi frente
recuerdos en la mente
de luto y de pesar.

Cayeron veinte veces
las hojas y perdida
mi rama mas querida
con lágrimas regué;
que el cielo de mi hija
se enamoró tan bella,
que Dios me dió por ella
mi hermosa Salomé,

Y todavia enlutada
la virgen inocente

del Esla en el torrente
se hundió con su corcel;
y siempre separada
de su ignorada madre,
juntóse con su padre
el misero Daniel.

¡Oh Dios! ¿No era bastante
que muerta ya mi esposa
mi hija mas hermosa
tomases para tí,

ni ver al triste viudo
caer allá en Medina,
á tu mansion divina
volando desde allí?..

¿Acaso fué delito
que bravo caballero
apellidando fuero
rodase por la lid,
y agora le castigas
mirando abandonada
de lágrimas regada
la casa de David?..

Ansi se lamentaba
el desdichado abuelo;
de lágrimas el cielo
regar su estancia vé;
que en ella sale y entra
la humilde gente y llora,
pues fué su bienhechora

la virgen Salomé.

¡Oh! cuantos recordaban
subiendo la escalera
tal vez al ver la cera
del duelo preparar,
aquellas tan suaves
miradas con que herian
sus ojos que solian
al infeliz mirar!

Y cual si de ellos fuese
alguna linda hermana
ó bien su soberana
en gracias y virtud,
dó quiera que sus ojos
delientes se tornaban,
al vivo reflejaban
del alma la inquietud.

Que imbecil el anciano,
la desmayada viuda,
la huérfana desnuda,
el labrador sin pan,
el pálido mendigo,
el preso por la reja,
y el hospital en queja
todos llorando están.

Ay! ¿Quien, dice una madre,
que lleva entre sus brazos
los hijos que pedazos
de las entrañas son,
Ay! ¿Quien dice mirando
su choza no pagada

de mi pobre morada
me volverá al rincón?

De un angel ha caído
el rico patrimonio
en manos de un demonio
avaro y sin piedad,
de ese David judío,
del médico usurero,
que nunca sin dinero
curó una enfermedad.

Que así como lo dicen
inícuo fuera el viejo,
juguete de un consejo
que le inspiró Luzbel;
de hacer con un tesoro
que la cerviz le doble,
cualquier que rico ú noble
le despreció sin él.

En su niñez corria
las calles de Granada
con una derrotada
túnica sin color;
y entre miseria y hambre
mas bien que de la ciencia
tomó de su experiencia
el nombre de doctor.

Por eso cuando pudo
dormir no ya en el suelo
miraba con recelo
las gentes junto á sí;
y en criminal flaqueza

sus lábios murmuraban,
así ellos me trataban
tratarlos debo así.

Mentira, si, mentira!
Mayor será su pena,
si rota la cadena
de su mendicidad,
olvida el mal cristiano,
al ver otro mendigo,
que debe á su enemigo
amparo y amistad.

Mirad sino cual queda
su alma solitaria
¿Si á todos fué contraria,
quién le consolará?...
De luto ve colgado
en torno el aposento;
de luto el pavimento,
y hasta el tesoro está.

Que solo puesto á un lado
con él se ve sombrío
el infeliz que al río
parabase á escuchar;
sus tristes ojos vagan
de aquella estancia en torno,
ardiendo cual un horno
su seno al suspirar,

Que no hay allí un espejo
donde él no se mirára,

y al ver su linda cara
y talle femenino,
un día y otro día
amando no esperase
que al fin le coronase
aquella tan gentil.

Allí cabe una mesa
de plata guarnecida,
de nacar embutida,
que está sobre una piel,
recuerda el primer día
en que la vió de espalda,
perdiéndose en su falda
los ojos del doncel.

En todos los sillones
mirábala sentada,
tranquila su mirada
los muebles recorrer,
en tanto que humilde
las penas que él decía
la desgraciada oía
con sumo desplacer.

Tal vez del arpa suya
con flores adornada
la vista conturbada
percibe el resplandor;
y en cantigas sonoras
perdido el pensamiento,
de Salomé el acento
recuerda encantador.

Ay! triste del que triste

amando sin ventura,
su pálida figura
sobre el espejo vé;
y cuenta una por una
las flacas pulsaciones,
si pierde en sus pasiones
la estrella de la fé!

¿A quién volver los ojos
al verse desamado?

¿A quién desesperado
sus penas referir?

Si Dios de amor tan solo
llenar puede el vacío

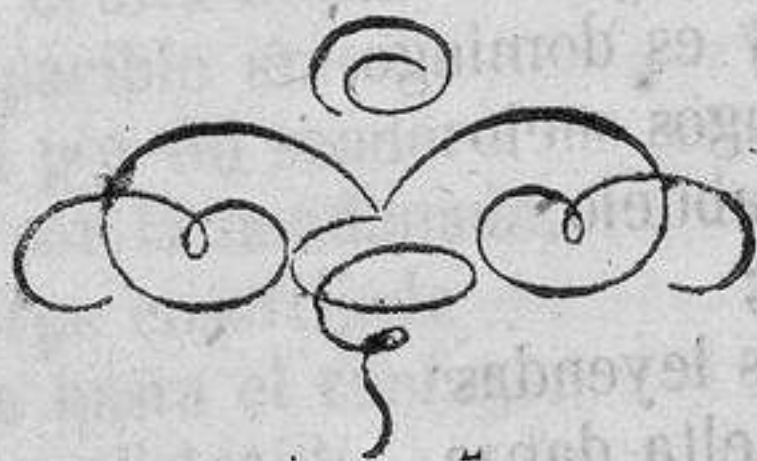
¡Ay triste del que impio
á Dios no quiere oír!

Será como la oveja
que hambrienta vá y perdida
del lobo á la guarida
huyendo del pastor;
alondra que gimiendo
al ver lo que ha perdido
espira, de su nido
volando en derredor.

Levanta el pensamiento
de Dios á la morada,
mancebo, tu mirada
se animará en su luz.
¿Qué importa esa que pierdes
beldad por quien suspiras,
si cuanto pierdes miras
qué ganas en virtud?

Levanta ¡ay! si levanta
tu frente, triste mozo,
no sabes tu que gozo
te espera tan mortal,
que aun vive la que hiciste
de tu aficion, Señora;
mas vive y se enamora
de un infeliz rival.

Lo ves? Ya de la estancia
las puertas se han abierto,
tu tiemblas inesperto
y tiemblas de placer;
al ver de una aldeana
la delicada mano,
y al infelice anciano
los brazos estender.



CAPITULO VI.

De como se salvó la hermosa Salomé por la poderosa intercesion de la Virgen del Camino, con otras muy diferentes cosas que en el se verán.



luego que pasaron
los críticos momentos,
muy graves los acentos
sonaron de un doncel,
que en pobre vestidura
oculta un alma noble,
con su talento doble,
inmensa con su fé.

“Señor, hoy es domingo,
y en los domingos suelo
la casa de mi abuelo
gustoso visitar;
que mas en las leyendas
que en la revuelta danza
mi corazon alcanza
sus penas aliviar.

Complaceme del campo
la vista enamorada
y rola en la cascada

la onda ver bullir,
y pálidas las hojas
caer, como caemos,
despues que florecemos
á el lago del morir.

Deleitanme en la selya
los pájaros cantores,
de las gayadas flores
la amena variedad;
ó bien de los tomillos
la campesina esencia
gozar en mi existencia
de amor y soledad.

Por eso ya vecina
cuando la noche estaba,
paseándome gozaba
del perfumado olor,
que de una y otra loma
suave se derrama
como la oculta llama
de un apacible amor.

Y así por un sendero
que vá por la hondonada,
cual sierpe ensortijada
del Esla hasta el confín,
llegué tan distraído
hasta tocar la orilla,
como álma sin mancha
que lleva un querubin.

Sonaba muy sobervia
y turbia la creciente

de aquel, que trasparente
sobre las piedras es
cristal muy engañoso,
si corre sosegado,
su fondo no apartado
mostrando de los pies.

Cubriale la niebla
cual vaporoso manto,
cercana ya entretanto
la noche iba á venir;
y al ir á dar la vuelta
detengo estremecido
el pie apenas movido
tal súplica al oír.

Ay! *Virgen del Camino!*
y un bulto y otro bulto
entre la niebla oculto
sentí luego caer,
y arriba los caballos
de algunos que llegaban,
y voces que lloraban
perdida una muger.

¡Inútiles lamentos!
esclamo; y de continuo
tambien la del Camino
invoco en mi favor;
y súbito soltando
la gorra y la anguarina,
la fe que determina,
me arroja sin pavor.

Temblábanme los miembros

con la humedad y el frío;
mas yo ¡Señor, Dios mío!
de nuevo repetí;
y el milagroso nombre
de la imperial Señora,
que bella, encantadora
sobre las aguas vi.

El río iluminado
de un fijo meteoro
las olas mostró en oro
revueltas sin sonar;
á cuya luz brillante
descolorida y bella
descubro á la doncella
que torna á vuestro hogar.

Tenianla en las olas
á medias sepultada,
y recta y agitada
las ropas y el manton,
que en forma de campana
mostraba desplegado
haberse así ahuecado
del aire en la region.

Corté ligero el agua
cual pájaro marino
y hallando en el camino
la silla del corcel,
así de una correa,
y en el sillón terciada
halló la desmayada
su nueva vida en el.

**Temí que fuese muerta
cuando la vi en la orilla
cual ráfaga amarilla
mis ojos conturbar;
mas luego que su arteria
sentí, de su cintura
flojé la vestidura,
oíla suspirar.**

**Y así que poco á poco
en su razon volvía,
la idea que tenia
postrera murmuró;
Ay! ¡Virgen del Camino!
y á poco en voz mas clara
¿Quién es el qué me ampara?
confusa preguntó.»**

**Hallábanse corridos
el viejo y el hidalgo,
cual si temiesen algo
mirando á Salomé;
que sin querer sentarse
de pie permanecía,
y al verlos se decia
¡Hombres de poca fé!**

**En su caracter dulce
obraba sin reposo
un cambio poderoso
el fuego del amor.
No en lágrimas cual antes**

su rostro se anegaba,
su vista disparaba
centellas de valor.

Y hallándose de brazos
cruzada en el momento,
en que cesó el acento
de aquella relacion;
dejó que diese el viejo
las gracias á Rivera,
y así con voz entera
habló á continuacion.

«Mancebo generoso,
atento habeis hablado;
pero algo habeis callado
que quiero yo decir:
palabras ¡ay! que ahora
en la memoria mia
pudieran la hidalguía
de algun cobarde herir.

«*¿Quién es el qué me ampara?...*
¿Seria por ventura
aquel que amor me jura
que no quise creer?
¿Acaso por salvarme
á perecer se espuso,
y en el olvido puso
haciendas y poder?

«No hablais, buen Hernan Perez?...»
Señora, es un cristiano,

responden, que á su hermano
debiera de amparar;

¡Qué voz tan generosa!...

no lo dudeis, Rivera,

gravose de manera

que no lo he de olvidar.»

Atonito el hidalgo

se agita y desconcierta,

y trémulo no acierta

en nada á responder;

pero David lanzando

una mirada de ira,

—mi nieta, dijo, mira

que es lo que vas á hacer.

Colgada ves de luto

la estancia de tu abuelo,

y á darme á mi consuelo

nadie sino él llegó.

—Y nadie, añadió el joven,

sin levantar la frente,

mayor envidia siente

que la que siento yo.

Que diérale al dichoso

que admiro en mi presencia,

mis grados y mi herencia

por su felicidad;

pues no fué de cobarde,

aunque os he llorado,

no hacer lo que engañado

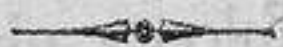
creí temeridad.

Yo espero por lo tanto

que al recordar que alférez
jamás guardó Hernán Pérez
la lanza que brilló,
mejor después en calma
me juzgareis, Señora.—
Y así á la buena hora
á todos les dejó.

Y notese que apenas
la puerta hubo pasado,
monedas á un criado
le dió y le dijo así;
informate de todo,
que el pecho se me abrasa
¿Comprendes? En mi casa
te espero.—Lo haré así.

Y haciendo que cerraba
dejó el mozo la puerta
para el oído abierta,
y el otro demostró
que no fué solo el viejo
quien reparó en el brillo
del regalado anillo
con que Rivera entró.



El cual después que hubo visto
que por ello de indiscreta
David acusó á su nieta,
que luchaba con razón;
y que de una en otra dijo
con la faz muy descompuesta

¡Que locura ¡Oh Dios! es esta?
 hechando á tierra el sillón;
 le llamó, cuando medía
 á largos pasos la alfombra,
 y parándose la sombra,
 se encaró con el doncel;
 que con amarga sonrisa
 de compasion y tristura,
 la interesante figura
 resignado volvió á él.

—¿Y tanto, dijo, esta alhaja
 podeis preciar por ventura?
 ¿No vale mas la que pura
 á vuestra casa volví?

Pues bien devolverla quiero,
 con que dad tregua al enfado,
 que aunque pobre soy honrado,
 de limpia sangre naci.

Y sacando la sortija
 tornó á ponerla en la falda
 de la triste que á su espalda
 desfallecida cayó;

pero ¡Virgen del Camino!
 el mozo dijo en voz baja,
 y deponiendo su alhaja
 á salir se preparó.

—Deteneos, buen Ribera,
 dijo el medico afligido,
 deteneos, yo os lo pido,
 muy noble sois, eso si;
 y poniéndose delante

le estorbaba la salida,
deteneos por su vida
Oh! no me dejéis así.
Vacilaba el triste amante,
y volviendo la cabeza,
ve el perfil de la belleza,
y por su virtud tembló;
mas tornó á decir, dejadme,
Señor, dejadme que salga,
y que la Virgen os valga
como á ella la valió.
Y facilmente apartando
los flacos brazos del viejo
otra vez en un espejo
volvió la beldad á ver;
y acosado fieramente
por la pasión sofocada,
sin querer escuchar nada
salió tambien sin querer.

Y entretanto que afligido
con sus criados procura
dar el viejo á la hermosura
vida, consuelo y color,
confuso el joven y solo
sale al campo, vuelve y pasa
otra vez ante la casa
que es la cárcel de su amor.

Unas veces decidido
de repente levantaba

el extremo de la aldaba
disponiéndose á pulsar;
pero luego estremecido
parábase y meditando
poco á poco iba posando
el aldabon sin sonar.

Y es que primero veia
amante, pálida, bella,
en la faz de la doncella
su ventura sonreir,
y despues al viejo ingrato
avaro, ciego, indolente,
porque era pobre en la frente
de la virtud escupir.

Y entre uno y otro trabada
continua guerra en su centro,
el amor toca á ir adentro,
la virtud á retirar;
y vueltas dando sin orden
en su triste desconcierto,
parece nave sin puerto
rota y perdida en la mar.

Trémulo ya separaba
de su frente los cabellos,
cual si nube fuesen ellos
que le quitasen de ver,
y triste ¡Ay triste! decia
¿Qué és lo qué á mi me sucede
que todo el aire no puede
prestar aliento á mi ser?

Oprimiase las sienes

que agitaba el sentimiento,
cual si así su pensamiento
pretendiese sujetar;
pero en vano porque apenas
un rayo asoma de calma,
las memorias en el alma
lo vienen á disipar.

Si al origen se remonta
de tal pena solo advierte
que de brazos de la muerte
arrancó tal inquietud;
mas en ella vé contento
una doncella elegante,
de bellísimo semblante
coronado de virtud.

Pero espíritu divino
cuyas alas deliciosas
con las manos codiciosas
sujeta el viejo David;
pobre pájaro que libre
á cantar ibas ¿Qué hice?
¿A qué salvarte infelice,
si eres ya menos feliz?

Tu de Dios en las alturas
en este punto gozáras
de las visiones preclaras
que no es dado comprender.
Mas ¡Oh Virgen del Camino!
perdoname, yo te ofendo,
que á no salvarla comprendo
fuera mas mi padecer.

¡ Cuantas veces mi conciencia
gritaria, mal cristiano.

morir dejaste á tu hermano
pudiéndole remediar?

Pero ahora, Virgen Santa
si sollozo es porque veo
que seguir tras el deseo
fuera esponerme á pecar.

Y cayendo de rodillas
el sin ventura Rivera,
cruzó las manos de cera,
murmurando una oracion:

y como esa cual rocío
á las flores desmayadas,
en las almas apenadas
es dulce consolacion;

melancolico tranquilo,
despues de orar caminaba,
sonó en su puerta la aldaba,
responden, abren, entró;
y abrazando á su hermanita,
pidió la paz al anciano,
besole triste la mano,
y sin cenar se acostó.



CAPITULO VII.

Que consta de varias escenas que pasaron en casa del rico David y del pobre Rivera.



ierase ya volver á la hermosura con los ojos la estancia rodeando, tranquila al parecer por su figura una liquida perla resbalando; metida está en su lecho y la blancura de su holanda finisima tocando; así cual vemos al enfermo inerte triste palpar el hábito á la muerte.

Y el médico David que junto á el lecho los favorables sintomas veia dejó salir del oprimido pecho un suspiro de amor y de alegría: sentóse acia los pies y satisfecho un soplo dió en la lámpara que ardia sin efecto á la luz de la mañana que vino envuelta en su manton de grana.

Y así, tal poco á poco se despeja el ceño de David con lo que advierte, que parece que en uno se refleja el bien y en otro el mal de aquesta suerte. El judio á la noche se asemeja,

cuya sombra se aclara á la que vierte
pura luz del cristiano nuevo día
la hermosa Salomé que amanecía:

El imagen del vicio avergonzado
al ver que la virtud libre y triunfante
las tinieblas disipa del pecado
al soplo de su ejemplo edificante;
Dios en la nieta, en el abuelo el hado;
la negra duda ante la fé brillante;
el odio en fin que del amor herido
su aspecto va mostrando esclarecido.



—Ay de mi! Donde estoy?—Aquí en tu lecho.
¿Que sientes, Salomé?—Siento bañado
de lánguido sudor mi débil pecho,
estremecido el pulso y azorado
el triste corazón pedazos hecho.
Donde está? Donde está? Qué! en tal estado
me pudo abandonar?—Oh! no lo creas;
descansa, si, da paz á tus ideas.

—Descorred, descorred los pabellones,,
dejadme á mi la luz, mas luz anhelo,
abrid de par en par esos balcones,
aire, mas aire—Salomé, mi cielo,
¿Quién el fuego encendió de tus pasiones,
que así te mira tu infelice abuelo?

—Oh! dejad que en mi estrella maldecida
el alma arroje.—Salomé, mi vida;
¿Tu dulce religion?—Señor, yo adoro
como ninguna en Dios y el me contempla,

cuando las cuerdas en el arpa de oro
al himno de su amor placido templa;
propicio, si, á mi cántico sonoro
mi delicada máquina destempla,
y desacorde el animo resuena
en ecos dulces de suave pena.

¿No es este el canto que ensayó parlero
el puro colorin, cuando de pluma
formó inocente con su amor primero
el blando nido, de sus ansias suma?

¿Y en qué os hizo mal? ¿Por qué tan fiero
le envolveis de temor en parda bruma?

¿Por qué soltar la emponzoñada flecha
que al manso corazon parte derecha?

¿Qué gozareis en verle derribado?

¿Chupar su fresca sangre no manchada?

Oh! no conteis jamas con el agrado
de la hembra por vos desconsolada
pálida vedme, el seno destrozado,
flaco el aliento, escura la mirada,
melancólicas clausulas concierto,
morir me toca si mi amor ha muerto.

—Salomé, Salomé ¿Qué jenio impio
vino á turbar tu claro entendimiento?

¿Quién secó su raudal que en el estío
llevar te deja el corazon sediento?

Palmera sin calor, flor sin rocío,
ave sin alas, vida sin aliento

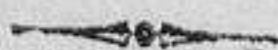
¿Sabes tu qué es amor? Perjurio, dolo,
espina oculta, desengaño solo.

¡Cuanto es mejor en amistosa calma

los breves días disfrutar serenos,
y envuelto el talle en la flexible palma
de Dios entrar en los lucientes senos!
Tranquilo el corazón, en paz el alma,
ir de menos á mas, de mas á menos
ese amor no verán estremecidos,
ora gozosos, ora entristecidos.

Y si al fin ha de ser que el hombre un día
al padre dejará y la madre suya,
norabuena te doy; pero, hija mía,
¿Qué rápida impresión es esa tuya?
El rico Hernán...—De que nací judía
tal vez mañana sin amor me arguya;
virtud le falta, y yo virtud deseo,
que avara no nací y harto poseo.
Ea pues, tomad oro, id al momento
y á Rivera tentad; si lo recibe
aun puedo sofocar el sentimiento
que mi agitado corazón concibe;
sino, pensadlo bien, que su talento
fundado en la virtud que en él percibe
mi agradecido ser, con gloria admiro,
y viviendo por él, por el suspiro.

Y es además tan bello! De sus ojos
se desprende una luz indefinible,
unas veces ardiente sin enojos,
lánguida otras, trémula, apacible,
¡Qué lindos peina sus cabellos rojos!
¡Qué talle tan galán! Qué voz sensible!
Oh! ¿Por qué así los dos no le queremos?
—Vaya, vaya, sosiega; ya veremos,...



Salió del infame viejo que amarillo
harto muestra en sus miseras facciones,
que solo tiene amor á su bolsillo,
las virtudes vendiendo á los doblones:
Llegó á su cuarto y entra y el pestillo
corre á la puerta, y abre sus arcones,
y monedas contando y recontando,
se duerme ya poniendo ya quitando.

Y yéndosele el alma en el dinero
que entre los flacos dedos se le traba,
por mas varata elige una de cuero
bolsa sin uso de su genio esclava;
uno, dos, tres y cuatro, y no, no quiero
equivocarme dice, y nunca acaba
de hacer la breve cuenta; confundido
del oro que se va al triste sonido.

Y entre tanto que pasaban
con David tales escenas
asi hablaba con su hijo
el veterano Rivera.

—¿Cón que dices que pasastes
la noche en continua vela?

—Si Señor.—Y que cansado
de dar en tu lecho vueltas
vistes entrar la alborada
con vista calenturienta?

—Si Señor.— Lo siento mucho

pero por mas que lo sienta
debo decir de que modo
esos males se remedian.

—Permitidme, Señor, antes
que indicándolos yo vea
si puedo dando con ellos
evitaros tanta pena.

—Es verdad, Alonso mio,
nunca mayor la sintiera.

—Pero nunca llorar deben
los hombres porque padezcan,
si es que en sus padecimientos
luce clara su conciencia.

Señor no estuvo en mi arbitrio
no salvar á una doncella,
siendo asi que cual cristiano
pude sacarla del Esla;

ni que luego me mirase

y que yo la viese á ella,

ni que asi me hallase bueno

como yo la encontré buena;

ni que amándonos tengamos

nuestras virtudes á prueba;

porque- ni yo tengo culpa

de no tener mas hacienda,

ni Salomé de que muerto

su padre en estas revueltas,

la dejase confiada

de un avaro á la tutela.

—Dices bien, sin su permiso

las antorchas no lucieran;

á tus pisadas honrosas
deshonra hiciesen las puertas;
y cerradas, los amores
por la ventana subieran.

—¿Luego es fuerza que me ausente?

—Si, que te ausentes es fuerza,

—Y si así no la olvidase?

—No será que tu lo sientas
mas que yo; pero te digo
que raras veces la ausencia
dejó de ser el sepulcro
de esas tiranas quimeras,
que mas que virtudes vicios,
y mas que placeres penas
en incautos corazones
desgraciadamente siembran.

—Tan malo es amor?—No, hijo,
que sin el no te tuviera,
y oscuro páramo fuese
esta vejez que tu pueblas
de ilusiones que pasadas
en tu porte se renuevan.

Pero hay dos clases de amores;
los unos blandos penetran
y despues de inoculados
entre dos de igual esfera,
la religion los bendice
y á su virtud los entrega.

Blanda llama que los zelos
con su agitacion no alteran,
claro arroyo que no enturbia

con sus puñados de tierra
entre la una y la otra margen
del oro la diferencia;
y si la llama se apaga
ó si el arroyo se seca,
tras de la muerte memorias
á nuestros hijos calientan,
y á la fé de sus mayores
la sed de sus ansias templan.
Es decir que estos amores
hasta la gloria nos llevan.
Mas no así los desiguales
me dejó ver la experiencia;
los obstáculos son muchos
y los peligros se aumentan;
Satanás con ellos logra,
y Dios con los otros medra.
Conque así ya te lo he dicho,
la virtud es la primera
dama de todas, amigo,
y que te ausentes es fuerza.
Porque aun dado que pudieses
meter tu amor en la iglesia,
por suplir á la fortuna
la brillantez de tus prendas,
eres muy jóven mancebo,
y acaso te arrepintieras,
sinó habiendo visto el mundo
verle mañana deseas.
Conque así nada se pierde,
animo pues, y á la vela

que si tu no la olvidases
ni á ti te olvidase ella,
mejor te sabrá gozarla
cuando honrado des la vuelta
y acredites con tus obras
que hija suya es tu nobleza.

—Padre y Señor, lo conozco,
poco á veinte años se piensa,
y pues debo de ausentarme
y asi podré merecerla,
por Dios que me deis las armas,
y caminando con ellas
le sirva yo cual servirle
estando aqui no pudiera.

—Tu decision me congoja,
pero tu virtud me alienta.

Estando en esto *Deo gratias*
dijeron dando en la puerta
con los nudillos, y el viejo
pase adelante el que sea.

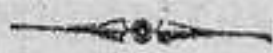
Desque oyó la voz el mozo
sobre sus rodillas tiembla,
que el que viene rebozado
en una capa de seda
con una gorra sin plumas
y de negro hasta las medias
es el médico que avaro
osó insultar su pobreza.

—¡ Señor Doctor, en mi casa?
yo me doy la norabuena.

—Mucho mas el visitaros
os digo que me contenta.

—Placeme oiros; muchacho
¿por qué esa silla no acercas
al hogar? —Ah! que es Alonso,
y entonces David se sienta,
y frente al hogar el joven
entre ambos á dos se queda.

Y como el tiene memoria
y facilmente recuerda
las sagradas escrituras
que tan gustoso leyerá,
ocurriósele de pronto
mirando á derecha é izquierda
que aquel cuadro simboliza
al que hará Dios cuando venga
sobre las nubes del cielo
al sonar de la trómpeta.
David representa al malo
y al bueno Gaspar Rivera;
á su izquierda está el primero
y el segundo á la derecha;
entre los cuales al punto
tomó principio esta escena.



—Y qué tal? Ha descansado
el buen Alonso?—Contesta.

—Señor...—Como Dios te manda,

como el catecismo enseña

—No Señor, no he descansado.

—¿Acaso alguna dolencia
que la humedad os causára
y yo remediar pudiera?

Los males en un principio
facilmente se remedian.

—Eso digo yo y por eso
le he dado ya la receta.

—No comprendo.—Hay ciertos males
que no los cura la ciencia.

—No me son desconocidos
los que al noble mozo aquejan
antes bien iguales sintomas
voy observando en mi nieta.

—Pues no ensayéis especificos
hasta no ver como prueba
el que yo he dado á mi hijo
que á la curacion se presta.

—Cual puede ser?—Que mañana
de mis hogares se aleja:
él tiene miedo á la cura,
señor Doctor; mas paciencia,
que la salud es la vida
y todo se hace por ella.

—Razon teneis y confieso
que en extremo me interesa
tal virtud, y por lo tanto
ya que sentido nos deja
vuestro doncel y que debo
á su esfuerzo mejor prenda,

mirad si para el viage
se digna aceptar...—Aceptas?

—Es oro lo que esa bolsa
dentro del cuero sujeta?

—Si que lo es— Y quién lo envia?

—Salomé—No lo creyera;
mas decidle en ese caso
que el oro no es mas que tierra,
y que tengo mas que carne
alma, Señor, no sobervia.

—Pero yendo como he dicho
de viage y muchas leguas....
no es mas que agradecimiento.

—Pues decid que lo agradezca
á la Virgen del Camino,
y porque todo lo sepa
el regalo que me hiciesen
fué Señor, mi pobre oferta.
Dadlo pues al Santuario,
si os lo pide la conciencia;
que yo espero que la Virgen
me pague en mejor moneda.

—Mirad que lágrimas eso
á vuestro padre le cuesta.

—Lágrimas son de alegría,
y así me complazco en verlas.

—Mirad pues en que serviros
con mi voluntad pudiera

—En decirla, si apenada
alguna vez me recuerda,
y de mi constancia duda,

que á su confianza vuelva,
porque á fuer de honrado parte
para que mas feliz sea;
pero no para olvidarla
el pobre Alonso Rivera.

—Si lo haré; pero ese llanto
que á vuestros parpados llega
quiero enjugar. Si en dos años
á dar llegaseis la vuelta,
y vuestros hechos entonces
son cual hoy se manifiestan,
y estado tomar no quiere
como temo yo mi nieta,
y aun os ama, dad la mano,
mi Salomé será vuestra.

—Ah Señor! dejad entonces
que el triste una vez la vea.

—A condicion de que antes
no desprecie su fineza.

—Ya os dije de que forma,
Señor aceptada queda.

Que cristiano no recibo
dineros por obras buenas,
pues en este pobre valle
mi obligacion es hacerlas.

—Un medio encuentro.—Decidle

—Que á su enamorada deba
la banda que le decore
cuando á Capitan ascienda.

—Eso si, si lo aceptára,
que mucho arrojo me diera,

—Y las armas y caballo?

—El caballo como quieras;
pero armas no, que las mías
están probadas, son buenas.

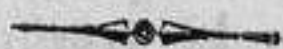
—Cuando partir os agrade
tendréis caballo á mis puertas.

--Y antes Señor?—Por supuesto
que os despidáis de mi nieta.

Y á Dios quedad'.—El os guie

—Dadme la mano, Rivera,
y el mozo que me acompañe
como es justo hasta la puerta.

Y cubriéndose las canas
con su gorra, en la de seda
se embozó, y salió lo mismo
que cuando vino á la escena.



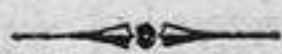
—Lo ves, hijo? Muchas veces
así Dios nos recompensa.

—Lances como estos he hallado
en las profanas leyendas.

--Qué quieres decir con eso?

--Qué disculpeis mi sospecha;
pero dicen que en Granada
antes que el moro se fuera
fue el judío hombre de Estado,
y el alma suya es pequeña,
y si el agua de la gracia
no ha bastado á engrandecerla,
tal vez se diga juzgando

por si mismo á la doncella.
Salga de aqui porque todo
se acabará con la ausencia,
que el tiempo montes allana
y es muy ruidosa la guerra.
--Pero aun asi una esperanza
para consolarte llevas.



Cándida entonces alegre,
jugueteando con las trenzas,
que como anchas cintas de oro
al breve talle dan vuelta,
entró diciendo.--Hermanito,
¿Conque estás de norabuena?
--Qué es lo que dices, rapaza?
--Lo que por ahí se suena;
que una sortija te dieron
que mucho misterio encierra
por ser sortija de bodas
que va pasando en herencia.
--Mira niña, tales cosas
aunque se oigan no se cuentan.
--Yo lo creí; porque al cabo
si por un oído me entran
y por el otro me salen
tan favorecidas nuevas,
tales cosas soñé anoche....
--Que diablo! tu siempre sueñas.
--Y que soñastes, mi hermana?
--Ay! Soñé cosas muy buenas;

soñé, soñé que venias
en volandas de otras tierras....

--De lejos?--Si, muy de lejos,
que sé yo cuantas mil leguas;
pero muy rico, muy rico....

--Poco importa la riqueza;
volvierase acostumbrado

al trabajo y la miseria,
sin haber nunca caído
en la red de la opulencia,

que con eso seria rico,
y mas de lo que tu piensas.

--Si; pero vamos al caso,
que una Señora muy buena
le miró con mucha risa,
tan graciosa, si la vieras...

--Tu me harás morir de risa;
Y qué! Se casó con ella?

--No Señor, sinó tocaba
en el suelo de ligera;
asi es que se deshizo

en un Jesus, tan de priesa,
que vino á quedarse toda
reducida á una candela.

--Parece cosa de magia.

--Ahi es nada; pues espera
que aun falta mas.--Todavía?

--Lo mejor; de aquella vela
al resplandor vi las aguas
alborotadas del Esla,
como si fuesen de fuego,

y al corcél metido en ellas;
en fin lo que tu contastes
ayer de noche--Esa es buena.

--Y luego se convirtieron
en una casa soberbia,
en cuyo estrado vestida
de muchas joyas y sedas
una dama muy hermosa
era tu novia--Canela!

Pues dígoles que la niña
no nos trae pocas grandezas;
mira en tu torno, hija mía,
si te se va la cabeza.

--Dejadla, Señor, que siga,
que por quien soy me contenta,
y he menester mas de risa
que de reflexiones serias.

Y di Cándida, esa novia
que tu vistes ¿Qué tal era?

La conocias?---No amigo;
mas no importa, era muy bella,
muy hermosa---No lo dudo

---No te rias, no; de veras,
que por eso á ver tu anillo
he venido tan contenta.

---Pues, amiga, ahí ves mis dedos,
juntalo con lo que sueñas.

---Pobre niña, no se como
te diga yo....---Que á la guerra
quiero ir.---¿Qué es lo que dices?
Maldita mil veces sea!

Cada vez que anda con eso
el cuerpo todo me tiembla.

---Pues, amiga, no hay remedio;
y va á ser pronto, él se empeña....

---Oh Dios! Y cuando?---Muy pronto.
Candida mia, por fuerza.

---Muy pronto; muy pronto, ¡Cielos!
Y vos le dejais?---Paciencia;

su decision me acongoja
pero su virtud me alienta.



Y aqui las lágrimas dulces
de aquel ángel de inocencia
de su hermano y de su padre
las palabras interceptan.
Y tomándola del talle
en su rodilla la sienta
el honrado veterano,
que todo embevido en ella,
no se acuerda de su hijo
que de pie los considera,
con las dos manos cruzadas
é inclinada la cabeza;
como espíritu que viene
de los campos de la guerra
á saber si el buen anciano
las armas suyas le presta;
y que al ver la paz que tiene
y con la cual se deleita,
en pedir está dudando

lo que á pedirle viniera.

Oh! la Virgen del Camino,
que tal la Señora fuera,
con que la niña soñara,
sobre ellos gozando vuela;
y la fé de sus tres almas
que en si mismas se consuelan
con fuertes toques el cuadro
divinamente completan.

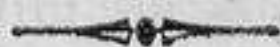


Pasaronse algunos dias
en hacer una novena
en el Templo en que la Virgen
del Camino se venera;

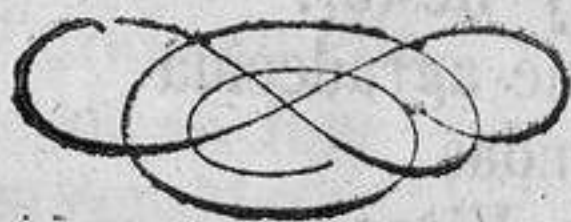
muchas misas se cantaron,
muchas limosnas se dieran,
hubo tambien por las noches
públicas danzas y fiestas.

Y despues que agradecida
costeó tales ofrendas
en las aras de la Virgen
la piadosa doncella;

muy admirada de todos
cuantos devota la vieran,
del abuelo en compañía
á la villa dió la vuelta.

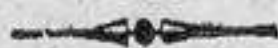


**Pero tengase presente,
que la bolsa que Rivera
dió á David para la Virgen
no apareció en las ofertas.**



CAPITULO VIII.

Que trata de la despedida de Alonso Rivera en casa de Salomé,
cosa que fué para ellos de tanto sentimiento como de gusto
para David y Hernan Perez.



Del cual te diré, lector,
que como mal enseñado
mas tiene orgullo que amor,
muchas damas ha tratado
y á ninguna hizo favor.

Bien que cuentan de seguro
que en su airada mocedad,
nunca halló reja ni muro,
que le pusiese en apuro
en córte, villa ó ciudad.

Siempre feliz en amores
caminó cual mariposa
por una senda de flores;
cual oruga licenciosa
desluciendo sus colores.

Y como es amor un ciego
que lo mismo sale que entra,
si le dan la mano luego,
y solo avivan su fuego
los obstáculos que encuentra;

hé ahí porque Fernan
que en la córte tuvo fama
de beleidoso galan
en los ojos de una dama
se fijó en Villamañan.

Es verdad que si indiscreta
él una vez la mirára
á su capricho sujeta,
quizá con igual receta
que á las otras despachára;

mas como eso así no fué,
el buen hidalguillo estaba,
que á todos los diablos daba
sus amores y su fé,
y hasta la bella que amaba.

Pero entró en su habitacion
siendo de noche un criado,
y oida su relacion,
despidióle regalado
y salió alegre al balcon.

La media noche seria,
cuando al balcon donde estaba
de la vecindad venia
una voz que enamoraba
al son del arpa que heria
la que tan dulce cantaba.



EL CANTAR DE LOS AYES.



Arbol seco, cuyas hojas
son alfombra del camino,
mientras llega el torbellino
que las ha de arrebatat,
ay! en vano te despojas
de esa tñ pálida ropa,
si despues sobre tu copa
vendrá la nieve á posar.

Tórtola blanda que viuda
en el árbol seco gimes,
y asi por cerrar te oprimes
heridas del corazon,
ay! en vāno es que sacuda
tu amor la flecha tirana,
si tu tristeza mañana
será una nueva pasion.

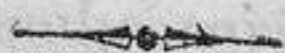
Rio manso, que suspiras
entre cárceles de hielo;
porque al verte turbio el cielo
no se atreve en ti á mirar,
ay! en vano estás las iras
de la estacion. maldiciendo;
porque libre irás corriendo
á sèpultarte en la mar.

Corazon del pecho mio,
que orillando tus pasiones

entre puras ilusiones
tranquilo quieres latir,
ay! en vano tu extravio
facilita ese contento,
si es el mayor sentimiento
sin sentimientos vivir.

Serás el árbol sin hojas
de fria nieve cubierto,
tórtola viuda en desierto
sin amores ni placer,
y al vaiven de tus congojas
sin la carcel de los celos
rio que vaya sin hielos
á los mares del no ser.

Deja pues que en ti suspiren
esos cristianos amores,
alma mia, que tus flores
no aja honesta una pasion;
y entre tanto que me admiren
padeciendo de continuo,
¡Virgen, Virgen del Camin!
cuida tu mi corazon.



Fué la música pausada
de melancólico son,
remedo de una extraviada
lánguida débil mirada
que se vuelve al corazon.

Breve sonrisa que apenas
bañó una boca encendida

deshízose por las venas,
recogida por las penas
de alguna ilusión perdida.

Ligero trino suave,
que solo dura un momento,
cuando cruza por el viento
dando el á Dios á una nave
un pajarillo sediento.

O ya lejano sónido
de peña en peña venido,
de quiebra en quiebra cansado,
con afición recogido,
sin pesadumbre olvidado.

Sonoro, blando murmullo
del zéfiro en la alameda,
arroyo que sin orgullo,
dormido á su mismo arrullo
tranquilamente se queda.

Encantada vaguedad,
cuyos armónicos ecos
penetran con ansiedad
del espíritu en los huecos,
vibrando en su inmensidad.

Idea en fin en la mente
la blanda música fué
del amoroso torrente
que agitaba dulcemente
á Rivera y Salomé.

Rayaba entonces el día
y el veterano Rivera
á su hijo en tal manera
estos consejos decia.

Hijo mio, bien te va
con la mi cota de malla;
mas mira si en la batalla
como conmigo entrará.

Porque á no haberme probado
que tienes honra y valor,
no te hicieran tal favor
las armas de este soldado.

Como padre te diré
que siento al verte partir
lo que tu debes sentir,
por bien de ambos callaré.

Ea pues en la visera
pon la mano militar,
que el que ahora te va á hablar
no es sinó el cabo Rivera.

Bien plantado, bien, me agrada
ese talante guerrero
que en esa estatua de acero
mi juventud va guardada.

La melena que cayó
de esta frente envejecida
es la misma que extendida
por tus hombros miro yo.

Y ese mirar que en la tierra

al escucharme está fijo
díceme será mi hijo
subordinado en la guerra.

Desenvueltas las facciones
de tu semblante revelan
que mutuamente se zelan
unas de otras tus pasiones.

Por lo cual estoy seguro
que si en la liza guerrera
es tu lanza la primera
que se plante sobre el muro,
al vencer como cristiano
te holgarás compadecido,
dando perdón al vencido,
y sí lo admite la mano.

De gloria y prez ambicioso
por mas premio no obrarás,
ni tus hechos contarás
cuando salgas victorioso.

En tu porte, en el hablar,
y en tus mismas diversiones,
deja ver disposiciones
de tu génio militar.

Desde el yelmo hasta los pies
suma será tu limpieza,
que del alma la pureza
refleja la del arnés.

Si estás enfermo, sosten
cuanto mas puedas la lanza;
y si has de tomar venganza
de tu enemigo hazle bien.

El hambre, la sed, y el sueño
mas que las lides fatigan;
pero sufre, y que no digan
que de ti no fuiste dueño.

El bolsillo debe ser
mano abierta en el soldado;
y nunca pidas prestado
por sinó puedes volver.

Si saco franco publica
la vencedora trompeta,
á los inermes respeta,
por las mugeres suplica.

Nunca jures ni amenaces,
ni en vano saques la espada,
ni retes al camarada,
ni á los rebeldes abrazes.

Pero si alguno te llama,
sin quererle delatar,
cuida al punto de salvar
á Dios, al rey y á tu dama.

No abandones tu bandera,
y aunque fuere en el tormento
harás que tu juramento
trionfante contigo muera.

Palabra dada ya es ley
en cristiano y caballero,
que á su enemigo Lutero
palabra guardó tu rey.

Con los cabos no razones;
oye, calla, y ejecuta,
y nunca muevas disputa

que parará en divisiones.

Estarás muy prevenido
aun estando asegurado;
sobre la lanza el soldado
está mejor que dormido.

Y si te dan á guardar
plaza, campo ú fortaleza,
hasta perder la cabeza
lo tienes que conservar.

Mirate bien cuando asciendas,
que ser mas que los demás
consistir no puede mas
que en tener mejores prendas.

Un capitan valeroso
debe mostrarse prudente,
centinela de su gente,
enemigo del reposo.

Será eloqüente orador
persuadiendo ó disuadiendo,
y que no le estén oyendo
mucho tiempo es lo mejor.

En el consejo maduro
vea bien como se inclina,
que despues que determina
obrar presto es lo seguro.

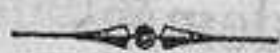
Valiente al acometer
nunca se haga de rogar;
pero es valor esperar
cuando asi debe de ser.

Obra asi, y está sereno,
que vencedor ó vencido,

mal se encuentra Don Bellido
bien está Guzman el Bueno.

Asi Dios te la depare
como cumple á tu hidalguia;
que los Gelves, Madre mia (1)
muy malos son de ganare.

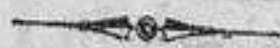
Y pues oyes ya al bridon,
despídete de la gente,
déjame besar tu frente
y echarte mi bendicion.



Y habiéndose el doncel ya despedido,
con acento añadió muy reposado:
si en eso está no mas ser buen soldado,
padre y señor sereis obedecido.

Ventura para vos al cielo pido,
plaza á mi Rey, á mi señora agrado,
y á mi mismo el valor de que dotado
por línea recta de varon he sido.

Que bien con tales prendas y este acero
y el noble objeto que á la lid me llama
en ella siempre abanzaré el primero;
sin que en todo lo al cuente la fama
que no fuí yo cristiano caballero
digno de Dios, del Rey y de mi dama.



La cual pudiendo contener apenas
sus lágrimas de amor dobló la frente

(1) Era dicho de aquella época.

al bullir agitadas en su mente
ópuestas entre si dichas y penas.

Ya de próspero viento mira llenas
las velas de la nave, y ya no siente
mas voz que el postrer ay de aquel valiente,
ó el rudo son del trueno y las cadenaš.

Mas ora dice pobre ú elevado
ó bien de algun pirata el triste sea
en una barca al remo destinado,
¿Qué importa al fin con tal que yo le vea?
Al cielo partirá mi buen soldado,
y allí tendrá mi amor cuanto desea.

Muy mas que nadie al inspirado acento
prestó David el silencioso oido,
y habiendo así al doncel reconocido
así pensó cruel el avariento.

Es gallardo este mozo y al talento
prendas une de hidalgo y de atrevido;
de bélico laurel vendrá ceñido,
ó victima será de su ardimiento.

Si medra y torna honrado y no varía
esa-infeliz que miro sin colores
mejor que ahora nos dará el buen dia,
y si cae de la guerra en los horrores
cansada de llorar la nieta mia,
en brazos caerá de otros amores.

Recibió entonces Rivera
de la mano de la dama

el anillo de las bodas
un saludo y una banda.

Y despues de agradecerlo
con muy corteses palabras,
dió á entender como en la torre
tocábase á misa de alba.

Todos juntos á la iglesia
fuéronse desde la casa,
olvidaron sus afectos,
de Dios imploraron gracia;

y saliendo consolados,
y en Dios puesta toda el alma,
Rivera estrechó en sus brazos
á su padre y á su hermana.

Nubláronseles los ojos
con el vapor de las lágrimas,
mudáronse los colores,
vacilaron las miradas;

que poniendo en el estribo
trémula el jóven su planta,
en breve lució á caballo
su gentileza estremada.

No me olvideis que soy mozo,
dijo apoyado en su lanza;
á la Virgen del Camino
dirigid vuestras plegarias.

Y aplicando el acicate
se dió á correr por la plaza,
agitando sus melenas
la brisa de la mañana.

El padre que haciendo esfuerzos

de valor le aconsejara,
sintió al perderle de vista
que el corazon le faltaba.

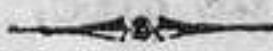
Lo mismo avino á la jóven,
que en el seno de su hermana
apoyó la dulce frente,
como su caracter blanda.

Y Candida que sentia
viéndola así mayor ansia,
en el hombro de la jóven
puso la suya dorada.

Mustios sauces parecian
que confundiendo sus ramas
claras gotas de rocío
unos en otros derraman.



Solo David de sus penas
con una aparente lástima
¡Infeliz! En las haciendas
del Hernan Perez pensaba.

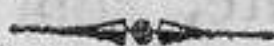


Como suele el crocodilo
atraer la carne humana
con tristisimos lamentos
esparcidos por la playa.



CAPITULO IX.

Bosquejo de la vida militar de Rivera.



Es un día en que del puerto
de Velez Málaga salen
con banderas españolas
á la mar diversas naves.

Gentes de guerra conducen,
que con alegres cantares
cual seguras de la vuelta
la patria ven alejarse.

Y despues que todas juntas
engolfadas en los mares
solo en su rumbo veian
montes de agua y nubes de aire,
por diversos derroteros,

con gran bulla al separarse,
unas al Africa vuelan,
otras á Méjico parten.

Viento en popa caminaron
unos y otros navegantes,
con marinas maniobras
entreteniendo el viaje.

¿Mas qué mucho que tremolen
de su gloria haciendo alarde

las católicas banderas
de rojo color y jalde,
si así cual de Constantino
en el Labaro triunfante
es el *In hoc ✠ signo vinces*
lema de sus estandartes?

Treinta navios gobierna
un virey como almirante,
que es Don Hugo de Moncada,
varon en extremo afable;

y entre sus muchos soldados,
que llenos van de coraje
contra los Gelves, hay uno
que entre todos sobresale.

Es verdad que siendo mozo,
para hacerse interesante,
tiene á mas de las virtudes,
espejo en que reflejarse;

porque sus rasgados ojos
y cabellos son de arcángel,
y su sonrisa que dulce
del tranquilo pecho sale,
francamente se derrama
de su lábio en los corales,
como arroyo cristalino
que rojos claveles lame.

Es armado un nuevo Aquiles,
y sin la cota su talle
airosamente se cimbra,

como la palma elegante.

Y como él tiene su genio
dividido en dos mitades,
de que en la lid oportuno
y en la paz valerse sabe,
siendo en aquella esforzado,

en esta cortés y amable,
y pródigo en una y otra
de su dinero y su sangre;
estremado es el aprecio
que sus camaradas le hacen;
muchas historias les cuenta
y mucho tambien le aplauden.

Y cundió tanto la fama
de sus prendas admirables,
que quiso el mismo Don Hugo
á su cámara llamarle.

Condujéronle gustosos
los alegres capitanes,
y el virey gustó de verle
y mas despues de tratarle.

Que unas veces con los dichos
y los hechos de hombres grandes,
que juicioso comentaba
le enamora y le distrae,

y otras veces le sorprende
con arengas imperiales
que brevemente improvisa
en latin como en romance.

Y no pocas por ensayo
trazar le mandaba planes,

admirando la modestia
de su ingenio al presentarles.

Y queriendo Dios un dia
que su cabo reparase
en un anillo que lleva
sobremanera brillante;

¿Quién sois vos, le dijo, mozo,
que para un soldado es grande
esa alhaja? Y el responde,
es mi ardor en los combates.

Es decir que teneis dama,
dijo Don Hugo, me place,
y desde ahora la quiero

¿Es muy bella? Como un angel,
contesta el mozo ¿Y es rica?

Que lo adivineis es facil;
pues á no tener virtudes
como de un pobre prendarse?

Calló Don Hugo, en seguida
queriendo experimentarle,
dióle primero un ascenso
porque á otro barco pasase.

Y los cabos advertidos
de su prudente almirante
un dia y otro muy serios
en disciplina le traen.

Mas no hay superior ninguno
á quien él en algo falte,
ni inferior de quien no logre
él á su vez respetarse.

Entretanto con los Gelves

por las islas y los mares,
frecuentes son los peligros,
reñidos son los combates.

Y el mancebo diligente
muchos de aquellos precabe
y en los otros el primero
alienta, anima y se bate.

Varias veces los soldados
impacientes con el hambre
con la sed y la fatiga
trataron de alborotarse,

y al oír que de su patria
recordaban los manjares,
hasta sus mismos aceros
partían los capitanes.

Pero él en su flaqueza
recordaba de su padre
los consejos y obediente
disponíase á ser mártir:

mirabáse en su armadura
descolorido el semblante
la nariz muy afilada,
lánguida, floja la carne,

y como ha de ser, decia,
de la guerra son achaques,
que ni á Cesar perdonaron,
ni al mismo Alejandro el grande.

¿Y menos que los gentiles
sufrirán los inmortales?

¿Mi Dios, mi Rey y mi dama
mas que estas penas no valen?

Y así como conversaba
con su marchitada imágen,
los tristes ojos veía
de febril ardor bañarse;

que la Virgen del Camino
con su sonrisa inefable
á su invocacion venia
con sustentos celestiales.

Y con ellos reanimado
no cesaba de mezclarse
en los ranchos sin vianda
y en los grupos y hospitales.

Hablábales á los unos
con muy chistosos donaires
de banquetes que tendrían
cuando saliesen triunfantes,

y á los otros consolaba
con la vida interminable
de que dignos se habían hecho,
y enterraba sus cadáveres.

Y al mirar tanta paciencia
en hombre tan arrogante,
hasta envidia le tuvieron
los primeros capataces.

Cambió el tiempo y vencedores
recordando sus pesares
en banquetes do corrian
los licores abundantes,

su sobriedad conociendo
acabaron de admirarle,
y así prodigo en su vida

de su dinero y su sangre,
 á Don Hugo se presenta
 que otra vez mandó á llamarle,
 con la mano en la visera
 y siempre humilde el semblante.

Pero siendo en aquel dia
 cuando los premios reparte
 su virey, venid, le dijo,
 espejo de militares.

Ven á mi, Alonso Rivera,
 que como es justo, premiarte
 quiero yo con esta banda
 de capitan: Dios te guarde.

Quiera él que cuando tornes
 á tus queridos hogares,
 mas que nunca enamorada
 la prenda de tu amor halles.

Que magüer sea rica y bella
 eso y mas tu esfuerzo vale,
 y ese anillo no vendido
 en tantas necesidades.

Señor, el mozo responde,
 mi gratitud es muy grande;
 pero aun tengo por otro año
 voluntad de acompañarte,

Que en Argel están los moros,
 que allá en Granada á mi padre
 hirieron traidoramente
 y por Dios debo vengarle.

No dudeis que mas ahora
 peleando me señale;

que es mucho para mi esfuerzo
el ascender á tal clase.

Y sacando de su yelmo
una banda, se complace
en desdoblarla y prenderla
con un lazo de diamantes,

Curiosos los compañeros
empezaron á acercarse,
pregúntale y de su dama
que es la rica joya saben;

y como son españoles,
y envidia en ellos no cabe,
las manos afectuosos
empezaron á estrecharle.



Pocos dias discurrieron
cuando en una hermosa tarde,
asi Rivera decia
dando el á Dios á una nave.



¡Cuán presurosa vuelas,
nave feliz, que al favorable viento
por alas das tus velas,
cual pájaro contento
que lleva á otro pais su pensamiento !

Vencidos ya los Gelves,
de inmarcesibles lauros coronada
cual amazona vuelves
á deponer la espada

en defensa de Dios desenvainada.

La Virgen del Camino
estrella de la mar sea tu Patrona,
y en breve á tu destino
la desenvuelta lona
junto lleve tu casco y su corona.

Y crucen por su tierra
de la española gente agasajados
aquellos que en la guerra
ardieron cual soldados
bajo el sol de la Iberia alimentados.

Feliz toque en la orilla
del Esla pedregoso el camarada
y hospédese en la villa
de vides circundada,
que vió mecer mi cuna sosegada.

Al pie del fuerte roble
plantado en mi vivienda tome asiento,
y el veterano noble
á mis glorias atento
inunde su alma toda de contento.

Allí mis cartas vean
de júbilo llorando las hermosas,
y al paso que las lean
plegarias humildosas
sus líneas interrumpán venturosas.

¡Ay padre generoso
de esta mi pura dicha clara fuente!
¡Ay alma sin reposo,
Cándida, que inocente
con oro natural ornas tu frente!

Y tu, mi fiel Señora,
mas que la escura selva contristada,
gozad, gozad agora,
y alegres la mirada
esparcid por la bóveda azulada.

A Dios, nave que vue'as,
felice dando al favorable viento
tus ya remotas velas;
en ti mi pensamiento
rápido surca el humedo elemento.

Así logres ventura
y alegres todo el mar con tus canciones,
y entre la sombra oscura
tus cándidas visiones
no turbien los contrarios aquilones.

A Dios! Oh! A Dios galana
¡Cuan presto ¡ay mi! se esconde tu bandera!
A Dios nave cristiana
¡Que alegre vá y velera!
¡Cuan triste acaba el sol hoy su carrera!

Ay! Triste! si por cierto....
¿Qué importa que feliz llegue la nave
al suspirado puerto,
ligera como el ave,
que sola cruza el mar todo suave?

¿Qué á tí, sensible mozo,
que alegres gocen ya, saltando en tierra,
del público alborozo
esos que con él cierra

España al Gelve hicieron cruda guerra?

De tu infeliz señora
la casa ya en la villa está desierta,
y allá en Leon te llora,
que solo quedó abierta
de su dolor la congojosa puerta.

Ni el noble veterano
al pie del roble escuchará tus hechos,
que trémulo el anciano
sin ti por los barbechos
los ojos llevó en lagrimas deshechos.

Y solo, cual miramos
caer la yedra, derribado el muro,
ay! seco le lloramos,
en este valle oscuro:
subió su alma *al inmortal seguro.*

La lumbre está apagada
de aquel tu pobre hogar que abandonado
dejó ¡Cuan desdichada!
la hija del soldado,
que huérfana mil veces te ha invocado.

Lánguida flor que mustia
por tí á la Virgen del Camino implora;
de su apaacible angustia
la luna se enamora,
y el claro sol que sus cabellos dora.

Leon la ve de hinojos
en sus templos magnificos postrada;
no luce ya en sus ojos
alegre la mirada,
ni se alza ya del suelo desmayada.

A Dios, á Dios, Rivera,
al barco llama ya el clarin sonoro,
ya suelta la bandera
se ve de sangre y oro....
¡Mas ¡ay! que al arma toca el fiero moro!



CAPITULO X.

De las tristezas de Salomé y de la bella Candida, y de como se solazó la enamorada con las primeras noticias del Capitan Rivera.

CANCION.



Llevad, llevad su nave
á puerto de ventura,
María, Virgen pura,
estrella de la mar;
que el zéfiro suave
agite su melena;
cual nuncio de mi pena
aduerma su pesar.

¿Quién sabe si á la luna
doliente está mirando,
con ella conversando
tan triste como yo?
¿Y quién si por fortuna
en su melancolía
en ti la sombra mia
Oh luna! imaginó.

Yo veo entre las olas

del ponto sosegado
á mi feliz soldado
de amores suspirar;
canciones españolas
en torno suyo suenan,
que el manso viento llenan
de música al sonar.

Las velas agitadas
galanamente ondean,
parece que desean
la orilla trasponer;
y luego empavesadas
al grito de victoria
en alas de su gloria
mas rápidas volver.

Y así mientras yo canto,
el capitan Rivera
la imágen hechicera
recuerda de su amor,
que en delicioso encanto,
como graciosa maga,
le arroba cuando vaga
del barco en derredor.

Feliz! Feliz! la llave
sois vos de su destino
¡Ay Virgen del Camino!
dejadmele mirar.
Llevad, llevad su nave
á puerto de ventura,
María, Virgen pura,
estrella de la mar.



Así de puro gozo
radiante su mirada,
cantaba enamorada
la virgen Salomé,
del arpa sonora
las cuerdas recorriendo,
sonidos produciendo
acordes con su fé.

Ay! ¿Como si mirando
estuvo quince lunas
de nieblas importunas
velado el porvenir,
alegre ya depone
el enlutado velo,
y canta y ve en el cielo
su estrella sonreír?

Yo sé que para ella
sin pájaros cantores
pasaron y sin flores
las auras del Abril;
que triste por las noches
paseaba en el estío
á orillas de aquel río
como vision gentil.

Acaso de algun mozo
el cántico escuchaba
y el carro que sonaba
cargado con la mies,
en su ilusion dudando
si algun amante llora
de su cruel señora

desaires á sus pies.

O bien de la corneja
que cruza sin agrado
percibe acompasado
el horrido graznar,
y luego en algun árbol
del ruiñeñor zeloso,
variado, artificioso,
el tierno lamentar.

Tambien algunas veces
veia sin fortuna
de la elevada luna
al tibio resplandor,
venir en larga hilera
ácia Leon marchando
tropas que van llenando
la sombra de rumor.

Y así de dia en dia,
sentida, apasionada,
la siempre desvelada
se via enflaquecer,
y poco á poco llegan
los secos vientos crudos,
los árboles desnudos
se tornarán á ver.

Ay! ¿Como si la noche
está serena y clara,
y todo á la algazara
se da el vendimiador,
al verle nuevo Silvio
de párras coronado,

¿La bella no ha templado
las penas de su amor?

¿No es dulce por los valles
sentir las castañuelas,
y al son de panderetas
en danza alegres ver
las faldas de cien mozas
lozanas y rollizas,
que rojas y pagizas
provocan al placer?

Oh! cierto es muy alegre
esa estación florida
que á despojar convida
la gualarida vid,
y ver saltar la liebre
de la caliente cama,
y huir bajo la rama
cansada la perdiz.

Y sueltos ver los galgos,
y en potros-corredores
á muchos cazadores
voceando sin cesar,
al ver cuanta ventaja
la parda liebre toma,
subiendo por la loma
que torpe ha de bajar.

¿Y que risa no causan
traviesos los muchachos
pintándose mostachos
con moras de un zarzal,
y hacer de pergamino

morriónes con celadas,
tejiendo sus espadas
en medio de un juncal?

Pues digo ¿Y quel ¿No alegra
ya llenos los lagares
al son de los cantares
un carro ver llegar,
que luce de pañuelos
gayadas banderolas,
y un rey que de amapolas
quisieron coronar?

Yo en él veo que el año
vencido va diciendo,
pues se que voy muriendo
mis triunfos gozaré,
y así como los héroes
de flores coronado,
con flautas regalado
tranquilo espiraré.

Mas ¡ay! ¿qué los panderos
las danzas y zagales
serán para tus males,
sensible Salomé?
si al fin estás penando
y en las agenas glorias
se avivan las memorias
de tu infeliz doncel?

En vano fuera en vano
que músicas y fiestas,
amores y protestas
oyeses infeliz;

que nada te complace
de tu Rivera ausente
conócelo y lo siente
el médico David.

Y triste, pensativo,
un día y otro día
te ve sin alegría
no hablar ni sonreír,
y pálida, caída
como agostado lirio,
cuidoso en tu delirio
te observa sin dormir.

Creyó ¡Cuan engañado!
dar paz á tus pesares,
dejando los lugares,
donde te hiriera amor,
y á la ciudad te lleva,
y busca cien galanes;
¡Inútiles afanes!
tu pena así es mayor.

Oh! Cuantas veces queda
absorto el indiscreto,
buscando algún secreto
la ciencia en su abstracción,
y solo en el ensayo
descubre la experiencia
que no sabe la ciencia
curar una pasión.

Y al verte así, de todo
el infeliz se olvida,
que no tiene en la vida

mas lazos que tu ser,
tu sola eres su dueño,
tu sola su vigilia,
tu sola su familia,
tu sola su placer.

Por eso con sus libros
el misero se encierra,
y al fin los libros cierra
sin encontrar su fin,
y suelta dando al oro
que codiciaba tanto,
ofrece á tu quebranto
la danza y el festin.

En vano, todo en vano,
el infeliz decia,
doliente te veia
ni hablar ni sonreir,
cual árbol en Octubre,
tórtola sin esposo,
cual rio presuroso
que al ponto va á morir.

Y como nunca vienen
los males como espías,
tambien en esos dias
tus penas acreció
la nueva del anciano,
que ausente de su hijo
¡Ay triste! Triste! dijo
al tiempo que espiró.

Quiza una profecia
que sin querer lanzada,

te dió á ver enlutada
la imágen de tu bien.
¿Por qué te lo ha contado
soñando entristecida
la niña que afligida
lamentase tambien ?

Hermano, ven, decia,
porque en Leon ahora
estoy con tu señora;
mas faltame el color.
¡Si vieses cuan hermosas
resaltan nuestras penas!
Pálidas azucenas
somos en nuestro amor.

Los sitios recordamos
donde á la par te vimos,
la noche en que te oímos
amante balbucéar;
parece que ausentarte
aun todavia te miro,
y todavia suspiro
al verte suspirar.

Mi padre está en la gloria;
porque á buscarle vino
la Virgen del Camino
cuando él iba á morir....
Cual sol resplandeciente
en mi dormir le veo....
¡Ay padre! Cual deseo
tu aliento percibir!

¿Por qué graciosa niña,
la del cabello de oro
¡Oh angélico tesoro
de gracia y castidad!
porque tan intranquila
sin causa te estremeces?
¿Pues tu de que careces,
hermosa, en la ciudad?

¿Acaso echas de menos
tus míseros hogares?
¿Recuerdas los lugares—
do alegre te miró
tu padre tan llorado,
tu hermano tan querido?
¿No adviertes que has crecido,
que aquella edad pasó?

¿Ignoras que no pueden
los hombres infelices
cual árboles raíces
en su vivienda echar?
Ay triste! Si, tu lloras,
cual pobre golondrina,
que ha visto en la cocina
su nido derribar.

Pues bien yo te respeto,
tus lágrimas bendigo,
mas oye, ven conmigo,
consuelos te daré.
Lo ves? ¿No te sorprendes
al ver engalanada
la siempre desdichada

sensible Salomé?

De verde terciopelo
está toda vestida,
la falda guarnecida
te deja ver sus pies,
en rojos escarpines,
que breves asomando,
las notas van marcando
de ese laud que ves.

Parece una esperanza
que aguarda una alegría;
en el rayar del día
la sombra al fenecer;
del viejo cual un tiempo
el ceño despejando,
al ir así aclarando
su rostro en el placer.

Escucha, escucha el canto
¿No sientes como ahora
su dulce voz sonora
te viene á consolar?
«Llevad, llevad su nave
á puerto de ventura,
Maria, virgen pura,
estrella de la mar.»

¿No aciertas de dó viene
el singular contento,
que á su débil acento
hoy presta entonacion?
Pues mira entre las manos
del viejo un pergamino,

carta feliz que vino
á darla inspiracion.

¿No sabes que vencidos
los Gelves ya, volvieron
muchos de los que fueron
con ellos á lidiar?...

Ay Dios! y tristemente
aceros tan cristianos
en sus mismos hermanos
habrán de sepultar.

Mas deja que revueltos
los unos proclamando
al rey, vayan gritando
los otros libertad....

¿Qué á ti, mansa paloma,
de la humildad espejo,
que á ti por *el Consejo?*
Que la *Comunidad...*?

Tu siempre alimentada
con la feliz doctrina
de aquel que la divina
bandera enarboló,
no entiendes por que causa
se oprimen de tal suerte
aquellos que en su muerte
el Cristo redimió.

Tu solo sabes niña
amar en la memoria
de aquellos que en la gloria
hoy velan sobre ti;
y á tu querido hermano,

que quince meses hace,
que ya no se complace
en admirarte así.

Ay triste! Poco piensa
que en lutos arropada
tu lánguida mirada
derrames sin placer;
«que á mi querida Cándida
escribe el buen Rivera,
cien besos ¡ay! la diera
si la pudiese ver.

«Decidla que entre tanto
que sus ausencias lloro,
y al insolente moro
castigo allá en Argel,
que trisque alegremente
cual cándida cordera
que salta en la pradera
al eco del rabel.»

¿Y á quién se lo escribía?
A su querido padre,
que ya como á su madre
jamás abrazará;
mas ¿Otra vez suspiras?
Oh! Lloro, niña, llora
¿Quién sabe si él ahora
tambien llorando está?



CAPITULO XI.

Que con la carta que se cita en el capitulo anterior pone fin
á la primera parte de esta leyenda.



Asi te encuentres tu, Señora mia,
en tan buena salud y bienandanza,
cual hoy se encuentra el que su amor te envía.

Todo en el mundo con la fé se alcanza,
que todo bien en la esperanza empieza,
y es origen la fé de la esperanza.

Servir á Dios es la mayor grandeza;
gracias dad á la Virgen del Camino
que hoy de lauros me ciñe la cabeza.

Mas de una vez es cierto que me avino
el arnés de mi padre ver manchado
con sangre suya que á mis venas vino;

y en mas de una ocasion estenuado
con el hambre y la fiebre en mi hidalguia
Dios en sus altos juicios me ha probado.

¿Quién dirá si es bastante, porque hoy dia
vestir la rica banda he merecido
que fué regalo de la prenda mia?

Salud! Soy Capitan: dando al olvido
las penas que sufrí, pensar me agrada
que mi ventura vuestro amor ha sido.

¡Oh inolvidable día; en qué agradada
la Virgen en mis brazos vuestra vida
salvó y me dió por premio una mirada!

¿No es verdad que de entonces dividida
sentis el alma vuestra en dos mitades
cual yo la siento del amor herida?

¿No es verdad que en continas soledades
doce lunas os vió la real patrona
qué tantas hoy nos da felicidades?

A Dios, mi Virgen bella, no ambiciona
sinó por vos el capitan Rivera
laureles añadir á su corona.

A Dios, á Dios ¡Oh cuanto más quisiera
deciros en mi amor! ¿Qué es de mi hermana?
¿Mi dulce padre cual ventura espera?

Ay! Sobre Argel caminaré mañana,
que allí provoca el insolente moro
la generosa sangre castellana.

A Dios por otra vez; en él adoro;
á su madre rogad por él que os ama;
porque halleis de aquí á un año en mi un tesoro
digno de Dios, del Rey y de mi dama.

B. V. P.

El Capitan Alonso de Rivera.

¡VIRGEN DEL CAMINO!....



Segunda Parte.



... porque entre aquellos bárbaros
turcos en mas se tiene y estima un
muchacho ó mancebo hermoso, que
una muger por bellísima que sea.

Cervantes. — Don Quijote.

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

VERGEN DEL CAMINO

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

Alabarte, sep. en 1811. (1811)

CAPITULO I.

Donde á la ligera se describe la posicion topográfica, é histórica de Argel, costumbres de su reino, y algo mas que verá el curioso lector.

Desde la mar se ve en anfiteatro de una peña en la fald a levantada, de ancho y profundo foso rodeada, dando su nombre al reino una ciudad: llamáronla Numidia y Cesaréa de Mauritania un tiempo los romanos, hoy es Argel y son los mauritanos fieros piratas, hordas sin piedad.

Juba, Sifax, Masinisa, Yugurta, los cuatro reyes son que á la memoria supieron dar en la romana historia el reino aquel de crímenes padron; pues solo es el tomar cuerdas medidas de robar sin castigo al que viaja el público negocio en que trabaja el comun de la barbara nacion.

Alli su sangre mezclan asquerosa feas razas de pueblos que distintos convienen torpemente en los instintos del ocio y de la impia esclavitud:

el mas audaz al trono es elevado
entre la lluvia que derrama de oro,
que no conoce envilecido el moro
otro talento, mérito ú virtud.

Pero es el clima favorable á todo
cuanto produce alegre la campiña
que verde cubre la frondosa viña,
la rica palma y la dorada mies;
y aqui y alli se ven por las laderas
del Atlas, que atraviesa desde el este
hasta tocar del reino en el oeste,
saltar la cabra y la torosa res.

Y al árabe corriendo en su caballo
ligero como el viento en la llanura,
de ceñidor sirviendo á su cintura
el brazo de una bella que robó.
Mientras otros en sucios aduares
sembrados por los valles y colinas
duermen juntos con asnos y gallinas,
así como su madre les parió.

Pues solo por ajuar se ve una estera,
un molino portatil y en asillas
riñendo algunas viejas cantarillas
con la olla en que cuecen el arroz.
Y si ademas consiguen en aceite
y vinagre mojar pan de cebada,
atrevida levantan la mirada,
dó negra luce el ánima feroz,

Y al compás de una música sacrílega
de bocinas y roncós atambores,
acuden á la voz de sus Señores,

de sangre ardiendo en insaciable sed;
y armados con la flecha y corvo alfange,
cubierto el cuerpo de grosera lana,
á cazar por el mar gente cristiana
van y vienen y vuelven otra vez.

¡Ay del que caiga en su poder vencido,
si á la suerte de siervo condenado
no hallase por ventura en el mercado
señor que compre su infeliz beldad!
Que al rico cinturón de las murallas,
de una escarpia tal vez por la cabeza
colgado quedará como fineza,
que algún pirata otorgue á la ciudad.

Ay! Que lástima era ver
en los tiempos de que hablamos
bellos jóvenes vender
á trueco quizás de gamos,
de una perla ó de un placer?

¡Mercado de sangre humana,
donde no es lícito hablar
sin que la argolla tirana
al hombre diga, mañana
serás libre á tu pesar!

¡Vil comercio en que un pirata
por un puñado de plata
vende el alma virtuosa
de alguna cautiva hermosa,
porque de amores le mata!

O ya guarnido de acero

algun apuesto doncél
pagando el traje á dinero,
y al cristiano, al caballero
una vasija de miel.

Allí un Señor argelino
por una infame ramera,
compra un hombre con destino
á que le sirva asesino,
ó á que asesinado muera.

Allí de algunos Señores
mentidos hechos se cuentan;
y aquí para sus labores
otros hay que experimentan
los brazos trabajadores.

Todo escándalo, impiedad,
lujo vil, profanacion,
escupir á la verdad,
y gozarse en la afliccion
de la triste humanidad.

Y reir de los cristianos
cuando trémulas sus manos
entregan á las esposas
al oír las espantosas
blasfemias de sus tiranos.

Ah! Que lástima era ver
en los tiempos de que hablamos
bellos jóvenes vender
á trueco tal vez de gamos,
de una perla ó de un placer!

• • • • •
¡Cuan tristes ¡ay! los unos perecieron

en las olas del ponto alborotado,
y á la márgen los otros que salieron,
cuan tristemente anohecido vieron
de su esperanza el luminar dorado!

Ay! los moros no verán
cuando me miren á un hombre,
como á perro poco pan
me darán y cualquier nombre.

Descorre, Dios clemente, el negro cortinaje,
que oculta misterioso mi oculto porvenir,
la injuria y el azote, la befa y el ultrage,
cual tu, Jesus querido, deseo yo sufrir.

Alegre, viva, morena,
alguna muger liviana,
si al compás de la cadena
cantando alivio mi pena,
se asomará á su ventana.

Verdes campos que sois en esmeralda
alegre libro de mi edad primera,
ya nunca mas en vuestra verde falda
me tenderé de espalda
cansado de correr por la rivera.

Mi padre, mi madre,
mis hijos ¿Qué harán?
contando mis hechos,
riendo quizás.

Acaso entre esos mismos
que venden los perfumes
y joyas apresadas
en sus infames buques,
los moros *tagarinos* (1.)
y *mudejares* bullen.

Oh Dios! Si vicios ellos
y yo tengo virtudes
¿cómo ellos se refugian
y no hay quien me refugie?

El oro de mi patria
la vil codicia nutre
del huesped argelino,
que su salud consume
en orgías y festines,
que maldicientes cubren
pasiones infernales
del vino entre la nube.
Mas yo, Señor, laureles
tan solo adquirir supe,
silencio al apetito
con tu doctrina impuse.

Ya de lánguidas perlas regada
la campiña dejó engalanada
de la aurora el purpureo arrebol,
y esta frente cual palma doblada,
baña en lumbré magnífico el sol,

(1) *Tagarinos* = Nombre que daban en Berbería á los moros de Aragon. *Mudejares* = Los del reino de Granada.

Virgen bella en tu dulce rocío,
como flor desmayada confío,
que su noche primera pasó;
breve arroyo lanzado en un río
que á la mar va corriendo soy yo.
Mas ¿Qué importa, Señora, que muera,
si otra vida sin muerte me espera
en el santo peremne jardín?
Qué es la carne? Una pluma ligera,
fragil copa en ruidoso festin.

• • • • •
Mi bella señora,
naciste, naci,
¿Por qué en mala hora
me viste y te vi?

Cautivo del moro
secreto te lloro,
perezco sin ti;
y acaso cual palma,
mitad de mi alma,
desmayas sin mi.

• • • • •
Mi bella señora,
caíste, cai;
¿por qué en mala hora
me viste y te vi?

• • • • •
¿Quién es aquel mancebo
que los piratas tienen
aparte de los otros
que en el mercado están?
¿Será qué al sacrificio

los viles le condenen,
ó quieren de regalo
mandarsele al Sultan?

Es mucha su hermosura;
en su espaciosa frente
serena se dilata
la imágen del valor;
cabellos peina rubios,
que alhagan dulcemente
sus candidas mejillas
asiento del pudor.

Sentado está en farseto
bruñendo su armadura,
que brilla como espejo
con veros de metal;
¿Acaso que en batalla
va á entrar se le figura,
ú olvida en su costumbre
la fuerza de su mal?

No se; mas llega un moro
que rico de fortuna
muy niño con sus padres
se refugió en Argel,
cuando cayó en Granada
la torpe media luna,
le mira y á un pirata
preguntale por el.

Y al punto que Alcazaba,
(que tal era su nombre)
escucha que en el reino
naciéra de Leon,

y que gozaba en letras
y en armas de renombre,
acércase y le ofrece
cumplida proteccion.

Pero el pirata dijo
— Cristiano no te apures,
que falta que te pague
cual me conviene á mi;
daréte yo lecciones
porque otra vez procures
guardar las muchas dotes
que revelaste alli.

Alli, cuando atrevido
en un bagel, que roto
el cierzo arrebatava,
supiste defender,
haciendo de soldado,
de gefe y de piloto,
la vida que hora traigo
sin grillos á vender.

Que al fin si con mis bravos,
cuando tu barco á pique
ya lleno de agua se iba
con su tripulacion,
luchaste brazo á brazo,
mereces bien te explique
si se yo lo que vale
tan señalada accion.

Ya veis que tiene el mozo
aspecto muy divino.

— Es cierto, dijo el moro,

y le tornó á mirar.

— Pues el con su Santiago
y la Virgen del Camino,
saltando á mi navio
nos dió que trabajar.

Imágen del Profeta
el perro parecia,
venid, venid gritaba,
pero de dos en dos;
que aunque reluzca solo
la noble espada mia,
tambien aqui pelea
la espada de mí Dios.

Alcaz.^a ¿Y en qué precio le teneis
á tan bravo prisionero?

El Pir.^a No se paga con dinero.

Alcaz.^a Pues cómo me le dareis?

El Pir.^a ¿Vuestro nombre?—No lo sé;
mas me llaman *Cachidiablo*.

Alcaz.^a El *Cachi* sobra que el diablo
contigo á parir se ve.

El Pir.^a ¿Hasta vos llegó la fama
de mi mediana brabura?

Alcaz.^a ¿Qué harás si el rey por ventura
á su servicio te llama?

El Pir.^a Serviréle á buena ley
si entre la gente que mande
me deja ser el mas grande,

porque tengo humos de rey.

Alcaz.^a Que me place, ya te calo.

¿Y qué hacemos del valiente?

El Pir.^a En el nombre de mi gente
con su hacienda os le regalo.

Mas mirad si lo tratais
como yo os le recomiendo,
que un valiente á lo que entiendo
en ese mozo llevais.

Alcaz.^a Cachidiablo, está muy bien.

El Pir.^a ¿Nada mas?—Yo nada os pido.

Alcaz.^a Capitan, estás servido,
y tu, mi cautivo, ven.



Y llevándole á su casa
el rico moro, lector,
un mes tras otro se pasa,
sin que sufra otro dolor
que el dolor que le traspasa.

Y en verdad que es suficiente;
porque valga la verdad,
siendo cristiano y valiente
la cosa que mas se siente
es perder la libertad.

Sin embargo de antemano
aquel cautivo doncel
una carta de su mano
dió á un mercader valenciano,
que había salido de Argel.

Por lo demas á sus solas
pasaba el tiempo rezando,
ó del mar viendo las olas,
que iban sus ayes llevando
á las playas españolas.

Que hartó conoce que son
asechanzas al cautivo
tal blandura y atencion,
que es él moro de que escribo
moro de mucha intencion.

Es de Haradin Barbarroja
rey de Argel gran consejero,
y tendrá si se le antoja
hasta el cetro si la hoja
desenvaina de su acero.

Por eso es gran disparate
pensar que moro tan rico
con tanto esmero le trate
codicioso algun tantico
del valor de su rescate.

Y por eso el pobre mozo
que comprende su destino,
escaso siempre de gozo
se encomienda sin rebozo
á la Virgen del Camino.

Conque echate á discurrir
á ver si adivinas quien
llegó tal suerte á sufrir,
que yo no quiero decir
lo que tu sabes tambien.

Y si acaso me equivoco

y con su nombre no das,
lector, esperate un poco,
que me vas volviendo loco
segun lo aprisa que vas.

Pero al fin tienes razon,
en huir con esa gana,
de un país de maldicion;
pasa pues á la otra llana,
que eso es entrar en Leon.



CAPITULO II.

Plegarias á la Virgen del Camino y de lo que dió margen á estas sentidas suplicas de la triste Salomé.

La cual en una noche de Marzo en que furioso por Eolo soltado corria el Aquilon, con una recia lluvia batiendo estrepitoso las torres y ventanas y vidrios de Leon; con los cabellos sueltos, que estando de rodillas su pálida belleza, lamian el tapiz, cruzadas tristemente las manos amarillas, con lágrimas regadas, oraba la infeliz.

Parece una palmera que por el rayo herida dobla la mustia rama sin fruta ni calor, un genio que su frente arruga entristecida, cierva que asaetada se rinde al cazador.

Su voz es como el canto que lejos de las naves entona solitario á orillas de la mar el cándido Monarca de las marinas aves, cisne, que del poeta remeda el espirar.

Y trémula saliendo de su garganta pura la súplica que inspira la interna languidez, el corazon sorprende como en la noche oscura

relámpago que aclara la densa lóbreguez.

Ardian á sus lados cual siempre solitarias
dos lámparas pendientes del gótico artesón,
ante una *Dolorosa* (1) que escucha sus plegarias
mirando en su regazo la humana redención.

Del arpa que allí cerca callada se veía
en secas hojas caen la *ababa* y el *laurel*, (2)
que apenas la *retama* con el calor vivía
que arrojan de su seno la *lila* y el *clavel*.

Pasaban entre tanto menudas las arenas
por un reloj de vidrio que oculto en un rincón
sepulta en cada grano las dichas y las penas,
que alternativamente nuestros instantes son.

Señora, Señora,
la triste decía:
¡Oh Virgen María
lucero del mar!
En ti se colora
la pálida aurora,
tu sombra es el día,
y el sol tu mirar.

No hay sombra ni niebla
que tu no ilumines

(1) La Virgen del Camino; cuyas imágenes tienen á Jesús en los brazos.

(2) Language de las flores—Hojas secas: Melancolía—*Ababa*: Amapola: Consuelo.—*Laurel*: Triunfos—*Retama*: Debil esperanza—*Lila*: Amor perfecto—*Clavel*: Vivas sensaciones.

¿Qué son los jardines
del *valle* sin ti? (1.)

Dudosa tiniebla
sus ámbitos puebla,
los *verdes* confines
se pudren así.

Tan solo el *albaca*
florece en lo oscuro,
la *yedra* del muro
desprende el verdor:
de sangre se atraca
la sucia cloaca
del *cieno* que impuro (2.)
repele tu amor.

Que tu suavizas,
Señora, las penas,
sin ti entre cadenas
el globo se ve:
de *rosas pajizas*
sus vanas cenizas
cercó en sus faenas
el hombre sin fé.

Mas yo en ti confío,
Señora, y te adoro,
tu enjugas mi lloro
con besos de paz;

(1) Valle: el mundo.—Verdes: esperanzas.—Albaca: odio.
Yedra: ternura recíproca, caridad.

(2.) Cieno: la materia, la carne, las pasiones.—Rosa pajiza
infelicidad.

de blando rocío
regando en su estío
mi amor, mi tesoro
de casto solaz.

¡Ay mi! como ahora
mi triste Rivera

¡Oh Virgen! pudiera
mis ansias oír!

Captivo me llora,
veladle Señora,
no dejes que muera
quien sabe sentir.

.
Y entretanto que oraba ella de hinojos
en otra estancia el médico se vé,
que á la luz de un velón con sus anteojos
suspirando leía y sin enojos
la carta que le diera Salomé.

A su voluminosa librería
vuelto tiene el respaldo del sillón;
y en otro á su derecha le atendía
un mozo con la faz toda sombría,
merced á la pantalla del velón.

No cesaba la lluvia mientras tanto,
y el aquilon silvaba sin cesar;
pero el viejo perdido en otro espanto,
y el mozo entre la nube de su encanto
atendian tan solo á conspirar.

Leyeron y despues muy de secreto
trataron juntos lo que habian de hacer;
y lograr deseando ambos su objeto;

el guapo mozo se estiró el colete,
tomó la capa y dijo voy á ver.

El viejo entonces le alargó el sombrero,
y la mano tambien corta le dió,
estrechósela bien el caballero;
y oyéndole decir aquí os espero,
de la estancia Hernan Perez se salió.

Y solo ya David, con impaciencia
se puso los anteojos á limpiar,
y viéndoles mas claros que su eficiencia,
y mas limpios tambien que su conciencia
la carta volvió luego á repasar.

FRAGMENTO DE LA SEGUNDA

CARTA

del Capitán Alonso Rivera, fecha en Argel.



mi dulce Señora
naciste, nací:

¿Por qué en mala hora
me viste y te vi?

Cautivo del moro
secreto de lloro

perezco sin ti;
y acaso cual palma,
mitad de mi alma
desmayes sin mi.

Mi bella Señora,
caíste, caí.

¿Por qué en mala hora
me viste y te vi?

Tu hermosa mirada
suave, rasgada
consuélame aquí;
mas ¡ay! tu memoria
perdida mi gloria
recuérdame así.

Mi bella Señora
caíste caí:

¿Por que en mala hora
me viste y te vi?

Si luce la aurora,
y el sol se enamora
del fresco *aleli*, (1)
levanto doliente
la pálida frente.
que Dios está allí.

Por Dios mi Señora,
non llores así

¿Por que en mala hora
caíste y caí?

Yo soy caballero,

(1) *Aleli*. Belleza permanente.

y en mi Dios espero
si no le ofendi,
que orando me atienda,
y otorgue la prenda
que triste perdí.

En tanto ¡Ay Señora!
suplica por mí
¿Quién sabe en cual hora
naciste y nací?

.....
Pérfidamente el viejo sonreía,
y ¡pobre mozo! en su interior decia;
ya cayó de la guerra en los horrores;
Oh! si, bien lo pensé; la nieta mia
á la luz vivirá de otros amores.

Mas ¡ay! si ardiendo por desdicha pasa
la viva antorcha que su seno abrasa
mas allá de los vientos de la tumba...!
¿Qué daga vil mi corazon traspasa?
¿Cuál voz horrenda en mis oídos zumba?

Y alzándose, el sillón trémulo deja,
cual quien oye cantar á la corneja
en triste son hácia su izquierdo lado,
que á veces en el ánima perpleja
el crimen se revuelve amedrentado.

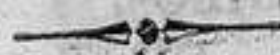
Mas pronto reparó en el aguacero
que al son del aire desatado y fiero
los vidrios azotaba *embravecido*,
y al echarse á reir del torpe ahüero,
se oyó en la puerta un temeroso ruido.

Hernan Perez es que vuelve
con un pequeño criado;
aunque cuenta cinco lustros
mas que menos el enano.

Es disforme su cabeza
y de narices muy chato,
color tostada, y los dientes
agudos, unidos, blancos.

Una risa endemoniada
peremne baña sus labios
estremadamente gruesos,
y uno de ellos horadado;
que un pendiente de corales
á veces lleva colgando;
y lo demas de su cuerpo
á la morisca tocado.

Que en España todavia
no se ha esparcido por bando
una real órden que obligue
á vestir como cristiano.



Pronto está, dijo Hernan Perez,
este fiel Agimorato
á partir como queremos;
servíos pues ordenarlo.

— Placeme de ello responde
no sin reir el avaro
¿Y en qué puerto amigo mio,
tendreis á bien embarcaros?

— En Velez Malaga, dijo

con teca voz el mulato.

— ¿Y no teméis que en la Argelia os traten como cristiano, si alguno que os reconozca cuenta que sois renegado.

— Eso corre de mi cuenta, mandadme pues sin reparo.

Entonces llamóle aparte el médico y por lo bajo no se que cosas le dijo, que despues de un corto rato, proveyole de monedas que de sus arcones trajo, y dos cartas de las cuales una iba escrita en arábigo.

— Acabastes? Hernan Perez dijo al pigmeo — Acabamos.

— Y tendrás valor...? — Silencio, mi señor, no os oiga el Diablo.

— Buen viage — A Dios Señores.

— El ponga tiento en tus manos; añadió David por último;

cien doblas vale el encargo.

— Dígoos tendreis anillo, y banquete los pescados

de la mar, y en este punto cerró la escena un portazo.

Y solo ya otra vez David exclama
¡Oh rico genio que mi mente inflama!
¡Cuán bien conozco el corazon humano!
Sin duda que ser sabio esto se llama;
tirar la piedra y esconder la mano.

Y ¿qué diré si triunfa poderoso
prontamente del pueblo revoltoso
el aguerrido Carlos el primero?
¡Cuanto insolente rico sin reposo
ha de lamer mis plantas por dinero!

Tres por uno diré y ellos rendidos
el polvo quitarán de los vestidos
de aquel en otro tiempo despreciado,
y ellos, ellos serán los mal nacidos,
rindiendo al oro su poder y estado.



CAPITULO III.

Donde al autor le da por hablar de varias cosas de Argel, mientras llega con sus lectores hasta la lujosa estancia del rico moro Alcazaba.



Ademas de estar en cuesta son estrechas y mezquinas las calles de Argel que poco sus habitantes transitan.

Porque alli todas las casas terrados tienen encima, que son jardines hermosos de muy deliciosas vistas.

Ni rejas tienen por lindes, ni tapias, ni celosias; así que por todos ellos libres las gentes caminan;

hora del mar contemplando las llanuras infinitas, que naves cruzan veleras, siendo serpientes marinas;

hora esplayando los ojos por las amenas campiñas, que de consuno protegen el buen terreno y su clima.

Y los que en tales terrados

los viajeros admiran,
es el ver de que manera
por ellos se hacen visitas;

porque es al revés del mundo,
donde es menester se diga
suba usted al que esté abajo,
y que baje al que esté arriba.

Y mis lectores no piensen
que así serán sorprendidas
muchas veces por ladrones
esas casas argelinas;

pues es ley que cuando en ellas
con gente desconocida
topen los dueños, que maten
en ello haciendo justicia.

Bárbara ley sin disputa
que alguna deidad impia
escribió en los corazones
de infame gente asesina.

Pero en cambio alguna otra
el observador divisa,
como entre negros espinos
una batata florida;

costumbre que por muy buena
en Madrid también darian
cuantos sin coche, y son muchos,
como los poetas vivan.

Dígoles; porque él rey solo
y tal cual persona digna
á caballo va en las calles
de aquella ciudad tan rica.

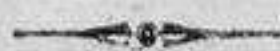
Así es que como un ruido extraordinario perciban, ya saben que de una boda proviene la gritería.

Que allí á las novias pasean, con mucha algazara y risa y tan majas muchas veces como pollitos de rifa.

Cásanlas en algun prado por virtud de una varita, ó de una flecha de acero, que hasta mas no poder hincan:

y así las dicen: muchacha ¿Ves esta vara que fija, sin que alguno la sacase salir de aquí no podría?..

Pues así de tu marido des que á él estés unida como antes no te deje, criminal te apartarías.



¡Siempre las pobres mugeres por do quiera perseguidas!
¿Qué mal nos hacen ¡Dios mio!
qué hacernos no deberian?

Que la muerte nos dió Eva aquí sus tiranos gritan;
es verdad pero la gloria,
nos dió la Virgen María.

Ademas que yo así digo

viendo á mi madre afligida...
nos engendran sofocadas
de su pudor en las tintas,
con dolor nos dan al mundo
con pesadumbre nos crían,
si lloramos nos consuelan
y lloran si las castigan;

si en la guerra nos lanzamos,
en paz á Dios le suplican
que á sus brazos nos devuelva
para que amantes nos sirvan.

Pobres mugeres! Y siempre
por do quiera perseguidas!
El talento es en vosotras
como una planta maldita.

La razon cede á la fuerza,
la ley á la tiranía;
palomas entre culebras,
y flores sois entre espinas.

Cuando fieros los sayones
al Redentor afligian,
por vuestros labios vagaba
la humanitaria sonrisa;

y en tierno lloro bañadas
vuestras miradas benignas,
la luz del santo Cordero
pesarosas recogian.

Porque en vuestro entendimiento
sin ambiciones mas limpia
luce la fé, y por los ojos
se derrama en lumbre viva,

siendo nube la tristeza,
que su resplandor eclipsa,
y que pasando á la mente
el corazon os agita.

Mas ya lo veis sin embargo,
que á las pobres argelinas,
hasta que el hombre las deje,
á estar con él las obligan;

y como siempre contentas
andan de boda las niñas,
y solo por ser mugeres
no pueden ser egoistas,

en la fórmula indicada
de la flecha ó la varita
graciosamente reciben
su poca galantería.

Bien es que al novio preguntan
que en cuanto á la novia estima,
y él así como quien suelta
prenda de mucha valía,

responde, no tiene precio
muger que es prudente y linda;
y no me parece poco
saludable esta salida;

antes bien es muy honroso
y los provechos no quita,
que á falta de buen dinero
pega de molde tal dicha.

Cualquier cristiano presumo

que tal respuesta daría,
porque la dote es sin duda
económica y política.

Es verdad que con las novias
pocos quizá escaparían;
porque, amigos, el dinero
es todo amor en el día.

Ven, lector, no te acobarden
esas costumbres moriscas,
y de priesa caminemos
que el sol las espaldas pica.

Vas no menos que á la casa
donde muy holgado habita
Alcazaba, que en arábigo
fortaleza significa.

Te diré por el camino,
si recuerdas que nacida
fué su persona en Granada
de gente en extremo rica;
pues bien, murieron sus padres,
y soltero se las guisa
con Haradin Barbarroja
que le tiene en mucha estima.

Es el rey segun se dice
mancebo de mucha chispa,
magüer tambien en la Argelia
un si es no es le critican;

que su padre Horruc le tuvo
de una cristiana cautiva,

Y hace el mozo á toda ropa,
cristiana, mora ó judia.

Esá es la casa, cuadrada
y de piedra silleria,
ancho pórtico apoyado
en columnas exquisitas;
puerta y techumbre de cedro,
sonemos las campanillas,
adelante ¡Hermoso patio
de marmol, y cristalina,
una serpiente de marmol,
á chorro el agua vomita
sobre un tazon de alabastro,
que la nieve envidiaría.

Pasaremos cual personas
de importancia que no miran
á unos diez ó doce esclavos
que hacen sendas cortesias.

Mas reparo que te dueles
porque tus tachuelas pisan
esas floreadas alfombras
que el pavimento entapizan:

y haces mal, rompe por ellas
que otras vendrán á suplirlas
sin que el moro con tributos
ni con castigos te oprima;

que el espíritu no tiene
comercio, industria, ni fincas,
ni otra argolla que el pecado

que con la fé se hace trizas.

La escalera en anchas vueltas
subiremos sin fatiga,
de arabesco pasamano
en caracol guarnecida.

Ten cuidado, de alabastro
son los pasales que pisas;
pues temo que te resbales
con tal mirar acia arriba.

No es sinó una claraboya
que atornasola y envia
por calados rosetones
las luces del mediodia.

Y cruzando ya salones
y elegantes galerias,
cuyos vidrios de colores
en hileras infinitas,

con la luz alborotada
van encantando la vista,
henos aqui en una estancia
lujosa, extensa, magnifica.

Sus largas rejas entoldan
rosales, parras, y ricás
palmeras, que del sabroso
fruto cargadas se inclinan.

Y enredadas en los troncos
y sarmientos multiplican
muchas flores diferentes
sus colores y alegria.

De mosaico se forma
en menudas piedrecitas

todo el suelo dibujado
de jarras, flores, y cintas.

Pebeteros hay que humean
esencias que se entran finas
á envolver el pensamiento
en las nieblas de la accidia.

Si algo falta son estampas,
que es tal pecado adquirirlas,
como llevar el koran
mas abajo de la cinta.

Pero en cambio de alabastro
se ve una espaciosa pila,
dó Alcazaba de sus culpas
con abluciones se limpia.

Y sotiles colgaduras
de oro y plata y sederia,
y á la redonda cojines
recamados con trezillas.

Mas alto aqui; que ya el moro
taciturno se divisa,
una daga manoseando
en actitud distraida.

Su figura es algo flaca,
como cera las mejillas,
la nariz muy aguileña
y escorbútica la risa;

negras cejas y vigotes
que parecen eulebrinas,
y por bajo del turbante
negras lucientes y vivas
sus pestañas se descorren,

y dejan ver descorridas
dos redondos luminares
que despiden valentia.

Está con lujo vestido
y sentado de rodillas
en dos cojines de pluma
con las piernas recogidas.

Sin alfange y sin pistolas
aunque ya se conocian,
dos entrevistas espera
con la mirada caída;

mas como rápida á veces
y resplandeciente gira
sin objeto por las órbitas
y en su alrededor perdida;

conócese que Alcazaba
con sumo interés medita
en los difíciles medios
de alguna enredosa intriga.



CAPITULO IV.

De la pérfida plática que medió entre el rico moro y una linda esclava.



hallándose de par en par abiertas de aquella estancia las lujosas puertas, que en chapas de marfil ejecutadas, con laborioso esmero cinceladas de relieve lucian muchas flores, entró con mil amores sin licencia una mora agil, morena, viva, encantadora.

Quince veces veria vestidos de verdor y de alegría los campos en la hermosa primavera, desde tocó ligera su alfombra con el pie, que aprisionado en estrecho calzado con botones de plata, gozabase muy negro resaltando en la ceñida media de escarlata, que iba la pierna toda señalando.

De su garganta en torno alagaba el lindísimo contorno

un collar de granates encendidos,
y los ojos perdidos
en su menuda risa se quedaban;
y ¡Ay de ellos, si topaban
con sus rasgadas luces guarnecidas
de muy negras pestañas y tupidas!
Que entonces fuera cosa
de andar vagando en su color de rosa,
y queriendo escapar, en los cabellos
blondos mirarse y enredarse en ellos,

Su corta tunicela
tan elegante vuela
sin pasar mas allá de la rodilla,
que parece una octava maravilla,
sonando alborotada
con estrellitas de oro salpicada;

Y de un hombro tan solo suspendida,
y en estudiados pliegues recojida
ver dejaba del otro la tersura,
del brazo la frescura,
y una mitad del palpitante seno,
de gracias todo y de ilusiones lleno.

Llevaba por juguete en una mano
un verde pajarillo americano,
cuya pluma de seda parecía,
y el colorado pico de zandia.

Y sobre un bonetillo de brocado,
con muchas perlas finas adornado,
que á medias coronando su cabeza
aire le daba de ducal belleza,
veíase una breve media luna,

cual nunca por fortuna
se viera otra mejor lámina de oro;
que al brillar en sus piedras tal tesoro
de coloreadas luces,
pasmado, mi lector, te harás de cruces.

Y esta de quince abriles
alegres y gentiles,
mora de bellos ojos y figura.
con breve talle y planta no segura,
risueña, artificial, voluptuosa,
como una mariposa,
llamábase Zulema
y dicen que la quema
los trapos aquel moro que hora mira;
mas puedo asegurar que eso es mentira.

Es verdad que apresada
por un cosario fué y despues comprada
á precio muy subido;
pero el moro en España había nacido,
y tal cual rasgo de español tenia.

Tomóle la manía
de ver no mas en ella
que una simple doncella
de talento y virtud á par dotada;
pero á ulteriores fines destinada,

Lo cual verán en breve
mis lectores, pues veo que se atreve
á llamarla Alcazaba,
y la manda sentar, y en ella clava
con imperio su vista punzadora
que astuta esquivá la gallarda mora.

Y al fin ya mano á mano
la linda mora con el moro ufano,
sentados á una reja sonrieron,
y en la siguiente forma departieron.



Alc.^a Niña que dejas la luz
de esos tus soles prendada
cuya planta fuera holgada
en un calzado andaluz;
sultana de las morenas,
que siendo solo mi esclava
á tu Señor Alcazaba
sabes echar tus cadenas
¿Qué son las trenzas que vanas
tan solícita compones,
si te cierro mis balcones,
mis jardines y ventanas?
¿Qué tu linda vestidura
tan revuelta y caprichosa,
si recuerdas mas hermosa
qué vendieron tu hermosura?
¿Qué es tu risa y tu danzar?
¿Qué tu sonoro laud
y el acento de virtud
que resuena en tu cantar?
¿Qué te sirve, linda mora,
sifide ser de mis salas,
si cortándote las alas,
de ti no fueras Señora?
¿Sabes tu por qué á tañer

y danzar mandé enseñarte?
Y por qué sabes con arte
en mis caballos correr?

Zul.^a Rico Señor, á quien debo
tan señaladas mercedes,
cuando queriéndolo puedes
pasar á ser mi mancebo;
moro de amable figura,
como español arrogante,
á cuyo fino talante
vendida fué mi hermosura,
¿De qué, Señor, te valiera
tan lujoso poderío,
si mejor que tu alvedrío
tu bondad no reluciera?
¿De qué el valor y la ciencia
del envidiado Alcazaba,
si á los ojos de una esclava
se humillase su excelencia?
¡Ay Señor! Pobre nací;
los piratas me robaron,
y mis flores conservaron
por vendértelas á ti.
Mas si á fuer de caballero
de mi estrella te doliste,
y cual hija me quisiste,
yo como á padre te quiero,
Sábelo Alá y su Profeta,
que en ti no mas he pensado,
y es mi amor mas encantado
que los sueños de un poeta,

Habla pues, pide, dispon,
y no dudes como siento
que mas que el oro tu acento
cautivó mi corazon.

Alc.^a Demasiado lo entendi
cuando tus ojos topaba;
mas tiene él buen Alcazaba
mejor mozo para ti.

Porque no solo á respeto
me movió tu donosura,
que vi siempre en tu figura
los hechizos de un secreto,
Bien te veo suspirar,
acariciando la pluma
de ese pájaro que en suma
fué tu amor y tu pesar;
pero siendo yo del rey
como ninguno estimado,
como ninguno al estado
servir debo á buena ley,
Recobra pues tu alegría
y atiéndeme bien, doncella,
que se trata de una estrella
de jenio y caballeria.

Zul.^a No olvidé que en un mercado
me compraste con dinero,
lo que quieras eso quiero,
tu voluntad es mi agrado.

Alc.^a Oye pues; ya tu sabes
como hasta treinta naves
el cierzo derrotó de los cristianos,

cuando alegres y ufanos
con triunfadoras voces saludaban
esos muros que débiles guardaban
nuestras vidas y haciendas juntamente,
Y sabes igualmente
que luego que lució el siguiente día,
calmada ya la tempestad bravia,
los piratas sus *lobas* desataron,
y á toda vela el golfo navegaron.
Cruzáronse por varios derroteros,
y amen del zafarrancho, prisioneros
unos tres mil harían en los rotos
bajéles, de soldados y pilotos.

Escasa bien de gloria
vió Haradin celebrar esa victoria,
que mas que á sus alientos
al soplo conseguimos de los vientos
revueltos por Mahoma,
si es que, cual dicen, toma
parte el profeta en tales pequeñeces
y que así como de esas tuvo á veces.

Mas di, Zulema ¿Qué le importaría
al rey de España el que la furia impia
del insolente cierzo desatada
diese fin de Don Hugo de Moncada,
su virey en Sicilia, á la ardua empresa?
¿No podrá veinte veces mayor que esa
otra escuadra enviar Cárlos primero,
que libre, audaz, cristiano y caballero,
en todo cuanto baña
el sol de ardiente luz ve de su España

vagar triunfante la temible tropa?
 En Africa, en America, en Europa
 ¿Quién ya de su ambicion se vé seguro?
 ¿Quién de mazizo muro
 y triple arnés el pecho no guarnece?
 ¿Quién aumentar sus fuerzas no apetece,
 y las gentes meter en disciplina,
 y á esa barbarie indómita argelina
 cabos dar de valor y entendimiento,
 qué fama al reino den y lucimiento?

Tu dirás que plático demasiado
 contigo sobre cosas del estado,
 que de ellos deben ser, pero no de ellas;
 mas mira cual te engañas; de las bellas
 mas de una vez refieren las historias
 que las hazañas fueron y victorias
 como hijas naturales,
 habidas en los héroes principales,
 de su dulce mirar apasionados,
y á la concha de Venus amarrados.
 De lo cual buen testigo
 es el rey Don Rodrigo,
 que á su placer folgaba,
 perdiendo el reino con la hermosa Cava.
 Y sino, di, Zulema
 ¿Has visto tu poema
 ó cosa que lo valga,
 en que el diablo no salga,
 y al héroe tiene altivo y valeroso
 y dé toda su vida generoso?
 ¿Y como hacer qué sus diabluras haga

sino entrando en su tienda alguna maga
asi á tu semejanza encantadora?

Y que si él es cristiano ha de ser mora
es tambien cosa fija;

conque asi, vamos hija,

bien puedes animarte,

y aguzar el ingenio, y tomar arte

de ponerme en la mano

como cera suave á un castellano.

Zul.^a Qué dices, mi Señor? ¿Es por ventura
algun galan que lleva en la cintura
largo espadon y pluma en el sombrero?

Alc.^a Cerca le andas, Zulema.

Zul.^a Ay Dios! Qué fiero
será para mirar..! Y que vigotes
retorcidos tendrá!

Alc.^a No te alborotes,
ideando esa horrenda catadura,
que no sinó hermosura
en el mozo hallarás y tan cumplida,
que á jurarte me atrevo por mi vida
que lo mejor le dieras de esos rizados,
con tal que á tus hechizos
el afecto rindiera que le inflama.

Zul.^a Eso mas? ¿Conque es bello y tiene dama,
y la sirve constante
á su regío talante
como aquel fiero Amadis entregado?
Para mi santiguada, que has buscado,
Señor, una escelente y fácil prueba
para una niña en los amores nueva.

Alc.^a ¡Qué modesto es el diablo! Habráse visto?
¡Si tendré que apelar también al Cristo,
como fraile español al predicalla?

Zul.^a No Señor; pero....

Alc.^a Calla;

que todos esos peros
bien pueden ser de madurar ligeros;
porque, Zulema, has de saber que al cabo,
si bien tu Amadis se presenta bravo,
cristiandad rebosando entre hidalguía,
nuevas hoy recibió de una judía.

Zul.^a Ah! Eso ya es otra cosa.

Alc.^a Miren la melindrosa,
sino se rie bien!

Zul.^a Es el deseo
de agradarte Señor.

Alc.^a Mucho; lo creo,
me quieres por demas, ya, ya eres buena,
al fin mora y morena.
Pero no ya te pongas tan ufana,
que su judía no es sino cristiana,
según tengo entendido;
y él es gallardo, noble, y atrevido,
valiente si los hay, buen caballero.

Zul.^a ¿Y entonces qué quereis?

Alc.^a Mira, yo quiero
que esta noche le agradezcas oficiosa
ya ligera en la danza licenciosa,
ya de música el aire regalando
con la sonora voz enamorando;
después en mis corceles corredores,

nueva Diana derramando amores,
en el circo te admire iluminado
y al volver al salon con buen agrado,
una flor pedirás á los Señores,
y escogidas las flores,
que mejor te parezcan para el caso,
con mi licencia le dirás me abraso
por ti en amor, merced al ramillete,
que pondrás de su casco en el almete.

Zul.^a Oh Señor! Y á qué tanto?

Alc.^a En la red de tu encanto
acaso caerá, que por fortuna
aunque sugeto esté á la media luna
Haradin y al Profeta se encomiende,
cuando alguno pretende
en su ejército entrar, solo pregunta
si fuerza tiene, y si á la fuerza junta
el genio de la lid, la estratagema;
conque así, mi Zulema,
la libertad te ofrezco y algun oro,
si al cristiano me das soldado moro,



Y aquí llegando en su razonamiento
llegó el heroe en cuestion al aposento.
Volvió la vista el moro
al ruido que sonoro
formaban al andar las muy lucidas
armas que trae el joven, y bruñidas
los ojos perturbaron de la mora
que anublando su vista encantadora,

y en dulce risa el labio estremeciendo,
 del mozo fué las gracias requiriendo.
 Mas él con su mirada
 melancólica, vívida, rasgada,
 despues de haber al moro saludado,
 disimulando apenas el enfado
 que tanta liviandad torpe le causa,
 miróla con tal pausa
 y tanta seriedad, que la doncella
 bajó los ojos para ser mas bella.
 Y alzándose despues pálida un tanto,
 al sentir el desaire que al encanto
 de su beldad el jóven habia hecho,
 cruzó abiertas las manos sobre el pecho,
 que mas que nunca palpitante estaba,
 y sin alzar la vista ante Alcazaba
 dobló el flexible talle, suspirando,
 y salió mas huyendo que marchando.

Y bien será que advierta á mis lectores
 que si en eso de amores
 tal malicia mostraba la que apenas,
 como quince azucenas,
 otros tantos abriles
 bellos contaba airoso y gentiles;
 no asi cual mis lectoras
 caminan en su edad aquellas moras;
 pues tales son que de diez años tienen
 juguetitos que vienen
 por si solos andando,
 y que al seno despues se van colgando.
 Ademas que Zulema fué comprada

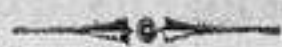
para un objeto tal y así educada,
su natural despejo
mas que tomar consejo
pudiera darlo en caso conveniente:
y prueba convincente
mas que todo era de ello,
aquel candor tan bello,
su humildad, su alegría juguetona,
mientras de una corona
digna allá en su interior se imaginaba,
engañando al político Alcazaba.

El cual á solas ya con el cautivo
así le empezó á hablar caritativo:



CAPITULO V.

Del pésame que el moro dió al cautivo, y de la traza que se diera para sacar partido de las tristezas que en tal punto le acosaban.



Alc.^a ué te acongoja, cristiano?

¿Por qué tan triste suspiras
si ha cuatro meses que miras
en tu Señor á un hermano?

¿Quién esa banda te diera
qué negra cruza tu peto?

¿Por qué guardó tal secreto
con Alcazaba Rivera?

¿Piensas tu qué yo no sé,
que esa banda te ha enviado
por un moro renegado
tu querida Salomé?

Murió tu padre ¿No es cierto?

Solo te queda una hermana,
última rosa galana

de tu familia en el huerto.

Cautivo, sábelo Alá,

como me duelen tus penas;

pero quebrar tus cadenas

doblarlas fuera quizá.

Por eso al necio morillo
que es de Hernan Perez criado
con letra mia he mandado
que le entregases tu anillo.
Por hoy no te digo mas,
pero que yo con tal arte
la vida quise salvarte
otro dia lo sabrás.

Riv.^a Gracias mil os doy por ello,
pues que todo ser podría.

Alc.^a No está muy lejos el dia
en que debes de sabello.
Pero al presente me importa,
porque en mi amistad repares,
hacer menos tus pesares
y hacer tu pena mas corta.
Gozarás en mis jardines
de escogidas diversiones,
y con música y canciones
te aliviarán los festines.
Por eso he querido verte,
por eso mandé á llamarte,
mi deseo es consolarte,
mi avaricia protegerte.
Que tiempo habrá de llegar,
ó mal me andarán las manos,
en que mas que á los cristianos
estimes á un mudejar.

Riv.^a Yo, señor, en la oracion
hallaré siempre consuelo;
porque música del cielo

sus dulces palabras son.

Alc.^a Sabes bien que no te privo
de rezar segun tu ley;
mas sígueme porque el rey
quiere ver á mi cautivo.

Riv.^a Obedecer es mi suerte.

Alc.^a En ese punto me callo;
quizás te cante otro gallo,
si en algo quieres tenerte.



Y alegre salió el moro en tal manera
como triste su Alonso de Rivera,
que juntos al térrado se subieron,
y de uno en otro largo rato fueron,
no sin que muchos moros tropezasen
que al paladin cristiano contemplasen,
asi como las moras
que alegres, bullideras,
abriendo sin temor las celosías,
en árabe les dan los buenos dias.
Hasta que al fin bajando
una rica escalera, van cruzando
galerías, estancias, y antesalas,
yendo á parar por ellas en las salas
de Haradin Barbarroja,
que al verlos de su manto se despoja;
y en su real presencia
de sentarse les diera la licencia.

Quedóse algo cortado
el mozo al ver lo que no habia pensado;

pues él habia creído
que el rey sería moceton fornido,
que luenga y rubia barba peinaria;
porque allá cierto día
oyó en Villamañan que habia debido
Barbarroja la barba á su apellido,
y tal padre tal hijo figuróse,
y por eso al mirarle sorprendióse.
Porque no sinó era
de oscura barba y por demás ligera
el jóven Haradin y tan enjuto,
que si por mano de los Keifs tributo
todo el reino de Argél no le pagára,
al observar su macilenta cara,
dijérase que el hambre le roía,
si bien el ojo sin cesar traía
cual centella en la órbita saltando.
Cual si que alguno el mando
le viniese á quitar con la ecsistencia
temiese en tan continua diligencia.
Que pocos son los reyes,
que por mas guardadores de las leyes
que en Argel gobernasen,
sin el puñal subiesen ni bajasen;
una vez que por estos lindos modos
al trono fueran aspirando todos
cuantos el reyno tuvo adinerados,
y en robar y matar amaestrados.

Mas no tan solo fué la peripecia
el ver de complexion enjuta y recia
al que grueso Rivera imaginára,

sinó tambien en que á la vez pensara
que solo de oro y marmol y de flores,
cual Señor de Señores
magnífico tendría su aposento,
y de algún diamántico hecho el asiento.
Pero ¡Cuán diferente!
Cual de mediana gente
sin bordados mostraba los cojines,
y por espejos armas y clarines,
y arneses, cuyos trozos enlazados
guerreros parecían, que colgados
de la pared estaban muy atentos,
en guisa de tañer los instrumentos.
Sirviendo en derredor de pabellones
de cristianas beligeras naciones
banderas arrancadas
de naves apresadas
por su padre y por él; fieros delfines
lanzados á la mar en bergantines
sin pabellon ni leyes,
de todo el mar, como piratas reyes.



Esas, le dijo el rey, que tanto miras;
porque de rojo y jalde ves á tiras
resaltar las colores, son guerreras
de tu noble nacion limpias banderas,
que al bárbaro rindieron,
los que siempre en tal forma conocieron
la gente de mi antigua Cesaréa;
y aquellas cuyo fondo le recrea

con roja lluvia de menudas lises,
 del reino de los Luises
 los estandartes son que el entusiasta,
 fiero, altivo francés vió de su hasta
 desgarrados venir al reino mio,
 dado al fuego el indómito navío.
 Allí de la Tiara y de las llaves
 las insignias verás que á fuertes naves
 lanzadas del profundo Vaticano
 en giras supo arrebatár mi mano.
 Aquí también de la indolente tropa
 de una punta de Europa
 con su feroz leopardo desprendida
 te es dado ver la astucia sorprendida.
 ¡ Infame, esteril tierra,
 isla de maldicion la Inglaterra,
 que en ruin codicia atesorando plata,
 del mundo entero universal pirata,
 tan generoso título envilece !
 En lo demas te ofrece
 de mi estancia real el aparato
 minuciosos detalles del retrato
 de mi valiente pueblo belicoso,
 pirata si; mas libre, generoso.
 Con su amistad honrado
 se juzga al darle nombre de aliado
 aquel que en Estambul rico ceñía
 su corona imperial el mismo dia,
 que en Aquisgran tu rey fué coronado;
 y del valor prendado
 y militares prendas de mi fama,

el gran Solima á combatir me llama,

Ahora bien; yo sé que eres
enemigo del ocio y los placeres,
y de jenio y de ciencia aprovechado,
cuanto diestro marino y buen soldado;
mira pues cuanta gloria,
envolviendo tu nombre, á la memoria
podrá recomendar tus dignas prendas,
si tomando las riendas
de un árabe corcel, vienes conmigo
á ser un héroe y á la par testigo
de hazañas nunca vistas,
lides, asedios, triunfos y conquistas.

Yo te ofrezco, Rivera,
que del Sultan siguiendo la bandera,
que sombra presta á la mitad del mundo;
con vil despecho del britano inmundo
á la sombra unirás de mis pendones
el flaco Portugal á los leones
flamigeros, nervudos,
emblema de tu patria en sus escudos.

Mas ¿Qué honor te darán, joven cautivo,
tus hechos á favor de aquel altivo
y poderoso Carlos el primero,
si al golpe de su acero
al par que estraños pueblos se estremecen,
las libertades públicas perecen?

Dale suelta, Alcazaba,
que mal parece condicion tan brava
á la servil argolla ya sujeta,
tu verás que al sonar de mi trompeta,

audaz y diligente
de cinco mil guerreros parte al frente,
Hé, dad acá la mano,
que yo nací también medio cristiano,
y muchos ya de los que vieron rotos
sus bageles, soldados y pilotos,
á mis benignas ordenes militan.

Flacos fueron de fé! Viles incitan
al Señor que tronando en la tormenta
quiso probarlos!.. Con audacia exenta
del mundanal orgullo firme esclama
el joven, y la llama
de tanta indignacion salió al semblante
en roja tinta y brillo fulgurante;
y más noble que el rey por ser cristiano
el buen Rivera desvió su mano,
la dilatada frente enalteciendo,
y así con voz entera respondiendo.
¿Qué á mi de tus pendones y bravura,
y poderosas armas y ventura
en las marinas lides,
si en ellas de los Cides
el alto y pio egemplo contrariára?
¿Ni qué de las conquistas me tocára
en el nombre triunfando de un profeta,
cuya falsa doctrina no respeta
mi lengua mas que en el extraño suelo?
Yo quiero caminar mas en el cielo
que no en el sucio polvo las miradas

fijando en luz eterna enamoradas.
 Que no me importa al cabo
 de mis creencias voluntario esclavo
 los tronos sacudir á dó vinieron
 de Dios ungidos los que reyes fueron.
 Ni á fuer de buen soldado
 á mas soy obligado
 que á oír del atambor en la batalla
 el redoblado son, y á la muralla
 lanzarme, si me es licito, el primero,
 fuerte cristiano y justo caballero.
 Y así venciendo y de laurel ceñido,
 ó bien arrastro lleve del vencido
 la ominosa cadena no ganada,
 mas limpio que mi espada
 el tranquilo interior examinando,
 iré las glorias de mi Dios cantando.

Mandar ú obedecer ¿Qué importa? Oh moro!
 si ese mundo en que cifras tu tesoro,
 y esa mentida fama y vana gloria
 no son en la memoria
 de las dichas que Dios nos ha guardado
 mas que un grano de arena despreciado?

Mi Dios, mi rey, mi dama,
 tal es la empresa que en la lid me inflama
 el premio terrenal puesto en olvido,
 que indiferente acepto y nunca pido.

Allá para los hombres,
 cuyos rebeldes nombres
 borró Jesus del libro de la vida
 la fea historia vaya ennegrecida

con crímenes y sangre y triste luto,
que yo en la lid trabada no dispu-
to sino de Dios el galardón divino
con Santiago y la Virgen del Camino.

¿Conqué así me respondes altanero?

Haradin replicó, y el corvo acero
de su tahali pendiente

alzó con la mano harto impaciente.

¿Conqué así has olvidado

que mi regio carácter insultado

te enseñará los dones que te ofrezco

con causa á aborrecer?..

Yo no aborrezco
sino solo al pecado el mozo dijo,

ni menos nunca mis acciones rijo

por ese orgullo que á los hombres pierde,

bien como oculta vívora que muerde

al que olvidando á Dios goza de amores

en muelle lecho de caducas flores.

Mi religión me manda

tender la mano piadosa y blanda

á mi propio enemigo,

y tal doctrina en el ejemplo sigo.

Que diera yo sin vacilar mi vida,

opulento Haradin, si convertida

á la fé de mi Dios tu estéril alma

de Dios subiese á recibir la palma.

Mira pues en cual forma aborrecemos

los que del mundo bienes no queremos,

y á empresa superior nos levantamos,

desde este valle en que muriendo vamos.

Bien está, bien está, buen caballero,
dijo Alcazaba entonces y ligero
hizo de ojo á su rey: bien hizo el noble
de tu padre en plantar el fuerte roble,
que en tu vivienda como tu crecía,
sombra dando á tu hidalga valentia.

Y pues que ya cayendo
las luces van del sol, y descendiendo
la noche de los montes nos convida
á disfrutar del aura bendecida
con tantas oraciones,
que despues de las santas abluciones
repiten los creyentes,
volvamos y á las gentes
de nuestra casa juntos animemos;
y al rey en buena hora le dejemos.



CAPITULO VI.

De los nuevos lazos que armó á su cautivo el opulento Alcazaba.

No hay mas Dios que un Dios decían,
y su profeta es Mahoma
en la casa de Alcazaba
hasta unas veinte personas.

Esclavos son y criados
y arrogantes servidoras
que sostiene regalados
el rico moro á su costa.

El cual entró con Rivera,
y entre muchas ceremonias
de los que *more turquesco*
el cuerpo ante el dueño doblan,
de dos pages precedido

que con muy pintadas ropas
iban abriendo ligeros
mamparas unas tras otras,

llegó á verse muy en claro
á la luz de tres antorchas
que del techo suspendidas
mas que lucen enamoran.

Pues cubierta bajo de ellas
mas de plata que de loza

con sendas jarras de flores
y pibeteros de aromas,
déjase ver; una mesa
brillante, opípara, cómoda,
de mullidos almohadones
guarnecida á la redonda.

Y por ser de media luna
de la tal mesa la forma,
por el hueco la sirvieron
lindas mugeres lujosas.

Por tres veces la cubrieran
de viandas y no pocas
de verdes frutas y pastas
que mas admiran que toman;
sin dejar de vez en cuando
de echar nectar en la copa
del que huérfano y cautivo
acibar no mas devora.

Y despues de haber yantado
por espacio de dos horas
y que otras dos por lo menos
lo que yantaron reposan,

en buena paz departiendo
de política y de historia
y otras ciencias, no tocando
las concernientes al dogma;

levantóse y dijo el moro
con sonrisa afectuosa
á su cautivo, le hiciese
de acompañarle la honra,
y que si era gusto suyo

dejase á fuera la cota,
con lo cual quedó en farseto
su bella estampa española.

Así, si de altos ejemplos
es licito usar en cosas
pequeñas, cuando vencida
fué Grecia en armas por Roma,
de la ciencia de los griegos,
apesar de la victoria,
los ignorantes romanos
el yugo esclavos soportan.

Veinte pasos andarian
por encima de la alfombra
cuando á la voz de Alcazaba
girando una puerta pronta,
dejóse oír de repente
de añafles y de trompas
con la flauta suavizadas
música dulce sonora,

A cuyo son penetraron
en una estancia, dó sola
una lámpara mostraba
una llama luminosa,

que fija siempre admiraba
con tres estendidas hojas,
como tres limpios puñales
hechos de fuego y sin sombra.

Colgada estaba en el medio
del rico artesón que entolda
con arabescos labores
aquella cuadra espaciosa.

Muchos espejos unidos
 las cuatro paredes forman,
 cóncavos, planos, convexos,
 y en sus cristales retozan
 de tal suerte los reflejos,
 que cual encanto trastornan,
 ó bien de llama confusa
 cual circular aureola.

En aquel momento entraban
 muchos Señores, y moras,
 con tabardos y almalafas,
 diamantes, perlas y ajorcas;
 y del moro recibidas,
 sentábanse muy graciosas
 en cojines de escarlata
 con recamos y con borlas.

Sonó la zambra y en ella
 mas de doscientas Señoras
 con los moros se trabaron
 en figuras revoltosas.

Pasmado estaba el cautivo,
 que de pie lucia sus formas,
 con la guerra mejoradas
 si algo la guerra mejora:

porque sus muchas fatigas
 y el hambre mayor que todas,
 suelen poner la cintura
 mas flexible y mas señora.

Y entre tanto que Alcazaba
 saboreando va las notas
 de la música que al jóven

mas que divierte incómoda,
 el echó tras de la oreja
 su cabellera sedosa,
 y el mostacho retorcia,
 la vista negando á todas
 las muchachas que le buscan
 con miradas codiciosas,
 cada vez que con la falda
 pasando en danza le tocan.

Que en la frente algo caida,
 y en la sonrisa que asoma
 débil y vaga á la orilla
 de su entristecida boca,
 deja bien ver que padece
 con las muy tristes memorias
 de su padre, de su hermana,
 y su perdida señora.

Pues á veces pandéretas
 con sönajas se le antojan
 los sonoros instrumentos,
 que su espiritu alborotan,
 y recuerda las vendimiás
 cuya estacion era proxima,
 su pobre hogar y hasta el plazo
 que se acerca sin su novia.

—« Y jamas, piensa, los buenos
 olvidan por mas que gozan
 las campiñas en que vieron
 caer sus primeras hojas;
 ni el rincon dó percibieron
 la primer voz amorosa,

ni el hogar á cuya lumbre
brilló la vista en su aurora.

Y si á mas en la desdicha
las esperanzas se ahogan,
y del libro del recuerdo
las páginas se desdoblan,

¡ Con cual fatiga no vemos
en apretada congoja
veces mil reproducirse
los encantos de una hora !

Ay de mi ! Plegue á la Virgen,
Salomé, que no conozcas,
como es carcel el deleite
para el que huérfano llora.

Mas ¿ Por qué de vez en cuando
asi se desprenden sordas
del toque de mis pesares
vibraciones melancólicas ?

¿ No se yo que es esta vida
pesada capa que estorba,
lazo indigno que sujeta,
cadena vil que aprisiona ?

Y si tales semejanzas
es fuerza que al fin se rompan
¡ Oh capa ! Oh lazo ! Oh cadena !
¡ Vuestros males por qué enojan ?

¿ Tanto mal es el que aguarda
felice fin en la fosa,
una vez que con tal vida
la de los Cielos se compra ?

Oh ! Que caiga hecho pedazos

todo el mundo ¿Qué me importa?
A Dios amo y Dios me mira,
tranquilo estoy en mis obras—”.

Tal vigor, tanto consuelo
así Rivera recobra,
que en un suspiro parece
que todo el pesar arroja.

Agil maneja los brazos,
alza la frente espaciosa,
y disipanse las nubes
de aquellas tristezas hondas,
que cual densos nubarrones
que el horizonte encapotan,
con rugas iban pesadas
la faz turbando enojosas.

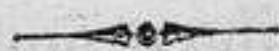
Ya la zambra había cesado,
y servidas las Señoras
refrescaban en salvillas
de oro con piedras preciosas;
cien abanicos de plumas
agitaban bulliciosas,
con los moros murmurando,
sonriendo á la redonda;

Cuando entrar vieron vestida
más que nunca caprichosa
con rojas calzas muy justas
y tunicela de blondas,
todas negras y bordadas
y juntamente pomposas;
agil, revuelta, divina
y alborozada una mora:

En la rica media luna
con que se prende la gorra
lleva el pájaro dormido,
como flor con que se adorna.

Es Zulema, si, Zulema,
dicen ya y los ojos tornan
con placer los argelinos,
con envidia las hermosas.

Mandó Alcazaba sonase
la música y sonó pronta,
al compás de unas boleras,
que se iban bailando solas.



Salió Zulema al oírlas
graciosamente acia el medio,
arreglándose los pitos
de marfil entre los dedos,

Principio dá, con tal gracia
flexible haciendo su cuello,
y la cintura doblando,
y su donaire torciendo,

que al échar los pies al ayre
cual pajarillos ligeros,
y al correr embelesada
todas sus gracias luciendo,

ora los pitos bajando,
ora los brazos abiertos
levantando, y en repiques
los pitos estremeciendo,
que sin querer distraído

quedó el español mancebo,
cual si fuese de una maga
entregado al sortilegio.

Redoblaban los encantos
de aquel baile los espejos,
en cien formas variando
aquel inspirado objeto.

Y para colmo de hechizos,
el pajarillo dispierto,
y á la media luna atado
con un cordon de cabellos,

alzase y con sus alitas
juguelea como diestro
bailarin que va los pasos
de su pareja siguiendo.

Unas veces interrumpe
la música con gorgéos,
otras veces de sus alas
se percibe el movimiento.

Mas Zulema ¡Qué doblarse
hasta tocar en el suelo
con las puntas agitadas
de los lindísimos dedos...!

¡Qué compás y que soltura
en las vueltas por entero,
con los ojos desmayados
y los labios entreabiertos!

Unas veces parecia
que á la música cediendo
no puedo mas murmuraba,
no respiro, aqui me muero;

y otras súbito pasando
de un extremo al otro extremo,
á toda prisa el contorno
de su garganta moviendo,

y á cinco cuartas saltando
del pintado pavimento,
yo soy ave, yo soy maga,
soy una huri esta diciendo.

Pero no paró en la danza
de esta mora el embeleso,
ni los lazos que tendia
con su gracia al prisionero.

Que en seguida todos pasan
á un jardin, cuyos senderos
muchos pintados faroles
alumbran de trecho en trecho.

Y llegando á una glorieta,
que formaba allá en el centro
un vasto circo de arena,
á tañer vuelven de nuevo

trompas, flautas y añafles,
marciales pasos guerreros,
que los moros acompañan
con duros himnos y acentos.

Venga, venga la tropa, cantaban,
Argelinos alarma y serenos,
y á cuchillo pasad nazarenos,

y al indómito Cárlos también;
con Mahoma el alfauge reluzca,
y acercando la astuta galera,
maldecid en la mar al que muera
invocando á su *lela Marién* (1.)

Zafarrancho, ea, ea, valientes,
cada cual que se viste de hierro,
Haradin nos lo dice, es un perro;
un cobarde cristiano y no mas;
Zafarrancho, si alguno se acerca
y á la barca del moro se agarra,
Argelino, con tu cimitarra
su cabeza á cercen cortarás.

A robar, á matar....

Alcazaba

alzó la voz con imperio
y á todos mal de su grado
al punto impuso silencio.

Que en tres briosos corceles
con sillas de terciopelo
sin estribos, y de seda
lazadas, bridas, y flecos,
como imagen de la luna
bajo treinta reberveros
de pie la mora salia
en torno al circo corriendo.

Ya en el uno se asentaba,
ya en el otro como muerto
terciaba por la cintura

(1.) *Lela Marién*—Nuestra Señora la Virgen María.

todo doblado su cuerpo,
con los rizos despeinados
casi tocando en el suelo,
y los brazos uno en otro
enlazados bajo el pecho;

ora ligera en los brutos
otra vez sube y de nuevo
de uno en otro va bailando
los tres á escape corriendo.

Y una ropa y otra muda
cual multiforme protéo,
y salta al fin, y la aplauden
de la música al estruendo.

Aun falta mas, que gozosos
al festin todos volvieron,
y alegremente cenaron
copas y platos rompiendo.

Y al romper de la mañana
con el sonoro instrumento,
una voz enamorada
les dejó á todos suspensos.

Es Zulema la que canta
al son del laud pidiendo
una flor para la esclava
que tiene marchito el seno.

Y unos tras otros los moros
variadas flores le dieron,
que con una cinta atadas
corrió á darlas á su dueño.

Alcazaba dijo entonces,
«Zulema, te lo agradezco;

pero esta noche eres libre,
busca novio y que sea bueno,

Y alegremente la mora
los semblantes recorriendo,
sin dar el ramo á ninguno
rauda parte y vuelve presto.

Gran rumor entre los moros
corrió euando así la vieron,
que entre sus manos traia
el morrion del prisionero.

Llegóse á él con los ojos
todos de lágrimas llenos,
y doblando la rodilla
díjole con triste acento.

—«Español que no he nacido
para ser libre comprendo,
que esclava soy de tus ojos
y tu talante guerrero.

Por Lela Marien te pido
que no me acuites el pecho,
desdeñando el ramillete
que en tu penacho te ofrezco.

Yo ya se que tendrás dama
y hermosa porque eres bello;
mas su amor solo es ceniza
comparado con mi fuego.»

Estaba el jóven cautivo
turbado á la mora oyendo,
y alzaos, no mas decia,
que te alzes por mi te ruego.

Que en mi tierra no se ponen

á los pies de un caballero
las hermosas castellanas,
aunque estén de amor ardiendo,

Antes bien es la medida
la infinidad de su precio;
pues sin pudor la belleza
para pronto en vilipendio.

Yo, Zulema, el ramillete
de cortés no mas acepto;
que en mi religion no es dado
violar un juramento.

Conoció entonces la mora
con su buen entendimiento
que debia ser mentira
lo que ella leyó en los cuentos.

Por ende alzóse corrida,
y alisando sus cabellos,
miró al cautivo temblando,
lanzó un suspiro del seno,

y cruzando en él sus manos
dobló su torneado cuello,
y salió despues llorando
mas que de amor de despecho.



Al dia siguiente Alcazaba
habló y rió con el preso,
y le trató desde entonces
como adelante veremos.



CAPITULO VII.

Donde se cuenta lo que David declaró, hallándose á las puertas de la muerte con otras varias cosas dignas de saberse.



Muchos hay en el mundo que olvidando que á la muerte caminan mientras viven, la rienda á sus pasiones aflojando, del peligro en que van no se aperciben; hasta que al fin el término tocando, en el libro infernal su nombre escriben, y demasiado tarde se arrepienten de aquellas glorias que los vicios mienten.

Feliz aquel, que cuando entró en la vida supo evitar la senda, que seduce de perfumadas flores guarnecida, y el páramo ocultando á que conduce; que allí de sombra eterna y sin salida á pena la ilusion torpe reduce el valle del dolor que se presenta y al engañado espíritu amedrenta.

Feliz aquel que caminó llorando la opuesta ruta de áridos abrojos en su felice término esperando bañar de luz los bienhechores ojos; que al fin de eterna música gozando, al soltar de la carne los despojos,

perdido en gloria enjugará su llanto,
la pena vuelta en perdurable encanto,

Así de dulce paz y risa pura
bañar miró su faz el buen Rivera,
cuando cayó la vieja vestidura
del alma que subió á la azul esfera;
y así de turbacion y niebla escura
teñido en el confín de su carrera
muestra David el lívido semblante,
perdido el corazon en cada instante.

Que el viejo militar cuando sentía
los lazos aflojar de su ecsistencia,
á caballo y con armas se veía
defensor de su patria y la inocencia;
ó bien cual ciudadano recorria
pacífica y tranquila su conciencia,
ó ya cual padre de familias mira
dos virtuosos hijos, y suspira.

Y al avaro su pálido dinero
le muestra en cada efigie un desdichado,
que por amor de Dios pide primero,
de su infeliz familia rodeado;
síguele un jay! sentido, lastimero,
de la entraña de todos arrancado,
y la choza despues mira desierta,
su maldicion saliendo por la puerta.

Ve á la madre llorosa, despeinada,
en los brazos llevar del sol curtidos
dos pedazos del ánima cuitada
por él desnudos y por él perdidos;
y volviendo hacia el suelo su mirada

de la haraposa falda advierte asidos
otros hijos tambien que macilentos
clavan la vista en él rotos y hambrientos.

Alli tal vez de un hombre que medita
á su patria servir en el gobierno,
oye el último ay, cuando maldita
la daga que compró clava el infierno;
la victima radiante resucita,
de asesino le acusa ante el Eterno,
y trémulo, confuso palidece,
y del baratro al borde se estremece.

Es de noche; la estancia reducida
con los libros se encuentra solitaria,
tan solo una mujer descolorida
murmura ante una Virgen su plegaria;
la triste en su piedad el daño olvida
de aquel que deshojó su pasionaria,
cual Jesus en el Golgotha espirando,
se vió el *ignosce illis* pronunciando.

Oíase á la par indiferentes
con músicas pasar cantando amores
galanas rondas de bizarras gentes,
reyueltas en sus capas de colores;
aqui y alli mancebos diligentes
á las cerradas rejas atan flores,
que marchitas verán por la mañana
las dueñas de Leon en su ventana.

Marchitas, si, porque al siguiente dia
sabrán que en Villalar cayó vencido

el pendon que á sus hijos conducia
de Padilla en el brazo sostenido:
Nuño Ramirez de Guzman huia
de las tropas de Carlos perseguido,
y el valeroso Acuña con el clero
tambien sucumbe apellidando fuero.

Noticias son que en casa del de Luna
oyó David no ha mucho alborozado,
que solamente atento á su fortuna
la victoria su empréstito ha doblado;
mas sin arma el Señor suele ninguna
ni piedra castigar al que ha pecado,
dejando producir á su alegría
la inesperada muerte ó la mania.

Así la enfermedad contó azorado
el hidalgo Hernan Perez que venia
de un famoso doctor acompañado,
que de memoria á Hipocrates sabia;
pero mas que David alimentado
con la fé de su Dios, siempre decia,
mirad si orais, que el médico consuela;
pero *venit á Deo omnis medela.* (1)

Abriéronse las puertas de repente,
y entró el Prelado de Leon por ellas;
pálida Salomé volvió la frente
y los ojos bañó en lágrimas bellas:
que David en tal punto cual demente

(1) Ecclesiastic. cap. 38—Honora medicum &c.

suelta dando al dolor en sus querellas,
venid, venid, gritó; yo me condeno,
en llamas siento arder mi impuro seno.

Mandó el Prelado á la infeliz que estaba
con mudo llanto su dolor diciendo,
que cual antes orase, si es que oraba
de David por el alma pidiendo,
y acercado al doliente, no se acaba
la vida, dijo, ¡Oh médico! muriendo;
que de Dios la bondad es infinita,
y pronto el que bien muere resucita.

Su calva frente revelando ciencia,
su rostro sano virtuosa vida,
su acento la verdad de la conciencia,
y magestad la barba encanecida,
con la noble actitud de su presencia
por las moradas ropas extendida
al enfermo devuelven la esperanza,
y oír con ella al Sacerdote alcanza.

Es junto á él imagen del Profeta
que el rayo ardiente del Señor inspira,
es la virtud que la impiedad respeta,
es la verdad matando la mentira;
alma que al cuerpo pecador sujeta,
luciente sol que á las tinieblas mira,
arcangel que á luzbel manda y obliga
del mundo á huir con su infernal cuadriga.

¡Qué benéfico y pio y santo acento
el venerable Sacerdote emplea!
¡Cuán profundo recoge el pensamiento
que en redimir un alma se recrea!

¡Oh religion! Tu delicioso aliento
la vieja faz del moribundo oreo,
bálsamo eres que las penas calmas,
alivio al corazon, vuelo á las almas.

¿Qué son sin ti, solícita pastora,
á quien ciñe la paz el breve talle,
y en torno á cuya frente brilladora
la estrella luce que ilumina el valle,
que son sin ti las yerbas que devora
la res perdida? Cuando el trueno estalle,
y en la rasgada nube brille el rayo,
su gozo que será sinó desmayo?

¡Cuántas veces sin ti toda asustada
del fiero lobo soñará el ahullido,
y la impura conciencia alborotada
la llevará corriendo sin sentido!

¡Cuántas veces verá desconsolada
de su mitad el dulce amor perdidol

Y ¡Cuántas ¡ay! al parecer medrosa
el vasto infierno en la pequeña fosa!

David, perdida res, ya moribundo,
cruzando en tu almohadon las flacas manos;
del fiero Satanás lobo del mundo
los afilados dientes ves cercanos;
el trueno sobre ti va tremebundo
y el miedo eriza tus cabellos canos,
que el rayo agita el fuego entre la nube,
y su espada flamigéa el querube.

Yo, dice al fin ¡Oh padre! un enemigo

vi en cada hermano, y asalté su hacienda;
¡Horrible engaño que al morir maldigo
de mi ciega pasión rota la venda!

Perecer de hambre y sed dejé al mendigo;
y el crimen fué de mi ambición la senda;
talento tuve y lo apliqué á la usura;
mi ciencia es hoy también mi desventura.

La veis? La veis? Oid; virgen cristiana;
orando está por mí, cuando su pena
á mi avarienta inclinación tirana
debió en el mundo su infeliz cadena;

cual flor herida en su primer mañana
la corola inclinó de angustia llena,
que yo arranqué cual vendabal funesto
el casto hechizo de su amor honesto.

Salomé! Salomé? Ven, que te llamo;
el fuego sobre mí cae de Sodoma;

perdoname por Dios que yo te amo,
ven á mis brazos, ven, tierna paloma...

perdoname por estas que derramo
lágrimas de dolor y aliento toma;

que aun vive, si, tu triste caballero;
Rivera vive y al pensarlo muero.

Ay! ¿Por qué, Salomé, cegado al brillo
del oro infame desprecié al mancebo,

que de su religion en el castillo
del mal triunfante ante mi vista llevo?

¿No fué la Virgen quién le dió tu anillo?
¿Pues como fué de mí avaricia cebo?

¿Por qué, de su virtud toda prendada
como él gemiste tu del apartada:

Y de Hernan ¡Que vergüenza! el vil criado
con oro tuyo le encargué que hiciese
de modo que á la mar luego arrojada
el anillo no mas me devolviese:
mas quiso Dios que de humildad dotado
el mozo de valor y ciencia fuese,
y que rico Alcazaba y de él gancso
negase para victima á tu esposo.

Que tu esposo será, si, te lo juro,
amale mas y mas; tanto es debido;
mentí al decirte, respiraba impuro
de Zulema el aliento corrompido;
muy mas estenso que el celeste muro
el fuego de su amor brilla encendido,
y vale su virtud, pálida yedra,
muy mas que el oro y la preciosa piedra.

Renueva sí, tus desmayadas hojas,
anima tu infeliz seco ramaje,
y de salud florida y sin congojas
estiéndete por el, cubre mi ultrage.
¡Cuan dulce siento que mis manos mojas
con llanto de piedad tierno homenage!
¡Mi hermosa niña! Girasol galano!
¿Por qué así miras á tu sol tirano?

—Por qué, Señor? Es cierto que mi vida
Salomé respondió cual nunca hermosa,
la cierva fué que huyó despavorida,
de pena en pena triste y fatigosa;
fragil caña del viento sacudida,
ave sin alas, entre espinas rosa,
huérfana soy ¿Mas qué esperanza tengo?

sin ti, Señor, á mas desdicha vengo.

¿Por qué pedirme pues que te perdone
un mal que al fin sin intencion me has hecho?
la mano del Señor te galardone
la paz que vuelves á mi herido pecho.
De flores dejame que te corone,
que al verte así en tus lágrimas deshecho,
la Virgen del Camino á sus jardines
te llevará al pasar de estos confines.

Yo volveré á los pobres por tu alma
cuanto dejas aquí; yo noche y día
pediré que á la sombra de su palma
te ponga aquella celestial Maria....»
Faltóle aquí del corazon la calma
y al mirar á David en su agonía,
del Prelado en los brazos sostenida
cayó sobre un sillón desfallecida.

Oh!.. vive... vive! en su dolor esclama
con la voz en las fauces suprimida,
y una vez y otra vez ¡Tanto le ama!
la tierna exclamacion es repetida;
viéndola así el Prelado gente llama,
y Candida llegó, que enflaquecida
con el oro del pelo descuidado,
mostraba ya el semblante contristado.

Que habia la infeliz jóven creído,
cuando tornó el anillo de Rivera
que su acendrado honor habia cedido
al fuego encantador de una hechicera!

creyó tambien que el moro enfurecido
de celos le quemó vivo en la hoguera,
que así lo dijo ante ella el vil criado
de aquel rico mancebo enamorado.

Y así continuamente le veía
de su padre y su madre maldecido,
y de continuo siempre le tenía
de horrenda llama en derredor circuido;
sudaba de terror cuando dormía
y al despertar se hallaba sin sentido,
la sangre á los pulmones agolpada
y en torno al corazon como cuajada:



CAPÍTULO VIII.

De las crueles penas que sufrió el cautivo Rivera en poder del
moro Alcazaba.



ero ¡Cuán de otro modo! No en las redes
cayó el cristiano joven de Zulema,
ni engañado de un rey con las mercedes
mereció de su Dios el anatema:
Oro, placer, honores, cuanto puedes
lector, imaginar en mi poema,
de dulce y vano, desdeñó el cautivo,
con la fé de su Dios libre y altivo.

Oraba sin cesar; mas no como antes
del opulento moro consentido,
ni luciendo la cota y los diamantes
que Salomé en su banda habia prendido;
por momentos contaba los instantes,
de tosca jerga el cuerpo mal vestido,
cambiado en calabozo su aposento,
y en un pan de cebada su alimento.

Su laurel de guerrero habia caído
con las doradas hebras del cabello
de la barba se vió desposeido,
y atado al yugo su torneado cuello;
del birrete de esclavo guarnecido,
y en sus espaldas estampado el sello

de la barbara injusta servidumbre,
mostrábase al Señor sin pesadumbre.

Y al mirar en su siervo tal grandeza
Alcazaba en furor se deshacia,
y á golpes que le daba en su fiereza
trastornarle la mente pretendia.
Lloraba en tanto la infeliz belleza
de la mora que en él de amor ardía;
y una vez y otra vez le suplicaba
clavase su puñal en Alcazaba.

Pero él silencioso, resignado,
con la esperanza en Dios fortalecido;
como cedro en el Libano plantado
fué del adverso noto combatido:
cristiano y noble y español soldado
de la suerte al rigor no cae rendido,
que sirviendo á su Dios hasta la muerte,
la palma del Edén será su suerte.

Por eso ya una vez ¡Bárbaro moro!
tendido en un corcél todo desnudo
con correas le ató de piel de toro,
cubriendo el pubis con un grueso ñudo;
vertió Zulema suplicando lloro,
mas nada recabar del dueño pudo,
y segundo Macepa fué corriendo,
en sus bosques al amo divirtiéndolo.

Y de una en otra enmarañada senda
los ojos vueltos al azul divino,
en el agil corcel que iba sin rienda
revolviendo y saltando de continuo, ¡
¡Ay de mi, exclama, y de mi dulce prenda!

Morir tan jóven! ¡Virgen del Camino!
Madre amorosa! Fuente de consuelo!
¿Quién ¡ay! tan mozo mereció tu cielo?

Y ¡Oh prodigio de fé! que entre jarales
y espinos negros y fatal maleza
sienta el corcel los cascos desiguales,
y en los tronchados arboles tropieza;
pero así cual dolido de sus males,
parece que defiende la cabeza
y los miembros del jóven que indefenso
sin llagas al salir queda suspenso.

Iba el bruto seguido del azote
de otro siervo que el moro había montado,
y apenas pasa del escape al trote,
fiero corre al sentirse castigado;
desbócase por fin, bote tras bote,
deja el cuerpo del héroe quebrantado,
y la desnuda espalda le calienta
mas y mas con sudor y al fin revienta.

Y al caer de rodillas sin aliento
de su pulmon la sangre vomitando,
al punto se quedó sin movimiento
del ojo el blanco cerco dilatando:
soltáronle del potro del tormento
al infeliz Rivera, y suspirando
otra vez suplicó la ardiente mora,
que en su virtud y en su belleza adora.



Pobre muger! Artista desdichada!
Ni el laud, ni su voz, ni el artificio

de su ácreo danzar estima en nada,
ni menos al gimnástico ejercicio
sale ya de cien flautas regalada,
sugeta de su amor al maleficio
á la luna mirando se desvela,
y mas el sol despues la desconsuela.

Un tiempo fue que alegre con las artes
en ellas su aficion toda cifraba,
y en el viento formando baluartes
con su perdida libertad soñaba;
con el pájaro verde en todas partes
reir la via el pérfido Alcazaba;
mientras él con solícito cuidado
á brillar la enseñaba redomado.

Cual si fuese su hija en dulce trato
la enseñó el mudejar la castellana
elegante diction y en su recato
la roja tinta respetó galana;
de atavios cercóla y de boato,
con rica mesa y cómoda ventana,
y leyendas le dió de caballeros
con sus heridas damas allaneros.

Mas ¡Ay de aquella que olvidó cautiva,
con orgullo sintiendo el adelanto
de su imaginacion jóven y viva,
que un hombre es dueño de su dulce encanto!
Asi sola se ve la sensitiva,
de angustias libre y de mortal quebranto,
y en una mano puesta de repente
el humano calor sin calma siente.

Pobre muger ! Asi como con risa

despues que despreció tantos amores,
el bello Amadis que le dan divisa,
y su naciente amor le ofrece en flores;
mas del noble Rivera la sonrisa
no aparece del labio en los colores,
y á las calladas lenguas de amorios
los ojos del varon responden frios.

Dardo mortal de inevitable herida,
cuando no hay humildad, es en la hermosa
que una vez y otra vez fue requerida,
la mirada de un hombre desdeñosa:
que el deseo de ver como rendida
la rebelada frente cae llorosa,
primero de su orgullo el fuego atiza,
y el amor luego engendra en su ceniza.

¡Cuantas noches Zulema despojada
del temor natural á las mugeres
visitó la prision sobresaltada,
como ninfa de amor y de placeres!
Y otras tantas tornóse avergonzada
sin fruto al ver disueltos sus deberes
por la vana pasion que la impelia,
y en la cual con furor se maldecia.

A la luz de una lámpara pendiente
del rico techo de su estancia sola,
vueltas daba sin orden, y demente
del cabello arrancando la aureola;
golpéabase la enardecida frente,
y en arábiga lengua y española
maldiciones horribles murmuraba,
y un volcao por los ojos arrojaba.

No corrí mas feroz una leona
por los desiertos páramos de arena
de la tostada Libia, si pregona
con rugidos el hambre que la apena;
ni mas corage, al ver como aprisiona
lazo traidor sus alas, envenena
la calurosa sangre, que engañada
perdió á la codorniz enamorada.

Cansabase por fin y en su flaqueza
nuevas fuerzas amor iba tomando;
sentábase primero, la cabeza
sobre la abierta mano reclinando;
alzábase despues, y con presteza
el cordon de la lámpara soltando,
corria con la luz hasta el espejo,
por hallar esperanza en su reflejo.

¿No es verdad qué soy bella? se decía
¿No late el jenio aqui contra mis sienes?
Ah! ¿Será mas hermosa la judia
en cuyo honor se ofrendan mis desdenes?
No puede ser y hermosa sonreia
y al verse asi se daba parabienes,
y apagando la luz entre su lecho
guardaba en pos el lacerado pecho.

Y asi en la oscuridad, como el pecado
que en tinieblas camina, imaginaba
nuevos planes, su espiritu calmando,
que despues la impaciencia deshechaba;
sentia el corazon todo agitado
con la imagen de aquel que deseaba,
imagen que unas veces vé tranquila,

y ceñuda no peccas la aniquila,

Pero siempre es hermoso! suspirando
la triste mora á su almohadon decia,
y las penas engaña, imaginando
que llega al fin su venturoso dia;
y á la tierna ilusion su mente dando,
irritada su lecho revolvía,
y una hora pasando y otra hora
veía sin dormir pasar la aurora.

Y hasta en el breve sueño, á cuyos brazos
con ansia da la maquina rendida
el tierno corazon hecho pedazos,
la secreta pasion obra escondida;
que ora caer le mira entre sus lazos,
y en grato ensueño su pesar olvida;
ó bien á su aficion vuelta la espalda,
de su rival durmiéndose en la falda.

La sangre entonces toda se acelera,
y á la region del pecho se retira,
de su ardiente cerebro se apodera
y de sudor bañada no respira;
con la trémula mano por defuera
la ropa oprime, y abrasada en ira
con los convulsos dientes mas trabaja
y los ojos y el rostro desencaja.

Y alguna vez de cclera temblando,
de su lecho se lanza estremecida,
y viene á despertar asesinando
á la odiosa rival desprevenida;
entonces ¡ay! de lleno examinando
de su pasion la dilatada herida,

sobre el cansado cuello la cabeza
suspirando vacila de tristeza.

Y sin gusto vistiéndose una toca,
y hasta los pies en la almalafa envuelta,
del impío señor que la sofoca
corre á la estancia y dícele resuelta.
Señor, maldíceme; tu impura boca
pronuncie al punto á los verdugos vuelta
la orden de matar á tu cautiva;
que muerta viviré mejor que viva.

Pero en vez de agraviarse el fiero moro,
riese de tamaño atrevimiento,
y enjuga dice tu abrasado lloro,
que bien conozco yo tu sentimiento.
Difícil hallas de cansar al toro,
y el orgullo trastorna tu talento,
y del amor te quejas sin ventura,
siendo solo un desden á tu hermosura.

Mas ya le amansarás ¡Hola! — ¡Infelice!
Señor ¡Qué vais á hacer? la triste exclama,
y el moro á un negro que penetra dice
esclavo, al punto á mi cautivo llama.
La mora en vano su vivir maldice,
y en vano jura por Alá que le ama,
que juzgando por sí Alcazaba niega
que al mérito jamas el amor llega.

Preséntase el cautivo castellano,
y el negro va con él como si fuese
la sombra que al caer del meridiano

de su estampa gentil el sol hiciese;
saluda humildemente á su tirano,
y á Zulema despues, sin que le pese
al moro de su incauta cortesía,
que es á la mora rayo de alegría.

Ay! Cuan poco duró! ¡Desventurada!
que el fiero *mudejar* á su cautivo
á insultar empezó con la mirada,
por dó asoma el espiritu nocivo:
y así tomando asiento en una almohada,
al parecer le ofrece otra expresivo,
añadiendo quilates al tormento,
en mofa vil satírico el acento.

— Ya, le dijo se yo que sois muy bravo,
y que con esa Virgen del Camino,
que á menudo invocais, mas que de esclavo
de libre el rostro alzais contra el destino:
pero ya de inventar un medio acabo
de saber hasta donde os juzga dino
la Lela Marien de sus favores,
y en el os lucireis con mil amores.

Os vi primero arar bizarramente,
y despues con un toro mano á mano
en singular batalla buenamente
rendirle como cumple á un castellano;
mas que diestro reñisteis cual valiente
á espada y á puñal y todo en vano,
la Virgen del Camino en vuestra suerte
á mi esclavo mejor le dió la muerte.

Labrador y torero y en la esgrima
á mi sabor estais examinado,

y merced á la Virgen que os estima-
departir aun con vos me será dado;
no estrañareis por ende que os oprima,
que estoy de vuestra vida asegurado;
mirad sino cuan sin lesion salisteis,
muerto el bruto en que el bosque recorristeis.

Ahora bien yo me siento así un tantico
inclinado á dejar á mi Mahoma
por una religion que ó no me explico,
ó mucha caridad por ella asoma.

Ea pues, buen cristiano, te suplico
que por bien de la iglesia que está en Roma,
de caridad me muestres una prueba
que deje el alma mia como nueva.

Dia es hoy para ti muy memorable;
dos años hace que á tu ninfa bella
diste tierno el á Dios; porque culpable
no la sacára el diablo de doncella.

Hecho digno de ti! Cosa notable!

Peró el *quid* no está ahí sinó en tu estrella;
porque siendo tan bueno, la maldita
de tu honrada virtud no necesita.

Dijolo de Hernan Perez el criado,
que ya te acordarás; pero no obstante
tu sigues fuertemente enamorado,
mientras ella en los brazos de otro amante.

Es verdad que tu siempre te has llevado
tu fé y honor y leyes por delante,
y ademas á la Virgen del Camino,
que en cuidado me pone de continuo.

Dígoles; porque, amigo, ó soy un zote,

ó es la ganga mayor de cuantas gangas
el hombre puede hallar, y sin escote
ya yo pienso en pegarle algunas mangas.
Conque así, te lo juro, que de trote
cristiano me he de hacer, si te remangas,
y con ese puñal que te concedo
mas en ti la piedad puede que el miedo.

—Qué tal está la mañana?

—Señor, magnífica está.

—Si? Pues abre la ventana,
mi negro, que tengo gana
de que entre en mi casa Alá.

Brillante día! Me alegro;
¡Cual se esparce la mirada
por la bóveda azulada!

Al punto parte, mi negro,
y no me repliques nada.
Cuanto te he dicho dispon,
y tu, Zulema, con él;

que vamos á una funcion,
en que un cautivo doncel
hará trizas á un leon.

—Ah Señor! Piedad!—No llores,
ni á mi te acerques, muger,
ni tu rostro descolores,
vive Alá! que tus amores,
Zulema, te han de perder.
Echa á andar que al bosque vamos
tras de ti el cautivo y yo.

Rivera, solos estamos,
frente á frente platicamos,
responde luego si ó no.
¿Piensas que te ama, Zulema?
—Si—Muy bien ¿Y tu no le amas?
—No—Comprendes mi sistema.
¿Con qué ella en ti se quema
y tu no sientes las llamas?
Muchas virtudes tencis
los que os llamais Nazarenos;
pero allá me lo direis,
que Alá nos hizo de menos;
andando me escuchareis.
Y os hago saber, Rivera,
que es fuerza que asaeteada
la que tanto os ama muera;
lo cual siendo enamorada
no es cosa así como quiera.
Por qué? tal vez pensareis,
no hallando en ella delito,
sin que vos lo preguntéis
os diré que estaba escrito;
el crimen ya lo sabreis.



CAPITULO IX.

Que trata de lo mismo que el anterior.



despues que caminaron
por el bosque largo trecho,
con Zulema se encontraron,
cuyas lágrimas el pecho
del buen Rivera ablandaron.

Porque al tronco de una palma
y con el seno desnudo,
atada la vé y sin calma,
caido el semblante mudo,
llorando penas el alma.

Colgábanle destrenzados
sobre la frente morena,
como sauces desmayados,
de aquella oscura melena
los cabellos rebultados;

Sin sus ajorcas de perlas
atrás estaban atadas,
sin que pudiese moverlas,
sus muñecas delicadas,
que daba lastima verlas.

Y por bajo de las manos
en torno al tronco se vian
que en dos vueltas la ceñian

los cordeles inhumanos,
que al talabarte suplían.

¡Desdichada criatura,
que al amor sacrificaban,
sin piedad de su hermosura,
cuatro flecheros que estaban
frente á la triste figura!

Mulatos eran, salvajes,
con la desdicha altaneros,
que llenándola de ultrages,
la pedían sus dineros,
remedando sus visages.

Risa impia y maldiciones
con nueva risa aprobadas,
y sacrílegas canciones,
al compás de las prisiones
con indolencia entonadas.

Bárbaro, fiero rumor,
que no lejos percibía
con impaciente furor
un animal que rugía
de su jaula en derredor.

Y en otras jaulas vecinas
igualmente incómodadas
panteras hay que manchadas,
melancólicas, dañinas,
vibran sus rojas miradas.

Que no es la primera vez
que á pedazos devoraron
la difunta palidez
de los tristes que allí entraron

en la eterna lobreguez.

En torno al fiero teatro
un barandage se alzaba,
y allí subido Alcazaba,
mandó callar á los cuatro,
cuya barbarie espantaba.

Quedáronse silenciosos,
y poco á poco se via
que mucha gente subia
de los moros mas famosos
que el negro aquel conducia.

Unos con lástima miran
la desdichada belleza,
por cuyas gracias suspiran,
y cubriendo la cabeza
con su albornoz se retiran.

Otros rien y murmuran,
porque estando en el secreto
grande fiesta se aseguran,
y dando tregua al respeto
blasfeman, votan y juran.

Sonó por fin punzadora
una trompeta de plata,
y á las tres veces sonora
en torno al circo que llora
su vibracion se dilata.

Y entre un silencio profundo
que todo el ámbito llena,
pausado, grave, iracundo,
del rico moro resuena
el acento tremebundo:

—Zulema, di ¿No es verdad
que con razón castigaba
tu Señor la vanidad
de este cautivo en que amaba
tu envanecida beldad?

Zulema, responde, di.

—Ay Señor! Triste de mí!

—¿No es verdad que paso á paso
ayer á matarme acaso
entraste en mi estancia? — Si.

—¿Y al quitarte yo el puñal
que hoy al cautivo entregué,
no negaste de tu fé
el misterio celestial?

—Si señor, si renegué.

—¿Con qué quieres ser cristiana?

—Oh! si, si, lo quiero ser,
que es religion mas humana
la de esa Virgen galana,
que en mis sueños pude ver.

—Pues bien, cristiana serás,
pero antes en lid verás
con mi leon al cautivo,
y si logra salir vivo,
bautizada morirás.

¿Lo has oido Castellano?

Al puñal mete la mano,
sal con la fiera á lidiar;
siendo tu tan buen Cristiano

¿Como puedes vacilar?

— No, Zulema, no vacilo,

gritó Rivera en seguida.

— Y ella, no, no por mi vida;

déjame, estate tranquilo;

que ya tu Dios me convida:

— Sin las aguas baptismales

no entrarías en su eden.

— Cautivo mas que yo vales;

fuerzas te dé celestiales

la hermosa Lela Marién.

Mas ¡ ay! déjame morir;

y al infierno descender;

y eternamente gemir;

dijo la pobre muger

á el leon viendo salir. —

Quedábase tras la reja

cosido el negro; y saliendo

iba el leon sacudiendo

la ensortijada guedeja

en torno al circo corriendo:

Insúltanle y un rugido

parando arroja feroz,

y el jóven descolorido

con el puñal escondido

lanza del seno una voz.

Sagrada voz que resuena;

y que fija la atencion

del animal en la arena,

voz que los animos llena

de pavora y confusion



Que á la voz de la *Virgen del Camino*
el Sol de rayos disparó una hoguera,
que así cual de un gran lente á través vino
á parar en los ojos de la fiera:
ciego vuelve el león como sin tino
la espalda al triste que en la lid le espera,
y rugiendo otra vez mas horroroso,
con la cola el hjar bate furioso.

Y de espaldas al sol, mientras callado
el circo está, de su musculatura
la recia fibra estiende agazapado,
descubriendo la horrible dentadura;
y habiendo varias veces bostezado,
convulso sacudió la calentura,
y libre de su mal á paso lento
camina de hambre y de furor esento.

Paso á paso llegó hasta la palmera,
donde la triste mora castigada
con ansia de espirar la muerte espera,
confusa en su interior y avergonzada;
pero mas que su dueño el león era
dotado de piedad, y no hizo nada
mas que oler á la mora, y muy callando
ir del tronco en redor la vuelta dando.

Pero entonces encuentra al que valiente
de salvar á la víctima cuidadoso,
andaba cerca del y de repente
el sañado animal se alza furioso;
griteria levanta la vil gente,
en pie mirando al jóven animoso,
que hacer apuestas en el trance escuchá

sobre quien vencedor saldrá en la lucha.

No llevaba en el cuerpo mas defensa
que una túnica corta y el virrete
que su cabeza cubre donde piensa
el alma que á la Virgen se promete;
de la garra sintió pronto la ofensa
que aguda sobre el hombro se le mete;
pero ardiendo en su fé ¡Jóven divino!
¡Virgen, exclama, Virgen del Camino!

Y lleno de valor y de corage
firmes los pies sepulta entre la arena,
y súbito indignado en tal ultraje
de fuerza el puño en el peligro llena;
y rinde, dice, ríndele homenaje
al Señor que te impuso la cadena,
y de pies á cabeza estremecido
el brazo del leon dejó partido.

Rugiendo el animal quiso hacer uso
del carnívoro diente ensangrentado,
y el público á callar tornó confuso
del brio del doncél amedrentado;
que sereno las fáuces le dispuso,
de modo que se vió el morro cerrado,
y con la izquierda mano así le estrecha,
clavándole el puñal con la derecha.

Cayó el jóven sobre él descolorido,
y su sangre mezcló con la que echaba
el monstruo que de nuevo al ser vencido
ruge al sentir el hierro que le acaba;
entonces el doncel enardecido
el puñal una vez y otra le clava,

diciendo á cada cual que cae la mano,
conoce á tu Señor, soy castellano.

Aplausos mil al punto resonaron,
y á la arena despues saltó un pirata,
cuyos ojos ardientes se clavarón
en aquel que en tal forma al preso trata;
duramente sus quejas resonaron,
y al opulento moro desacata,
y movió Cachidiablo tal tumulto,
que tuvo el moro que guardar el bulto.

Que á lucir por el aire cien puñales
salieron á la voz de muera, muera,
y personas allí muy principales
el partido tomaron de Rivera;
pero el, cuyas prendas celestiales
su cristiano fulgor vierten do quiera,
soltó la voz y levantó la mano
y el perdon consiguió de su tirano.

Y habiendo ya en murmullo decaído
la bélica amenaza y gritería;
Alcazaba salió medio aturrido,
preguntando á Rivera que pedia.
Señor, dijo el doncel, solo te pido
por la sangre que vierto en este día,
que des la vida á tu infelice mora,
cuya vida eternal salvé yo ahora.

Pudo el moro acceder mal de su grado;
pero ¡ay dolor! que apenas desatada,
vino al suelo en sudor frio bañado
el cuerpo de la victima aterrada:
En letárgicos velos sepultado

su cerebro quedó, cuando apenada
en las garras miró del fiero bruto
al caro objeto de su amor sin fruto.

Bajaron todos en tropel á verla
y Alcazaba entretanto se retira,
y en vano algunos quieren socorrerla,
que apenas ¡ay! su corazón respira.
Sin cuidar de su herida, á sostenerla
el joven acudió, y llora y suspira,
el *In nomine Patris* pronunciando,
y el agua en cruz sobre su frente echando.

Y el celestial rocío percibiendo
la pálida beldad tembló un instante
y los hermosos ojos entreabriendo,
de querer sonreír hizo semblante:
poco á poco las manos fué trayendo
al pecho y las cruzó y miró á su amante,
y agitando sin voz el labio bello,
dulcemente espiró doblando el cuello.



CAPITULO X.

Que es el mayor y mas principal de esta leyenda.



Tristemente la noche dormía
en su lecho de languida niebla,
y en los bosques del moro gemía
solitario el doliente chacál;
el silencio en su grata tiniebla
coronado de oliva reinaba,
cada cual en el sueño olvidaba
lo que suele sentir cada cual.

Pero solo, agitado, sombrío,
como el numen del crimen despierto,
á pesar de su libre albedrio,
Alcazaba en su estancia se vé;
las ventanas abrió y al desierto
que formaba la sombra mirando,
melancólicamente pensando
largo rato se estuvo de pie.

Y merced á una lámpara de oro
que la espalda le baña de luz,
arropado se vé que está el moro,
muy revuelto en su blanco capuz.

Agitado y sombrío igualmente,
y de libros en torno cercado,
sobre el seno inclinada su frente
muestra escualido un viejo en Leon:
del sepulcro en el borde ha temblado,
y al temer que llegase su día,
el terror engendró la mania
que trastorna su triste razón.

El sillón de repente abandona,
y cual ciego en su estancia camina,
quiere hablar y su voz aprisiona
el deliquio del alma infeliz.

Ya su sombra espantado examina,
y evitándola sale á la reja,
en la cual suspirando se queja
largo rato el demente David.

Y merced al belón que templado
por su espalda derrama su ardor,
á David se le ve rebozado
en su capa de oscuro color.

Y en Argel y en Leon juntamente
Alcazaba y David á tal hora
levantando la pálida frente
una estrella miraron lucir:
viva lumbre en su centro atesora,
que en dos cintas de rayos desprende;
sobre el moro la una descende,
y al judío la otra va á herir.

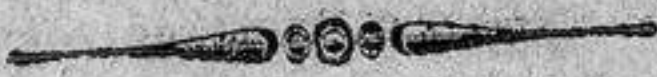
Y aclarándose van poco á poco



A los Señores Suscritores

Á LA LEYENDA TITULADA

¡VIRGEN DEL CAMINO!...



Bien recuerdo que en el prospecto de esta mi 1.^a obra ofrecí no solo dar mi nombre sino tambien mi retrato; pero la reducida lista de suscritores, si bien me permite dar lo que nada cuesta, me imposibilita para entrar en mayores gastos, no menos que de regalar á muchas personas el importe de sus suscripciones: que todos mis amigos saben que mi fortuna va en razon inversa de mi natural desprendimiento.

Ademas que la mayor pérdida sin duda es la mia, que á vueltas de una vida triste, huérfana y atareada, solo de dia en dia reconozco que ninguna proteccion encuentro como literato, poca amistad como hombre, disgustos no pocos y persecucion bastante.

Ahora bien, señores, yo no creo que corran iguales tiempos para la literatura que cuando Miguel de Cervantes, Luis de Camoens, ó Torcuato Taso vivían, y esto me hace temer en mi mala ventura que mis trabajos sean malos y que el público no los quiera.

Solo pues me atrevo á hacer el anuncio de mis obras bajo las condiciones que á su continuacion se espresan.

OBRAS

del autor de la leyenda titulada

¡VIRGEN DEL CAMINO!



DOÑA MARIANA DE PINEDA mártir de la Libertad en Granada por los años de 1831. =
= Drama en cinco actos y en verso. =

LAS DOS ESTRELLAS. = Drama en cinco actos y en verso. =

LUIS DE CAMOENS. = Príncipe de los Poetas Portugeses. = Drama en tres actos.

ESTOY POR LO POSITIVO. = Comedia de costumbres y circunstancias. =

POESÍAS, cuentos, leyendas, romances, odas &c.

CONDICIONES.

Estas obras formarán 4 tomos de á 200 páginas.

Cada tomo costará 10 reales.

Se empezará la publicacion si se reunen trescientas suscripciones.

Los Señores que se suscriban habrán de anticipar el precio de un tomo, pero la empresa no dispondrá de ello, hasta no haber anunciado que se han reunido los suscritores necesarios y que el libro pagado está en prensa.

En el primero de Enero se anunciará por medio del Boletin oficial y de otros periodicos, si fuese necesario, si ha sido ó no favorable el resultado de la suscripcion que anunciamos.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Los mismos que para la *Leyenda de la Virgen del Camino*.

Leon, imprenta de Manuel Gonzalez Redondo.
Calle de la Plegaria, n.º 4. Año de 1846.

de Alcazaba la frente ceñuda,
y la calva del viejo que loco
baña en risa la estúpida faz.

Y uno y otro perdido en la duda,
sin saber cada cual que le pasa,
van sintiendo que el pecho se abrasa
en deseos de amor y de paz.

Mira el moro á su triste Zulema,
en la sombra de luz coronada,
y el judío con lágrimas quema
sus mejillas, mirando al doncél:
y con vista de llanto abrasada,
olvidados del rico tesoro,
largamente el judío y el moro
quedan viendo el fenómeno aquel.

Extasiado percibe Alcazaba
á lo lejos un cántico triste,
que del céfiro en alas llegaba
de las hojas al manso rumor;
y David á la voz no resiste,
que á la reja encantado le tiene,
nuevo son que del ánimo viene
disipando el oscuro temor.

Y es que entonces con fuerte cadena
muy ligado y metido en un arca,
suspiraba como ánima en pena
el cautivo cristiano en Argél;
y en Leon cual si viese á la parca
preparar la insaciable tijera,
Salomé recordando á Rivera,
tristemente lloraba por él.

Y los dos á la par inspirados
dulcemente á la Virgen imploran,
y subiendo sus ayes mezclados
llegan juntos al trono de Dios;
y en la luz de su fé se enamoran,
enlazados con dicha tan bella,
que los dos engendraron la estrella
que era un alma comun á los dos.

Alma pura que en rayos partida
traspasando la escura tiniebla,
á uno y otro tirano convida
de su Dios á gozar en la luz;
de fulgor y de música puebla
todo el ayre, que ansiosos respiran
el judío y el moro, que admiran
á lo lejos brillante una cruz.

anchas bandas de cándido lino
de sus brazos pendientes tremolar,
y entre nubes de fuego divino
muy mas bella relumbra que el sol.
Es bandera de paz que enarbolan
en el centro de mil querubines,
al compás de celestes clarines,
unas manos de puro arrebol.

Y al través del diáfano velo,
como jenio de luz y colores,
el judío y el moro del cielo
ven lanzarse un alado corcél:
Coronada de fulgidas flores,
que torrentes de luces envían,
mas y mas acercarse veían

cabalgando á la Virgen en él.

¡Cuan brillante en la sombra nocturna
el arreo de plata reluce!
de su freno pendiente la luna,
y de estrellas herrado le trae.
Del fulgor que su huella produce
se alimentan los ángeles bellos,
como lluvia de claros destellos
en el valle de lágrimas cae.

Ya cercana la música suena
que precede á la excelsa matrona,
y David que de asombro se llena,
de rodillas al verla cayó:
Todo el eter de inmensa corona
que entretejen espíritus puros,
recogiendo sus velos oscuros
el azul de los cielos ciñó.

Mil jardines de flores pintadas
bellos prados y fuentes sónicas,
muchas aves de lenguas arpadas
y argentíferas rocas se ven:
aquí saltan y allí bullidoras
en cascadas de fino diamante,
ricas gotas de un oro brillante,
cuya mina es la gracia, el edén.

Y en jardines y prados y fuentes
y en cascadas y rocas con aves,
suspendida en sus alas candentes
á Zulema Alcazaha miró;
sus miradas descienden suaves
y la mente penetran del moro,

que arrasados los ojos de lloro,
la ventana con miedo cerró.

¡Cuanto dice perdido de gozo!
y la lámpara trémulo toma,
y ocullando su faz el embozo
del cautivo á la estancia se va:
Teme entrar y á la reja se asoma,
fria puerta del triste aposento,
y sonoro percibe un acento,
que llamando á la Virgen está.

En el fondo del arca resuena
y ¡Oh tu, dice, del mundo Señora!
si es camino del cielo la pena,
yo su caliz amargo apuré.
Virgen Madre! Si acaso en tal hora
tu hijo hermoso á su seno me llama,
sepan ¡ay! que del rey y su dama
hizo digno á Rivera tu fé.

Del dragon infernal acosado
al oirle Alcazaba da vuelta
á la llave que cierra el candado,
y penetra en la negra prision;
¡Oh tu, exclama, que traes revuelta
de mi casa la estúpida gente!
con su daga verás al creyente
dividirte el infiel corazon.

Y diciendo procura afanoso
las tres llaves del arca moviendo,
dar cabida á su brazo alevoso,
cuya mano agitaba el puñal;
pero en vano, que vió maldiciendo

resistirse las tres cerraduras,
y blasfemias repite que impuras
dan aliento á su genio infernal.

Y de rabia y de cólera lleno,
de saliva los labios bañados,
desgarraba las ropas que al seno
muy bordadas están sobre azul:
ambos puños eleva cerrados,
y la daga descende, que rota
el furor y los filos embota
en la tapa del fuerte baul.

De sudor y congoja y angustia
rodeado por fin tomó asiento
sobre el arca, dó sigue mas mustia
del cautivo sonando la voz.

Quiso el moro tomar nuevo aliento,
suspirando con fuerza estremada,
y la lámpara de oro apagada
deja en sombras al hombre feroz.

Pero pronto suspenso, apenado,
sin poder separarse del arca,
nota el moro sobre ella sentado
que la carcel se baña de luz;
y despues cual si entrase un monarca,
una música blanda percibe,
y se palpa dudando si vive,
con los brazos quedándose en cruz.

Entretanto la falda flotante
de la Virgen la casa envolvía,
y en palacio se torna al instante
de bruñido y luciente cristal;

y despues como el agua corria
liquidado el magnifico techo;
y el ajuar y el tesoro deshecho
de humo suben en recta espiral.

Allanado el sobervio edificio,
sin jardines, ventanas, ni puertas,
en revuelto tropel y bullicio
los esclavos empiezan a huir:
solo queda en las cuadras desiertas,
aquel pájaro verde que llora
con su cántico dulce a la mora
que cristiana dejó de existir.

Arca, moro, cautivo y cadena,
por el aire de niebla ceñidos,
van al son de una flauta que llena
de dulzura el etereo confín;
y en la pálida niebla escondidos
muchos vuelan espíritus bellos,
despidiendo sus aureos cabellos
los perfumes del santo jardín.

Va delante cual flecha lanzada,
del brillante cortejo seguida,
con la niebla tambien arropada,
sonriendo la hermosa deidad;
suelta lleva la célica brida
el corcel; cuyo candido aliño
mucho escede a la piel del armiño;
que se inmola a su propia beldad.

Y al cruzar en sus rápidas plumas
sobre el ruido que forman los mares,
en cuajados montones de espumas

como nieve las olas se ven;
en las barcas resuenan cantares
en honor de la Virgen María
que es Camino de amor y alegría,
que de lauros circunda la sien.

Y por mar y por tierra se vían,
que ahuyentadas las bestias feroces,
á la flor de las aguas salian
peces y aves de vario color;

de melódicos ecos y voces
las montañas y selvas pobladas
nuevas formas tomaron variadas,
de sus ninfas luciendo el primor.

De las torres las altas veletas
á la excelsa viagera saludan,
y sus graves sonoras lengüetas
las campanas agitan por sí:
las ciudades los títulos mudan
de sus arcos y plazas y rondas,
los arroyos suspenden sus ondas
guarnecidas de fresco alelí.

Ya el Vernesga y el manso Torío
al compás de la flauta encantados,
por sus olas el humedo y frio
rostro sacan radiando de amor;
sus cabellos de nieve peinados
las montañas en torno presentan,
y por miles los árboles cuentan
que renuevan su grato verdor.

Dilatados y rectos negrillos
de Sablancia en las vegas floridas

en el viento formando castillos
muy vistosos y ufanos se ven;
que unas veces sus hojas mecidas
que á la luz superior resplandecen,
ramilletes de luces parecen
y columnas de fuego tambien.

Otras hay que de pronto se apagan,
y volviendo á lucir de repente
en volátiles ninfas que vagan
se transforman en dulce ilusion.
Pero ya por las puertas de oriente
con sus dedos de nitida rosa,
mas que nunca risueña y graciosa
muestra el alba su claro faldon.

Y al soltar el menudo rocío
que la yerba de otoño esclarece,
por la orilla pasando del río
á su casa la Virgen volvió;
solitario su templo amanece,
y el umbral de sus puertas pasando,
invisible en la niebla y callando
breve espacio la gente quedó.



Porque apenas David de rodillas
al mirar á la Virgen cayera,
ambas manos cruzando amarillas
en el suelo tendido se vió.
Salomé como pálida cera
en imagen de amor trasparente
vino á ver á su viejo demente;

y dormido en tal forma le halló.

Agitóse en extremo y al punto
vuela y llama á su Candida y dice
¡Ay! Tal vez el anciano es difunto,
miedo tengo, mi Candida, ven.
Y volviendo á la estancia infelice,
paso á paso se van acercando
de las manos asidas, temblando,
cual dos palmas del viento al vaiven.

La tristeza del cuarto profunda
hace ser el belon á tal hora,
con la mecha que está moribunda
remedando el humano espirar;
que ora tímida el ámbito dora
y los muebles en torno ilumina,
ora encoge su luz mortecina,
sin poderse á si mismo alumbrar.

Pero al fin Salomé mas valiente
retirando la capa de seda,
la cabeza del viejo caliente
con su trémula mano tocó.
Duerme, dijo, y atónita queda;
porque el viejo en su inquieta manía
sin dormir tristemente vivía
desque al pie del sepulcro tembló.

Un suspiro lanzó á breve rato,
cual si en el arrojase la vida,
dilató su nariz el olfato,
y su lábio empezó á sonreír;
á muy poco despues dolorida
levantando la espalda del suelo,

por la abierta ventana en el cielo
vió asombrado la aurora lucir.

¿Donde estoy? Qué me pasa? Qué miro?
á las jóvenes bellas pregunta,
y callando otro dulce suspiro
nueva fué de su estraña salud.

Salomé! dijo entonces, y junta
con la de ella su mano querida!

¿Es verdad qué aun estoy en la vida?..

¿No has llorado en mi negro ataud?

¿O és tal vez que soltó la cadena
que abrasado arrastré en el abismo
esa voz que de súplicas llena
elevasteis al cielo por mi?

Si, en el cielo dispierto ahora mismo,
y vosotras formando mi gloria,
me trais á la alegre memoria
que en el cielo gozosas os vi.

Y á Rivera tambien que venía
desd: Argel con el moro Alcazaba....

—Ah Señor! vano sueño seria;
no le quiere su dueño soltar.

—Digote que le vi que llegaba,
y que el moro los brazos cruzando,
tristemente sus culpas llorando,
á Jesus empezó á confesar.

—Bien, Señor, Salomé le responde,
el semblante de llanto cubierto,
descansad, descansad; será cierto;
mas alzaos y al lecho venid.

—Salomé, qué me pides? Adonde?

¿A mi lecho qué vaya me ordenas?
 ¿No te dije qué estoy sin cadenas?..
 No estoy loco, replica David.

Y la capa de seda cogiendo,
 fácilmente su cuerpo levanta,
 a las jóvenes bellas diciendo:
 no estoy loco una vez y otra vez;
 vuestra vista, queridas, me encanta;
 una cosa tan solo me altera;
 porque os digo que vino Rivera
 coronado de lauros y prez.

Ya vereis cuan hermoso le hallamos;
 mas seguidme, seguidme primero;
 pero no que en mi cántara estamos;
 si estoy loco será de placer.
 Salomé, tu tendrás mi dinero?..
 ya sé yo que á los pobres has dado;
 mas dinero nos queda sobrado,
 mi tesoro tu gusto ha de ser.

Una bolsa de cuero te pido
 que preñada de doblas un día
 me mandó tu Rivera querido
 ofrendase á la Virgen por él.
 Hoy se cumplen dos años que huía
 de su amor por mi mal despreciado...
 fué sufrido y valiente soldado,
 de ti digno el gallardo doncel.

Asombradas de oírle quedaron,
 y bien pronto la bolsa de cuero
 muy atada en un arca encontraron
 que cautiva se hallaba también.

No cual antes contó su dinero
una vez y otra vez el avaro,
antes bien la tomó sin reparo,
y en su bolso la echó con desden.

En seguida las hizo peinarse
y las ropas de gala ponerse,
y con mantos despues arroparse,
y á su estancia en tal forma venir.
Admiradas quedaron de verse
cuando entraron delante del viejo,
que la barba peinaba al espejo,
cual si fuese de baile á salir.

Nuevas calzas vistió alborozado
y plegados gregüescos encima,
y en la capa de seda embozado
su colete y golilla cubrió.
El sombrero al adorno dió cima,
cuya pluma un diamante sujeta,
y con Candida así y con su nieta
muy honrado de casa salió.

Y de espaldas al sol caminando,
que lanzaba sus rayos primeros,
de San Marcos el puente cruzando
se alejaban con dulce ilusion.
Muchas aves con picos parleros
ensayaban su placida orquesta
en la rica y lujosa floresta,
nuevo muro del viejo Leon.

Muchas veces la vista tornaron
y al traves de la vega frondosa
la escondida ciudad admiraron

y las torres de su catedral:
sus calados ventana preciosa
dan al sol cuando brilla en oriente;
melancólico baña su frente
al hundirse en las olas del mar.

Los pintados cristales penetra,
derramando en el templo alegría,
cuando al son de su órgano impetra
nuevas gracias el hombre de Dios.
Y al bajar el Monarca del día,
como en muestra de su pesadumbre,
baña en torno de pálida lumbre
sus tres naves hundiéndose en pos.

Una legua las dos hermosuras
con el viejo David se alongaron,
y en el centro de inmensas llanuras
solo un templo divisan los tres.
Y los tres los umbrales pasaron,
y una esencia tan pura respiran,
que las bellas al médico miran,
sin que acierte á decirlas lo que es.

En tal punto salió un Sacerdote
de oro y seda y encages vestido,
con perilla y ligero vigote,
que era entonces de noble señal.
Dijo misa y habiéndola oído,
dió David á la Virgen de ofrenda
el bolsillo que fué como prenda
de rescate del buen capitán.

Porqué súbito verde, ligero,
al altar se acercó un pajarillo,

cual si fuese un feliz mensagero
de que en Méjico ha entrado Cortés.

Mas suave que de un caramillo
la armonía en su pico resuena,
y romperse una fuerte cadena
sorprendidos oyeron despues.

Cual relámpago en pos de alegría
una luz como ascuá de oro
anunció que su velo rompía
una niebla cual gasa sutil;

Y asombrados miraron al moro,
que saltando del arca dispierta,
y saliendo del arca ya abierta
del cautivo la estampa gentil.

Del Camino á la Virgen inyocan
todos juntos con voz inefable
y despues se aproximan y tocan
y el milagro conocen al fin.

Alcazaba temblaba culpable,
y asombrado examina á Rivera,
que aparece con su cabellera
que sin duda peinó un serafin.

No es de jerga tampoco su trage
ni el arnés ni el morrion esplendente,
que la Virgen tonólo de gage
á un querube vistiendo con el.
Solo muestra el mancebo valiente
sobre el pecho la banda cruzada,
con el puño cristiano ganada
en la guerra del Gelve cruel.

Cual dos años atrás y en el día

en que al Esia saltó confiado
en la Virgen que alegre veía
desplegarse su casta pasión,
se presenta Rivera turbado
de pudor juntamente y asombro,
con la misma angustia en el hombro,
roja calza y plegado calzon.

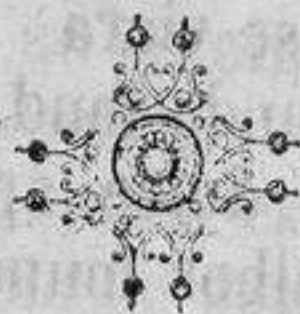
Salomé con la misma dulzura
á sus ojos hermosa aparece,
su hermanita mas bella y mas pura,
flaco y triste y llorando David;
y á la vista de todos se ofrece
una sombra en el aire suspensa
como el humo al principio era densa,
y despues como el aura sutil,

Poco á poco la forma tomaba
de una hermosa y humana figura,
el contorno en seguida mostraba
rodeado con bandas de luz;
y por fin con la misma armadura
que la Virgen tomó de Rivera
sonreir á su padre se viera
á los ecos de un blando laud.

Que deshecha su dulce apariencia
todo el templo de albor inundado,
despidiendo perfumes y esencia
por el aire Zulema cruzó.
Rosas iba en su vuelo sembrando,
los cabellos de palma ceñidos,
entre velos de gloria perdidos
que su Lela Marien la prendió.

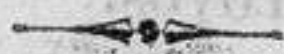
Muchas cosas despues y de prisa
mutuamente asombrados dijeron,
mucha dulce y honesta sonrisa
el semblante de todos bañó:
pero ¡ay! que del templo salieron
rodeados de inmenso gentio,
y callado Alcazaba y sombrío
una vez y otra vez suspiró.

Nunca el moro ganoso de honores
y de gloria mundana sediento
presa fué de los dulces amores....
¡Triste cosa vivir y no amar!
Pero acaso el amor es atento
cazador que á las almas acecha
y ¿Qué tarda en soltar una flecha?
Lo que tarda una hermosa en mirar.



CAPITULO XI.

De las nuevas pesadumbres que sobrevinieron cuando menos era de esperarlo.



s Leon como una reina

que caída de su trono,

de ninguno defendida

y abandonada de todos,

deja ver entre las tintas

desmayadas de su rostro

de su antiguo poderío

tal cual rasgo esplendoroso.

Tal cual joya desprendida

de su real corona de oro,

pedazos del rico manto

que hoy se esconde viejo y roto,

Que por eso de sus calles

el esqueleto asqueroso

al mundo encubre con faldas

de verdes campos lujosos;

como vieja que prendada

de algun arrogante mozo

suple faltas de belleza

con el gusto y el adorno.

Ciudad enana que extiende

como tontillo vistoso

su rivera salpicada
de negrillos y de chopos;
con sus puentes y dos rios
que bajo de ellos sonoros
en verano apenas pueden
hacer alarde de arroyos.

Largas lomas por cenefas,
cascadas, prados y sotos,
luengo trecho del que viene
á encantar salen los ojos.

Pero luego que se acerca
y el muro pasa ruinoso,
por el tiempo convertido
en un cinturon de corcho,

Ay! ¿Qué topa el viagero
que dé pábulo al asombro,
sino un triste desengaño
que á reir le escita solo?

La casa de los Guzmanes
en lamentable abandono,
que al noble Duque de Frias
y al gobierno pide apoyo;
del ilustre Ayuntamiento
el recinto magestuoso,
que en sus viejas ordenanzas
cifrados vé sus tesoros;

La Catedral, San Isidro,
San Marcos, el Consistorio;
mas todo cual tulipanes
entre veredas de abrojos.

Lozanas flores que declinan

el seco fallo en su agosto,
altos robles seculares,
que huecos muestran sus troncos.

Edificios gigantescos
que acaso convierta pronto
el martillo de los tiempos
en magníficos escombros.

¡Oh dolor! Pobre Señora
¡Cual me duelen tus destrozos!
Como siento de tus joyas
admirar el deterioro!

Morirás, noble matrona,
morirás que poco á poco
por esas calles mezquinas
sembrando vas tus despojos.

Con ingrata indiferencia
mirante tus hijos doctos,
y tus ricos hacen gala
de abyectos y perezosos.

Ni papel en que tracemos
lo desgraciados que somos,
ni fábricas hay que tejan
tus hilos maravillosos.

Los que vienen gobernando
van diciendo unos tras otros
que sin caminos te alejas
de los pueblos poderosos.

Y yo digo que te arrastran
de la miseria en el lodo
los que mas que de provecho
á servir vienen de estorbo.

Dejad, dejad, que seamos
miserable patrimonio
de las intrigas que al jenio
atarán codo con codo,

que nunca el talento brille
nuevo sol para nosotros,
que el que no tiene dinero,
Leoneses, es un tonto.

Haced, haced diputados,
que se den buen acomodo,
y gritad ¡Viva la Patria!
que yo me voy con mi moro.

El cual con David vivia
mas contristado que cómodo
en una casa que triste
daba frente al Consistorio;

porque ve sus torrecillas,
que al salir el sol del golfo,
de alegre lumbré se doran,
reflejos lanzando rojos.

Pero ella un balconcillo
tiene atras, que en cierto modo
mas que balcon en su altura
de la casa es telescopio;

con el cual de cerca y lejos
hasta pasado el otoño
de la ciudad examina
los orientales contornos.

Mas si en tal balcon alguno

aparece como astrólogo,
que á la morisca vestido
á percibir sale ansioso

las músicas naturales
de los pájaros canoros,
que muchos por la mañana
saludan al sol melódicos,

presto vuelve cabizbajo
y su cuarto mira en torno,
de las heridas entrañas
lanzando suspiros hondos.

Y unas veces solitario
se pasea como loco,
y hasta en sus holgadas ropas
parece que se halla incómodo.

Otras lánguido, abatido,
su semblante pesaroso
hasta el vigote sepulta
en los pliegues del embozo;

y en una palabra triste
siente mucho y habla poco,
pero nadie ha comprendido
el porque, cuando, ni como.



¿Será que pobre recuerda
sus jardines deliciosos,
como lánguida palmera
trasplantada y sin esposo?

¿Arde acaso en sed funesta
de sangre, deleite y ocio?

Echa de menos las zambraſ
y festines bulliciosos?

Pero no porque recibe
á los clérigos devoto;
aunque no se ha bautizado
las manos cruza á propósito;
abjura de sus errores
en el póbŕe vé á su prójimo;
adelanta en el estudio
de los dógmas religiosos;
aborrece la memoria
de los días en que el odio
las virtudes perseguia
con su énvenenado soplo.

Y una choza y un cayado
atributos mas honrosos
le parecen que en la argelia
alcazár corona y solio.

No háy virtud que no practique
ni dia que con su lloro
de sus mejillas no riegue
el descarnado contorno.

¿Pues como salir no quiere
de su estado melancólico,
ſi Dávid con mil obsequios
le brinda picando en pródigo?

¿Y por qué no se bautiza
ſi el cautivo generoso
le perdona y le suplica
que hermano suyo sea pronto?

Esas y otras reflexiones
le hizo un día el buen Alonso
y como él no contestase
sinó con tristes sollozos,

empezó á temer el jóven
que la flaqueza del moro
hija fuese del encanto
de algun amor misterioso.

Y poniéndose de acuerdo
con David, que era hombre propio
para ver de las pasiones
los secretos mas reconditos,

un día y otro le observan,
pero pasa un día y otro,
sin conocer el objeto
que le priva del reposo

Que á Salomé como á Candida
igualmente trata el moro
sus miradas repartiendo
reservado y receloso.

Si sus virtudes ensalza
iguales son los elogios,
de sus hermosuras habla
con mesurado decoro.

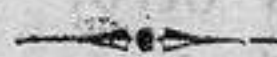
Cuando le hablan de las rubias
dice que son candorosos
sus semblantes y que pueden
al mismo sol dár ántojos;

pero luego á las morenas
por su caracter fogoso
y su constancia y donaire

da la palma y vuelve el folio;
y observando á quien le observa
en estos mismos coloquiós,
no halla traza de que nunca
recobrar pueda su gozo.

Que el amante y el hermano
igualmente de su enojo
deja ver ciertas señales,
cuando se encoje de hombros.

Mas lo cierto es que Rivera
de salvarle cuidadoso
en una tarde de Enero
entró en la estancia del moro.



—Dios os guarde—Si, Rivera,
Dios me guarda y no me escondó;
que mas perderme quisiera
que vivir tan angustioso;

—De vuestro mal todavia
el triste principio ignoro,
pero el agua de la gracia...

—No me curará tampoco.

—Mirad que Jesus...—Comprendo,
su inmenso poder conozco;
pero el dijo caro infirma
spiritus enim promptus.

—¿Y así por miedo á la carne
os entregais al demonio?

¿No pensais que en este mundo
cuanto apreciamos es polvo?

—Si, Rivera, bien lo pienso, se que á las fauces del lobo, como una oveja espantada de si misma, triste corre; pero no puedo vencerme; y voy á ser mal católico; porque hay casos en que inútil es el valor filosófico.

—Luego amais.—Por mi desdicha no amé jamás.—De ese modo, no adivino...—Pues es facil que sin quedar tan absorto adivineis que yo en eso os quise decir que adoro.

—Ah! Es un idolo de barro?

—¿Y qué importa si es hermoso?

Rivera en este momento confuso, pálido, atónito, perdió la color primero del propio mal temeroso.

Mas luego con un suspiro dió á su pesar desahogo, y en la victima que acechaba satán enclavó los ojos.

Que si en su pecho sonaba del amor el eco sordo, á su mente se agolpaban pensamientos religiosos.

Arranquele de las garras

de luzbel, se dijo el mozo,
y aunque me muera de amores
si Dios no me da socorro.

Y con una voz doliente
como el canto mortuario,
á la Virgen del Camino
luz pidió, consejo y voto.

A su enemigo en seguida
la mano alargó humildoso,
y entre lágrimas hablaron
asi el uno con el otro.

—¿Luego no sereis cristiano
sin que el objeto amoroso
que vuestra razon perturba
se os ofrezca en matrimonio?

—No, Rivera, no.-- ¡Dios mio!

¿Y quién és?—Tanto os importo?

—Decid quien es.—Imposible.

—Por la Virgen os lo imploro;
por la Virgen del Camino..!

—Pobre Rivera! Estais loco.

Y aquí de nuevo á mirarse
empezaron silenciosos,
y apretándose la mano
sin querer el uno y otro,
retemblaban, como suelen
entrelazados dos olmos

en un valle cuando empieza
á estallar un terremoto.

Sus claros ojos dilata
el cristiano y angustioso
el círculo de los suyos
deja ver trémulo el mozo.

Y ambos á dos suponiendo
que se comprenden penosos,
sin comprenderse luchaban
con sus interiores monstruos.

Que tales son las pasiones,
cuando al fuego generoso
del deber lanzan ardiendo
sus quejidos dolorosos.

¡Feliz aquel que la rienda
sujeta firme á su potro!
¡Ay del triste que hō puede
vadear las olas del ponto!

Quien mas religion tuviere
ese saldrá victorioso;
quien menos de ella se ampare
ese ha de ser el mas flojo

Vedlo sinó, ya la mano
del cautivo piadoso
vencido suelta Alcāzabā,
y llorando guarda el rostro;

mientras pálido Riverā
con un acento brioso
dice alzándose, seguidme
no tēmais, seguidme pronto.

Y siguiéndole Alcazaba,

al descorrer los cerrojos
de algunas puertas cerradas
recordó sus calabozos.

Y mas y mas renegando
de los dias en que el odio
á Rivera perseguia
con su envenenado soplo;
sin hablar una palabra
confuso, triste, medroso,
en una estancia penetra,
cuyas puertas abrió el moro.

Doraba el sol que estaba en occidente
con un rayo de luz la habitacion,
quebrado ya su fuego dulcemente
en los pintados vidrios del balcon.

Cerca del cual á la sazon se via
á Candida modesta en su ademan,
que un fino lienzo con primor cosia,
cual siempre agena de amoroso afan.

Y frente de ella en un sillón sentada,
tranquila sonriendo Salomé,
la poesia entonces celebrada
del buen Berceo complacida lee.

» Amaba mas la tierra que non al Criador,
Era de muchas guisas home revolvedor. »

Tales eran los versos que leía,
dando á su bella Candida placer,
que mucho con las trovas se reía,
sin que dejase nunca de coser.

Y cuando así contentas celebraban
de los versos la dulce propiedad,
y felices las dos se contemplaban,
sin hacer de sus dichas vanidad;
sorprendidas á un tiempo la cabeza
revolvieron á par ambas á dos,
al sentir que se abrían con presteza
las puertas y al oír guardeos Dios.

Y contestando apenas recobradas
una y otra pasaron al sofá,
y al uno y otro extremo colocadas
al moro atienden y al cristiano ya.

Riv.^a Sin duda estrañareis esta visita.

Sal. No por cierto, Rivera ¿Pues por qué?

Cand.^a Este mi hermano siempre necesita
de permisos y anuncios; ya se ve,
acostumbrado á andar entre señores
en las malditas tierras que corrió....
Oh! Que de sobresaltos y temores
el ingrato en su ausencia nos costó!

Riv.^a Ingrato dices?

Cand.^a Mucho y si lo eres,

que en tu posada mucho tiempo estás,
mucho mas te queremos que nos quieres...

Lo ves? Te ries y á burlarte vas.

Riv.^a Que niña eres, Candida!

Cand.^a Si, mucho.

Riv.^a Cuanto envidio tu suerte!

Canu Es de envidiar?

Riv.^a Me deleita tu voz cuando te escucho,
y al mismo tiempo crece mi pesar.

Alc.^a Sin duda debe ser porque te place
su dicha en esa voz reconocer,
y que luego comparas y deshace
alguna pena tu interior placer.

Riv.^a Bien mi dolor comprendes, triste moro,

Alc.^a Es la tristeza á otra tristeza iman:
mas ¡ay de mí! las lágrimas que lloro
¿De quién el tierno llanto atraerán?
¿Qué mirada infeliz en la mirada
que triste arrojo encontrará placer?

¡Ay patria de mi amor, bella Granada,
triste madre que muerta vi al nacer!

¿Por qué de ricos padres engendrado
sali del mundo á la engañosa luz,
cuando en pobres pañales arropado
quizás viviera en brazos de la cruz?

¡Oh! nunca entonces conocido hubiera
el africano clima abrasador,
ni así cual viuda y sola una palmera
secarse el jugo y perecer de amor.

Riv.^a Salomé ¿Lo escuchais?

Sal. Como! A quién ama?

Riv.^a Alcazaba, os pregunta á quien amais.

Alc.^a Indignos son del nombre de mi dama
estos impuros labios que mirais.

Sal. Yo conozco una fuente cristalina.,.

Alc.^a No prosigais, conozcولا tambien,

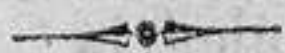
su linfa pura el ánima ilumina,
y en torno ciñe de esplendor la sien.
Pero flaco de fé mi torpe planta
lejos la orilla encuentra del Jordan,
hay en la vida una ilusion que encanta,
sin ella es todo maldicion y afán.
Dadme despues que limpios del pecado
mis lábios puedan pronunciar mi amor,
que en su falda de mirtos coronado
los perfumes respire de esa flor;
Oh! dadme, si, tan deliciosa vida
y en ella contra Dios no pecaré,
y de luces la frente guarnecida
á la santa Sion me elevaré.

Riv.^a ¡Ay de ti! Salomé; cuan triste miro
segunda vez disuelto ese color,
cual hoja leve que secó un suspiro
en la orilla del rio de mi amor!

Sal. Ay de ti! y Ay de mi! ¿Qué es lo que anuncias
á la pobre muger que adoró en ti?

Cand.^a Esa misma sentencia que pronuncias
quizá del mundo me separe á mi.

Riv.^a Cristiano antes nací que caballero,
mas que su hechura importa el hacedor,
salvar un alma con mis ansias quiero,
y así tranquilo perecer de amor.



Fijó al descuido con cuidado el moro
los ojos en la pálida beldad,
que no pudiendo reprimir su lloro,

soltó la vena y demandó piedad.

Perplejo vió el galán á su señora,
y á punto estuvo al verla de ceder,
y el moro al verla enterrecido llora,
que es otra llama la que siente arder.

Mas á la intriga el mísero avezado
rapidamente en lotananza vió,
que habiéndose Rivera equivocado
mejor tal vez su dicha consiguió.

Y arreglando su plan rapidamente
dejó corriese de tal forma el plan,
y á Candida miró que frente á frente
miraba en el á un infeliz galán.

Asi en horribles luchas se pasaron
muchos dias de amargo desplacer,
las pasiones el campo disputaron,
pero al fin la razon vino á vencer.

David tornóse á ver desazonado,
Salomé sin consuelo á suspirar,
y el moro sin querer enamorado
sin su palabra en el edén entrar.

Rivera en su posada solitario
volvió á pasar las noches sin dormir
al embate del viento que contrario
tornó su amante palma á combatir.

Y asi pasando un dia y otro dia,
alegre para el moro uno lució,
y radiante de gozo y alegria
que viniese á Rivera suplicó.

Llegó á la casa de David temblando
el joven de su Dios victima fiel,

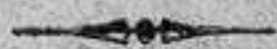
y á su infeliz señora vió llorando,
y cayó de rodillas el doncel.

Mas ¡rara cosa! el moro muy contento
á Candida pidió y á Salomé
practicar con Rivera el sacramento
que al hombre absuelve de su Dios al pié.

No dijo mas, partió, y triste, llorosa
Candida con la vista le siguió,
y á Salomé mirando pesarosa,
por el cuitado moro suspiró.

Que nunca la infeliz oyó en su vida
otro de amor sentido lamentar,
que aquella voz del moro enternecida
que en su espíritu vino á resonar.

Y de su padecer compadecida,
cual nunca extraño siente su dolor,
y así del rayo del amor herida
ahogar pretende su ignorado amor.



Virgen! Madre de Dios! Haz que cristiano
torne Alcazaba ardiendo en caridad;
salva el amor de mi querido hermano,
y de esa jóven la infeliz beldad.

Yo, Virgen del Camino, ante tus ojos
bien se que nada en este mundo soy,
con mis madejas de cabellos rojos
huérfana y sola y sin amparo voy.

Mas ¿Qué son para ti, reina del cielo,
los palacios del valle en que gemí,
sinó yerba que fria mancha el suelo,

polvo que el viento arremolina allí?

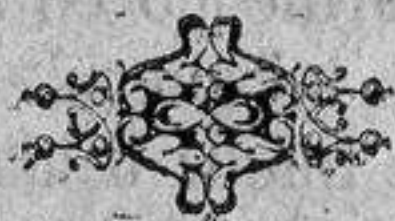
¿La esperanza de amor y de placeres,
el oro y la beldad no es ilusion?

¿Y qué dura el cantar de las mugeres
si cisnes siempre moribundos son?

Oh! nada hay mas que la virtud de cierto,
bella flor que con lágrimas cuidé,
fuente sonora en árido desierto,
palmera á cuya sombra reposé.

Pues bien si nada mas que mi hermosura
y mi virtud ¡Oh Virgen! te debí,
de su casto matiz la esencia pura
ofrenda de mi amor sea para tí.

Gallarda rosa en el jardin plantada
de tu templo inmortal siempre seré,
y entre los puros velos arropada,
por mis hermanos al sepulcro iré.



CAPITULO XII.

Donde muy variadamente concluirá esta leyenda.



ra del crudo invierno una mañana,
pero brillante el sol aparecía,
cual corona magnífica y galana
que todo el orbe de esplendor ceñía;
cada cual su balcón, reja ó ventana
presuroso y de par en par abría,
que á sonar las campanas empezando,
unas con otras iban platicando.

Y á las rejas ventanas y balcones
que las angostas calles guarnecian,
muchas damas y dueñas con mantones
cubiertas mal su grado aparecian;
que detras con mostachos borgoñones
las peinadas cabezas descubrian
muy apuestos y honrados caballeros,
con presillas de plata en los sombreros.

Y las plumas que en ellas sugetaban
al hablar mutuamente se movian,
que el rumor de las calles aumentaban
con las alegres cosas que decian;
las niñas á placer se solazaban,
las madres como á medias se reian,
cruzandose los chistes y las sales,

besamanos, saludos y señales.

En la calle va el público animado;
que allí se ven reir muchas mozuelas
en torno á un viejecito colorado,
que dice sin pudor picardihüelas;
aquí narra sus hechos un soldado
que acaso es un bribon de siete suelas,
y acá y allá tambien se manifiesta
la moza que el galan dulce reqüesta.

Que era entonces Leon mas que no ahora
rica de gente y pobre en capitales,
pues llevó tras de si la gente mora
lo mejor de la españa en sus caudales;
pero siempre real vió esta señora
libres ser á sus hijos naturales,
que los pobres caminan por su acera,
y el rico á su pesar échase fuera.

Aun suele suceder hoy en el dia
que un haldudo patan á los señores
bajo el roto sombrero en cortesía
de su puesto le niegue los honores,
y abate de sus galas no se ria,
echándole á perder con cuatro flores,
sin que valga apelar á las miradas
con quien solo se entiende á bofetadas.

Yo no se si me rio ú si me quejo,
solo si que en las fiestas meditando
que tan público mal es muy añejo,
su maligna intencion voy evitando;
que yo tambien, lector, en el espejo
suelo estar mi persona sublimando,

por salir á la calle tal cual día
desde pies á cabeza hecho un usía.

Sin embargo no soy sinó poeta,
y al buscar á este nombre consonante,
nunca puedo pasar de una peseta,
aunque rocas fabrico de diamante;
por eso á dicha tengo y muy completa
hijo ser de este siglo rutilante,
en el cual sin dinero puede un hombre
en letras y armas ilustrar su nombre.

Es verdad que despues de coronado
de rosas ó laurel puede cualquiera
sin ser mas que poeta ó buen soldado
un hospital hallar en donde quiera;
pero libre dará por de contado
que es cierta precision que el hombre muera
y al morir gritará entusiasta y loco
que iguales vamos siendo poco á poco.

No dicen que era así, cuando furioso
andaba el pobre pueblo levantado
maldiciendo del rey al victorioso
pendon en Villalar enarbolado;
antes bien de Padilla el valeroso
la venerable sombra se habia alzado,
y de noche entre el vulgo se creia
que al frente de sus victimas venia.

Su heróica muger de cuya mano
la espada recibió el buen caballero,
viuda ya del valiente castellano
suplió al difunto corazon guerrero;
mostrábase entre el pueblo toledano

el favor implorando de su acero,
y en los brazos llevaba envuelto en luto
del héroe noble al inocente fruto.

Pero siempre en el mundo, como vemos,
fue costumbre llevar como llevamos
las interiores penas que tenemos
al sitio en que mas gente divisamos;
porque allí sin saber como lo hacemos
el peso unos en otros descargamos,
al reirnos los unos de los otros,
mientras ellos se burlan de nosotros.

Por eso pues la gente leonesa
aunque vencida esté apesadumbrada
de hablar y de reir junta no cesa
en las estrechas calles apiñada;
olvida cada cual cuanto le pesa,
y corre al fin la voz sin verse nada
de que ya viene el moro granadino
que trajo acá la Virgen del Camino.

Cuéntase por mil partes el deseo
que de ser buen cristiano su alma llena;
háblase a voz en grito de himeneo,
y no se que del arca y la cadena;
las campanas anuncian su bateo
y está la catedral de enhorabuena,
abriéndose las puertas del trascoro,
que ver deja el altar cual ascua de oro!

Y entre el bullicio que armaban
de las campanas al son,

en esta forma llegaban
los que en dos filas entraban
en solemne procesion.

Muchos cofrades primero,
que en una mano el sombrero
y en otra llevan las luces,
y entre los cintos de cuero
sendos rosarios con cruces.

Visten holgados calzones,
jubas, calzas y capetas,
y entre aquellos dos renglones
van haciendo admiraciones
bien bordadas pendonetas.

Cada cual muestra pintado
su patronato en el fondo
y en la primera bordado
luce un escudo redondo
con la Virgen del Mercado.

Del Nazareno en seguida
tremóla izado el pendon,
y en campo azul florecida
sigue la imagen querida
de la pura Concepcion.

Y tras de esas y otras varias
cofradíás que devotas
van al son de las plegarias
de sus muchas luminarias
la cera cayendo á gotas;

venir se ven los maceros
precedidos de atabales,
que ademas de los sombreros,

armados cual caballeros
sobrevestas visten reales;

Y sobre el peto vestido
de terciopelo escarlata
con galones guarnecido,
un medallón esculpido
con cadenillas de plata.

De punta en blanco tras ellos
caminan ricos señores,
bien peinados los cabellos,
blancos guantes y en los cuellos
golillas de regidores.

Los curas párrocos lucen
sus mostachos con perillas,
limpios hábitos conducen,
y en su calzado relucen
de plata finas evillas.

Y en el centro de estos curas,
que van cantando oraciones,
dos arrogantes varones
ven las nobles fermosuras
que coronan los balcones.

Es uno el conde de Luna,
a cuya espalda los pages
van luciendo su fortuna
con bordados y plumages,
pero sin barba ninguna.

Rapaces son muy garridos,
que gentilmente marchando,
como van también vestidos,
con los ojos atrevidos

van á las bellas mirando.

Pero no miran las bellas
á los finos amadores
que se desojan por ellas;
livianos son los amores,
distruidas las doncellas.

Y cualquiera novedad
suele ser como juguete
que en la mas fina beldad
una pasión compromete
en sueños de vanidad.

Por eso ninguna hermosa
de su galan hace caso,
que cada cual vanidosa
con la vista deseosa
la del moro busque acaso.

Dicen que es bella figura,
y en el marchar arrogante,
y hasta es gracia en su hermosura
la enamorada dulzura
de su pálido semblante.

Con gracia lleva caídas
las becas del albornoz,
y las ropas guarnecidas
con muchas perlas crecidas
de extraordinario valor.

El gusto aprueba del moro
cada cual que le examina;
porque á mas de aquel tesoro
se ve su ropa muy fina
sobre azul bordada de oro.

Mas él tranquilo; callado;
siguiendo va su camino
con el conde su padrino,
que en su honor ha preparado
públicas fuentes de vino.

Y á su costa va la gente
de tan larga procesion,
mostrándose indiferente
con los frailes solamente;
que eran muchos en Leon.

Porque siendo realista;
cuando al rey votó dineros;
dícese que en larga lista
muchos frailes la revista
pasaron de comuneros.

Y no lo tomen á mal
que si alguno me provoca;
le diré que original
es quien habla por mi boca
Fray Prudencio Sandoval.

Entretanto de novia aderezada
la siempre triste Salomé suspira,
cual de luto, su casa está cerrada,
ninguno en ella con placer respira:
en el respaldo Candida apoyada
de su sillón dulcísima la mira,
y David y Rivera tristemente
los ojos ponen en la dulce frente.

Dav. Triste fue tu nacer, triste tu vida;
ni de una madre el delicioso alhago
ni el amor, Salomé, te dió consuelo:
bella flor entre espinos oprimida
suspiro fiel en el desierto vago,
estrella fuistes tu rota en el suelo.

Riv.^a Mas qué? Rasgado el velo
que hermosamente viste su alma pura;
flor de eterna hermosura
en el cielo será, y su amante lloro
estrella que el cenit inunde de oro.

Sal. ¡Ay! si; pero en el mundo
guardando ¡ay triste! mi dolor profundo,
y por los mustios labios
con debil risa deshaciendo agravios,
seré rosa pajiza. :..

Riv.^a También su palidez la diviniza.

Cand.^a ¡Ay Virgen del Camino!

En que mal hora ese Alcázaba vino.

Dav. Cándida, dices bien; en mala hora;
que de nuestra piedad acariciado
hoy á llorar á todos nos condena....
si llora, Salomé, tu suerte llora,
maldíceme también, yo soy tu hado,
mi avaricia labró tan vil cadena.

Riv.^a Señor la copa llena
el mundo la ofreció de sus pesares,
y tristes sus cantares
al son del arpa herida publicaron
que la copa sus labios apuraron.

Sal. ¡Ay de quien ve cual veo

las antorchas arder de su himenéo,
y lejos del amante
siente latir el seno palpitante!

Victima soy, Rivera

Riv.^a ¿Subiendo un alma á la celeste esfera?

Can.^a ¡Ay Virgen del Camino!

¡Alma de moro que á matarnos vino!

Dav. Y qué ¿Pudiera ser tal sacrificio
de vuestra caridad sentida oferta
si en ambos arde del amor la llama?
Enhorabuena persigais el vicio,
y la vida lleveis penosa, incierta;
mas no hasta el punto de ceder la dama.

Riv.^a Señor, las que derrama
lágrimas de dolor mi vista inquieta
bien muestran ser tu nieta
reina y señora de la mente mia;
pero amo mas á la inmortal Maria.

Sal. ¿Y creéis por ventura
que de amor siendo madre y de ternura
la inmaculada quiso
al moro abrir del almo paraíso
las puertas con mi mano?

Riv.^a Creo deber salvar á mi tirano.

Todos. ¡Ay! ¡Virgen del Camino!

Cand.^a cayendo de rodillás con las manos cruzadas y alzando los ojos con dolor al cielo

¿Por qué llorar nos ves tan de continuo?

Que aquí de lágrimas tiernas

todos los ojos se inundan,
que mucho rumor de lejos
y cerca despues escuchan.

Pues saliendo del bateo
del moro viene el de Luna
por mano de sus criados
moneda esparciendo mucha.

Siendo de ver cual se agolpan
y á cogerla se apresuran
unas cayendo sobre otras
cual secas mieses las turbas.

Unos pierden el sombrero,
los otros se despeluzan,
estos á puño cerrado
se acometen y se empujan.

Aquellos mas adelante
coger al vuelo procuran
las monedas y en las gorras
consiguen parar algunas.

Mas ¡*Oh auri sacra fames!*
que mas menguada fortuna
cabe entonces á quien piensa
que logró atrapar la suya;

pues la mano del vecino
súbito viene importuna
y echando al ayre el sombrero
le agarran, soban y achuchan:

y sacando la moneda
veinte manos de una en una
va corriendo sin endoso,
que alli la honradez es suma;

Como que hay algunos otros
que por salvar lo que juran
contra tirios y troyanos
a brazo partido luchan.

Y es entonces mucho gusto
de lejos mirar en burlas
como se chocan los puños
morenos en la disputa;

y como el mas fuerte alcanza
al que mas feliz se juzga,
y con donaire por muelas
la cuenta de un real le ajusta.

Cada cuarto cuesta un triunfo,
cada triunfo es una bulla,
cada bulla una jarana
cada jarana una *turca*.

Porque al fin despues que cese
la sonora escaramuza
que resuena en mas de cuatro
molletes y dentaduras;

ya verán que poco á poco
dispersándose la chusma,
como río que se parte
en arroyos y lagunas,

mas ó menos complacidos,
así cual aves nocturnas,
unos van al bebedero
y otros se muerden las uñas.

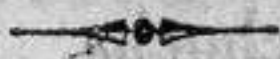
Entretanto en los balcones
recogiendó colgaduras
riense los caballeros,

y las señoras se asustan.

Que suelen ser las mugeres
de condicion menos dura,
y se duelen del que acaso
gozoso sus males busca.

Y los hombres al contrario
de ayre fiero y alma cruda
con carcajadas aplauden
al que se rompe la nuca.

El que mejor aporrea
ya se sabe es quien mas gusta,
y al aporreado con risas
amablemente le ayudan.



Con el moro en su palacio
entra ya el Conde de Luna,
con sus muchos convidados
que en secreto le murmuran.

Y unos tras otros subiendo
las escaleras que alumbran
muchos pintados faroles
en bien talladas columnas,

en una cuadra lujosa
que de arábigas molduras
dorado el techo presenta
con blasones á las puntas,

igualmente unos tras otros
entran, andan y saludan
á la muy bella condesa
rodeada de hermosuras.

Que en esto Leon escaso
no debió de verse nunca,
si á lo presente miramos,
lo cual no es poca fortuna.

¡Cuántas veces en un baile
cien Leonesas se juntan,
sencillamente adornadas,
graciosas en su apostura,

sin que pueda el forastero
encontrar una peluca,
ni un mentido colorete,
ni una mirada confusa!

En los valles y saraos,
en el wals ó en la cachucha,
¿Qué verá que no le alhague
si por ello le preguntan?

De sarasas ó de seda
tendrá que decir sin duda,
que á la par en San Francisco
flotantes faldas circulan;

y que siendo muchas ellas
pocas son las hermosuras;
pero tantas las graciosas
que no halló fea ninguna.

Mas ¿Qué ruido en mis oídos
estrepitoso retumba?

Ventanas son que se cierran
balcones, rejas, escuchas.

Y las damas con mantones
y los galanes con plumas
se retiran y al brasero

con las dueñas se acurrucan.

Alegres se ven en tanto
que encienden luz medio á oscuras. . .

¡Rara cosa cuando en torno
las cosas andan tan turbias!

Mas los mozos no reparan
si en los muebles se dibujan
con el pincél de las sombras
los contornos de las brujas.

Lo que advierten es que todas
las dueñas sus manos cruzan,
y que dicen por lo bajo
mea culpa, mea culpa.

Hallábanse ya las calles
desiertas, solas y mudas,
sin que otro ruido se oyese
que el graznar de las lechuzas,
cuyos ojos en las torres
de las iglesias relumbran
como dos almas que gimen,
como dos hadas que turban.

Cerradas están las puertas,
si bien en las cerraduras
aun están las llaves puestas
donde hay gente de tertulia.

Cuando en su albornoz envuelto
y calada la capucha
un hombre solo se sale
del Palacio del de Luna.

Clara brilla la de Enero,
y á su luz se ve que cruza
la plazuela que del Conde
todavía se titula;

y pasando una calleja
que frente al palacio escura
de un lado y otro aparece
como una vieja negruzca,

torció sobre la derecha
sin hallar persona alguna,
y otra vez sobre la izquierda
sin que nadie le interrumpa,

y bajando por la calle
de la Plegaria, que nunca
enteramente abandona
el claro sol ni la luna,

en la plaza desemboca
que atraviesa en derechura
hasta la casa que enfrente
del Consistorio se enluta.

Alza el aldaba y tres golpes
los que adentro están escuchan,
que son David y su nieta,
Rivera y la hermana suya,

con unos cuantos criados
que los pasos apresuran,
y que súbito al que sube
con hachas de viento alumbran,

Y al notar que viene solo
sorprendidos le preguntan
si tras del viene mas gente,

y el responde que ninguna.

Con lo cual parados todos
dijéranse ¡Qué diablura!

¿A qué se ha comido el diablo
los ramilletes de azúcar?

Y llevándole á una estancia,
donde al viento de su angustia,
apesar de veinte antorchas,
diversas almas se anublan,

dejó el albornoz y solo
con sus ricas vestiduras,
Alcazaba sin turbante
cortés y alegre saluda.

El observa como todos
al verle solo se inmutan,
y que con voz balbuciente
la norabuena pronuncian.

Pero él lo suyo propio
y lo ageno disimula,
y de tomar el asiento
que le aguardaba se excusa.

Salomé turbóse toda
y alteradas las figuras
de David y de Rivera
y de Candida se mudan.

Y á la Virgen del Camino
pidiendo en secreto ayuda,
nuevas ánsias de sus lenguas
el débil resorte añudan.

Pero el moro suspirando,
con una vénia profunda,

si se habian confesado
todos tres preguntó á un cura.

Y como este le dijese
que absueltos ya de sus culpas
con el altar preparado
le aguardaban sin ventura;

de nuevo las dos bellezas
al oirlo se atribulan,
y hasta el valiente Rivera
triste una lágrima enjuga.

Solo David agoviado,
pesaroso calla y cruza
sobre sus flacas rodillas
las manos llenas de arrugas.

Pálido muestra el semblante,
la mirada errante, mustia,
erizadas las melenas
que su ancha calva circundan.

Que en tal dolor aparece
como una estatua que muda
de llorar se ve cansada
sobre el canto de una tumba.



¿ Por qué, dijo el moro, cristiana doncella
si se que te ahoga callando tu amor,
vestida de novia me miras tan bella,
tocada con flores de alegre color ?

¿ Que importa que ciñas, gallarda española
con cingulos de oro tu talle gentil,
si solo por fuerza tu linda aureola

me dan remojada de lágrimas mil?

Cual todos entraste en el mundo doliente
y al ir de tu madre en el seno á llorar,
en fúnebres velos envuelta su frente
la viste al helado sepulcro bajar.

Y huérfana luego cual flor delicada
 viniendo en la mano del triste Daniel,
con pena miraste á la bella Granada,
con pena llegaste del Esla al verjel.

Alli te miraron con plácido esmero
crecer florecida de fe y caridad;
mas luego en Medina rodó el caballero,
y esclava quedaste de su libertad.

Sin padre ni madre cual suele abatida
del tronco arrancada mirarse una vid,
salistes al campo de luto vestida,
el alma enlutando del viejo David.

Que alzando á los cielos la tímida frente,
lanzada en el curso del fiero corcel,
cual hoja que el viento arrebatara inclemente
caíste apurando la copa de hiel.

Mas ¡ay! del Camino la Virgen llamada
bajó enamorada de tu cristiandad
y en brazos del joven que humilde te agrada
á orillas del Esla sacó tu beldad,

Le amaste admirada de su valentia,
de su fe cristiana, de su religion,
y apenas honesta le viste un dia
guardando tu imagen en su corazon.

Y ahora?... ¿Suspiras, cristiana doncella?
¿Salvarme quisistes ahogando tu amor?

Ay! ¿Como si triste, me miras tan bella,
tocada con flores de alegre color?

Entretanto por afuera
de aquellas macizas torres
que al oriente las murallas
de nuestra ciudad componen,
á toda rienda venian
tendidos en los arzones
de sus armados caballos
armados tambien dos hombres.

Y en esta guisa llegando
al torreón de los Ponces
hicieron alto y entraron
por un postiguillo al trote.

Y á pocos pasos que dieron
los fatigados trotones,
en la plaza se metieron
siendo ya entrada la noche.

Estaba todo en silencio,
bien cerrados los balcones,
y la luna rielando
en sus vidrios de colores.

A cuya luz uno de ellos
de buen garbo y fino porte
levantando la visera
algunas casas recorre,
y parándose al instante
que la que busca conoce
a su barbado escudero

de apearse dió la orden.

Hízolo y el caballero
leyendo á la luna el sobre
de una carta que traía
en su cinturón de bronce;

dióselas y sobre la marcha
con dos fuertísimos golpes
el escudero consigue
que á una ventana se asomen.

Que se ofrece le preguntan,
y que bajen le responden,
y uno y otro se saludan,
que ambos á dos se conocen.

Y cerrando la ventana
sin echar los pasadores,
toma una luz el criado
y anda, vuela, baja, corre.

Rodaron en fin las puertas
sobre sus mohosos gonces,
y abrazándose al instante
la carta en sus manos pone.

Con ella volvió el criado
á correr los escalones,
y en una estancia penetra
dó admirado quedó entonces.

Que ante un altar, que iluminan
pendientes de dos cordones
unas lámparas de plata,
halló á un jóven y una jóven,
que juntos y de rodillas
estando en dos almohadones

las blancas manos unian
á la voz de un sacerdote.

Es la imagen que les mira
la Virgen de los Dolores,
que teniendo en su regazo
al redentor de los hombres,

muchas veces oyó triste
las sentidas oraciones
de la que ya coronaba
sus inocentes amores.

De rodillas el criado
espera á que se desposen,
y despues que desposados
los pocos plácemes se oyen

de tres personas y el cura
que es fuerza de gozo lloren;
a una de ellas llamó á parte,
y en uno de los rincones

de aquella estancia cubierta
con tapices de colores,
y adornada con espejos
pinturas y pabellones,

prevínole y el billete
subitamente entrególe,
que á la luz de veinte antorchas
abre, lee, dobla y esconde:

y sin dar á nadie cuenta
de cuales son las razones
de aquel extraño mensaje,
su albornoz pide y lo pone.

Calóse bien la capucha,

perfectamente embozóse,
y al dejar la estancia, dijo,
soy con vosotros, señores.

Mas ellos de aquel criado
cuidosos toman informe,
y en pos del moro en seguida
con mayor cuidado corren.

Pero viendo que salia
reposado á los balcones,
acércanse y estas cosas
le oyeron decir á voces.

—Que Dios os guarde, Hernan Perez,
pláceme que afuer de noble,
para enmendar tus deslizes
al combate me provoques;

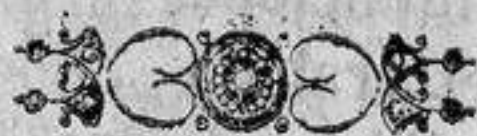
pero si son tan hidalgas
cual dices tus intenciones
justo será que el trabajo
de entrar en la lid te ahorre.

Porque así como deseas,
con título de consorte
á tu agraviada Rivera
feliz saluda esta noche.

—Pues en mi nombre decildes
Hernan Perez le responde,
que mil años norabuena
gozándose, me perdonen—

Y diciéndole Alcázaba
que así lo haria en su nombre,
de arriba á bajo cruzaron
las gracias y los a-dioses.

Y después que se perdieron
los armados al galope,
muy reposado el padrino
tornó á cerrar los balcones.



CONCLUSION.

Pasaron en alegres serenatas
y bailes y festines y cazatas
muchos dias despues tan presurosos,
que al gozar los esposos
de su virtud á par y su hermosura,
de su rara ventura
á darse justa cuenta no acertaban.
¡ Tanto el placer en ellos extrañaban!

Ora solos salian
y el campo alegre de Leon corrían.
libres la vista al cielo levantando,
y su luz espaciosa devorando;
ya en redondos overos,
cabalgando con ricos caballeros,
á cinco leguas de Leon partían;
y la orilla del Esca recorrían,
gozosos departiendo,
y á la Virgen al paso bendiciendo.
Alli por la llanura
de ceñidor sirviendo á su cintura
el brazo de su bella
las flores de los prados atropella,
en su bridon Rivera galopando;
al árabe felice remedando;
ó bien á la ligera

los gimnásticos juegos que Rivera
aprendió de Zulema encantadora
ejecuta en honor de su señora;
que tímida entretanto
á medias goza de su dulce encanto.

Mas ¡ay! que mientras ellos
coronaban de mirto sus cabellos,
mostrándose á la luz que los inflama
feliz amante y complacida dama;
ora del fuerte roble al pie sentados
en la campestre casa enamorados;
ó ya el sitio buscando, en que primero
á la luz de aquel roto candelero
sus amores purísimos brillaron,
¡Ay! Que de penas otros devoraron!

Candida humilde, sola, resignada,
en la nocturna sombra dibujada
la faz del moro con tristeza via;
y el moro enflaquecía
soñando triste con las trenzas de oro,

¡Magnífico tesoro
que dado verá pronto á la tígera
la hermosa imagen que Leon venera,
cual verde yerba que agostó el verano!
Que en vano; ¡ay triste! en vano
su amor manifestó el astuto moro,
que á su sentido lloro
es tarde, es tarde, Candida responde,
y entre ambas manos el semblante esconde.

Y solo, siempre solo, apesarado,
melancólico en pos y resignado,

un día vió lucir claro en el cielo,
que envuelta en casto velo
en el entraba Candida inocente.
Dobló al pesar la frente
como africana palma el granadino,
y sirviendo á la Virgen del Camino
en su recinto santo,
penitente subió al celeste encanto.

David que un tiempo fuera
de Salomé verdugo y de Rivera,
cuando apretó avariento
el dogal á su puro sentimiento
á enloquecer volvía,
que la sombra del moro le seguía
y á la inocente Candida miraba
que de su fin temprano le acusaba.
Porque sagaz el redomado viejo
triunfó de la infeliz con su consejo
el mismo día, en que lavó en la fuente
del bautismo las culpas de su frente
el mudejar, que herido,
ufano de su amor dejó prendido
el borrascoso fuego en la doncella,
que pálida espiró virgen y bella.

Por eso en el espejo
no se que signo un día notó el viejo,
que su próxima muerte le anunciaba,
que el ya perdido nombre de Alcazaba,
á gritos por su casa repitiendo,
su criminal temor fue descubriendo.
De su funesta casa

la gente en vano á consolarle pasa,
que loco, enfurecido,
en el cuarto en que el moro habia vivido
entró, cerró la puerta de repente,
y en el balcon de oriente
se apoyó de sudor todo bañado.
Estaba ya el cenit casi enlutado,
y en sus tranquilas alas por el viento
el *Angelus* llegó desde un convento
al son de la campana que tañida
vibró en el alma y desgarró su herida.

Entonces ¡Pobre loco!
cual buscando el origen de un sonido
á la enferma razon desconocido,
las yemas de sus dedos poco á poco
del balcon en los vidrios agitaba,
y de pies á cabeza retemblaba.

Y luego se reia,
y vueltas daba; y otro soy decia,
por el balcon las ropas arrojando,
y los vidrios y muebles quebrantando,

En fin la Parca impia
disfrazada de fiebre llegó un dia,
y en sus ardientes brazos
soltó del viejo los mortales lazos.

Solo Rivera y Salomé dichosos
ni envidiados vivieron ni envidiosos
del Camino en la Virgen adorando,
su virtud en sus hijos dilatando,
y en su templo dejando á la memoria
la pura causa de mi triste historia.

Lector ¡Ojalá sea
tan agradable y útil cual desea
el fino afecto que tu bien me inspira!
Que entonces de mi lira
á tu placer templada
la sonora cuerda enamorada
llenará de armonia el vago viento,
de rosas adornando el instrumento,
Que yo en el mundo solo, abandonado
solo tambien de flores coronado
alzarme ansío al espacioso cielo,
y allí con llanto fecundar tu suelo,

Ea pues inmortal reina y Señora,
mas que de hojas abril de gracias llena,
palacio de la luz que el orbe dora,
tesoro que en placer puro enagena;
yo á tus plantas mi cítara cantora
rindo agotada la fecunda vena;
Virgen Madre de Dios, no me abandones,
¡Cuan dulce es respirar tus ilusiones!
¡Cuan dulce al bardo errante es á la orilla
de tu fuente de amor llegar sediento,
y en grata soledad con voz sencilla
templar su ardor enamorando el viento!
¿Quién como tu, paloma sin mancha,
que en el trono de Dios hizo su asiento,
quien como tu pudiera en mis dolores
ceñir mi sien de perfumadas flores?
Tu del jenio eres astro prepotente,

guirnalda viva de la gaya esciencia,
de la voz del Señor lengua elocuente,
de su divino ser flotante esencia:
sin ti va en sombras la dotada mente,
sin flores el trovar en su cadencia;
la voz del hombre cual rumor lejano,
que sordo agita el corazon mundano.

¡ Oh ! vuelve, vuelve á mi Virgen, Maria,
esos tus ojos de ternura llenos;
y al nombre de Jesus de su alegria
cual rota luz me perderé en los senos:
Por ti, Señora, un dia y otro dia
llanto puro de amor vierten los buenos;
por ti á la gloria alzado me imagino
¡ Virgen, cantando, Virgen del Camino !



SEÑORES SUSCRITORES

A LA BIBLIOTECA TITULADA

¡Virgen del Camino!



LEON.

D. Antonio Ocon, (por doce ejemplares.)

D.^a Felipa de Santiago.

D.^a Eustasia F. Santiago.

D.^a María F. Santiago.

D. Laureano Bolaños.

} familia del autor.

Don Antonio Jorge Chalanzon.

don Cayetano Fernandez.

don Felipe Alonso Duque.

don Juan Genaro de Dios.

don Manuel Gonzalez Luna.

don Manuel Nieto Imaz.

don Manuel Queipo de Llano.

don Melquiades Balbuena.

don Antonio Chalanzon.

don Lamberto Janet.

don Antonio Calvito.

don Gaspár Solis.

don Rafael Morete.

don Isidoro Argüello, (por dos ejemplares.)

don Fernando Gutierrez.

don Teodoro Marcós.

D.^a María Díez de Chalanzon.

don Manuel Rodriguez Palencia

don Francisco Díez Prieto.

don Isidro Llamazares.

don Felix de Robles.

D.^a Mariana Venera.

don Manuel Bencitez.

don Carlos Bardon, Párroco
de Valverde del camino.

don Mateo Cabero.

don Leandro Escobar.

don Baldomero Hidalgo.

don Luis Ordoñez.

don Gabriel Alvarez, (por dos ejemplares.)

don Juan Lenoble.

don Baltasar Díez.

don Blas Puente, y don Santos
Alaiz.

don Andrés Gutierrez.

don Nicolás Regueral.

don Francisco Miñon.

don Pedro Hidalgo.

don Ricardo Mora y Varona.

doña Felicia Duque.

don Angel Cid Conde.

don Primitivo Bravo.

Don Juan García, Párroco de
la Pola de Gordon.

don Faustino Rodriguez.

don Felipe Ordás y Diez, Pár-
roco de Geras de Gordon.

don Felipe Rodriguez.

don Mariano Galaa

Sr. Comandante de Carabineros.

don Toribio Llamazares.

don Antonio Uriarte.

don Trifon García.

don Andres Barrios.

don Mariano Lafuente.

don Carlos de Pablos.

don Agustin Rodriguez.

don Pablo Florez.

don Sotero Rico.

don José Cuadrado.

don Matias Guaita.

don Gaspar Calzada.

don Bernardino Moran.

don Juan Salon.

don Máximo Fernandez.

PONFERRADA.

D. Vicente A. Agosti.

don Ramon Valcarce Armesto.

don Pedro Pombriego.

don Benito Perez Tapia.

don Antonio Vereas.

don Isidro Rueda.

don Juan Valcarce Martinez.

don Venancio Varela.

don Camilo Gavilanes.

don Ramon Vazquez.

don José Perez Castro.

don Antonio Barbeito.

don Manuel Criado Ferrer.

don Antonio Quiñones.

don Antonio Valdes.

don Miguel Grandizo.

don Diego Gonzalez.

Otros dos señores, cuyo nom-
bre no nos fue remitido.

ASTORGA.

D. Pedro Nuñez.

don Manuel Nuñez.

Sra. D.^a M.^a Josefa Nuñez.

don Carlos de Haro Laforga.

don Antonio Benito Peña.

don Vicente Oblanca.

don Evaristo Blanco.

don Ignacio Silva.

don José Benavides Blanco.

don Juan Manuel Calzada.

don Manuel Rodriguez Iglesias.

don Antonio M.^a Martinez.

don Eusebio Martinez.

SAHAGUN.

D. Eugenio Conde.

don Niceto Nuñez.

don José M.^a Collantes.

don Jose Chatel.

don Rogelio Calderon.

don Juan Antonio del Corral.

don Valentin Ruiz.

don José M.^a Mendez.

don Juan Conde.

don Bernardino Soto.

don Santiago Ruiz.

VALDERAS.

D. Manuel Gonzalez Baquero.

don Manuel Robledo

don Pablo Solis

don Gregorio Gonzalez.

don Angel Diez, (por cuatro
ejemplares.)

VILLAMAÑAN.

D. Pedro Amuzara.

don Bernardo Malagon.

don Atilano Rodriguez.

VALENCIA DE D. JUAN.

MADRID.

D. Felipe Miñambres. (por
tres ejemplares.)

VILLAFRANCA.

D. José Soto Vega.
don José Corrales de Castro.

OVIEDO.

D. Pedro Benito Valdes.
don Gavino Longoria.
don Felipe Polo.

GIJÓN.

D. Bernardo Cros. (por dos
ejemplares.)

LUGO.

D. J. Ramon Cancio (por
tres ejemplares.)

MONFORTE

D. Fraytan Vella.

BARCELONA.

D. Ignacio Estivill, (por dos
ejemplares.)

El Instituto Español.
Sr. Marques. de Sauli. (su
presidente.)

Sr. Secretario del Instituto.
D. Basilio Sebastian Castellanos
don Antonio del Riego.
don José Ordas de Avceilla.
don Modesto Lafuente, Fr Gerundio.

don Francisco Gonzalez Burgos
don José de la Peña y Aguayo.
don Julian Romea
don Carlos Latorre.
don Miguel Agustin Príncipe.
don Agustin Azcona
don José Posada Herrera.
don Ramon de Campoamor.
don Francisco Navarro Vi-
lloslada.

don Juan Eugenio Harcembusch
don Juan Martinez Villergas.
don Wenceslao Ayguals de Yzco.
don Vicente Castello.
Sr. Horan. Marques de la Ta-
buerniga.



VALLADOLID

D. Felipe Alvarado (por sus ejemplares)
D. José de la Cruz
don José Cortés de Castro

OLINDO

D. Pedro María Vela
don García Jaramilla
don Felipe Vela

OLINDO

D. Bernardino Cruz (por sus ejemplares)

OLINDO

D. J. García García (por sus ejemplares)

OLINDO

D. J. García Vela

OLINDO

D. J. García Vela (por sus ejemplares)

VALLADOLID

El Instituto Español de Madrid
Sr. Marqués de San Agustín (por sus ejemplares)

Sr. Secretario del Instituto de Madrid
D. Basilio Sebastián Castellanos

don Antonio del Campo
don José María de Ascarán

don Miguel Salazar y G. de
don Miguel Salazar y G. de

don Francisco González de
don José de la Cruz y Aguirre

don Juan María
don Juan María

don Miguel Ángel de
don Agustín Aznar

don Juan María
don Juan María

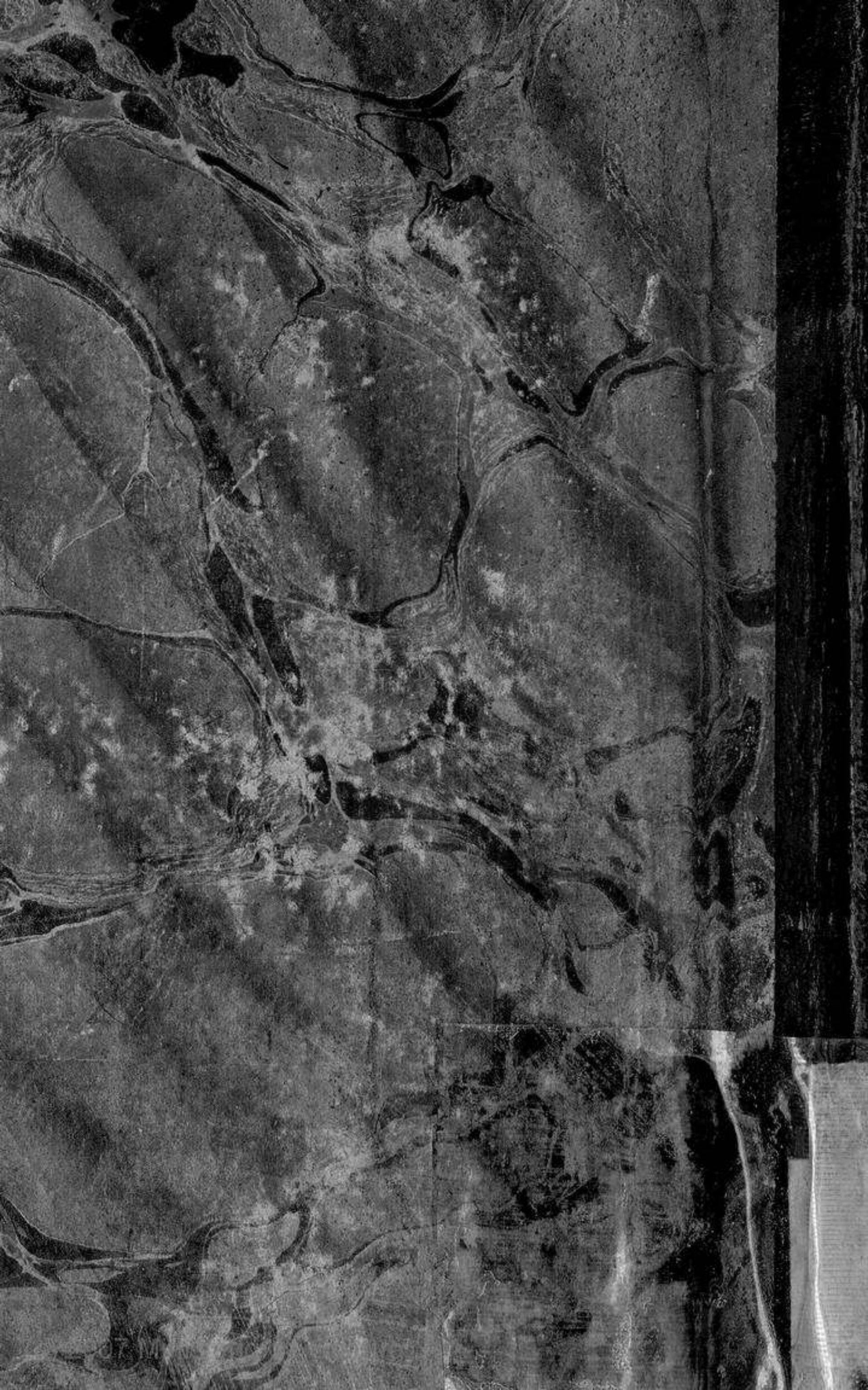
don Juan María
don Juan María

don Juan María
don Juan María

don Juan María
don Juan María

don Juan María
don Juan María







252525

VIRGEN
DEL
CAMINO.

252525

6569

25